

1992
DICIEMBRE

Universidad de México

503

Carlos
Monsiváis

Sergio
Fernández

José Luis Cuevas

Alicia Montoya

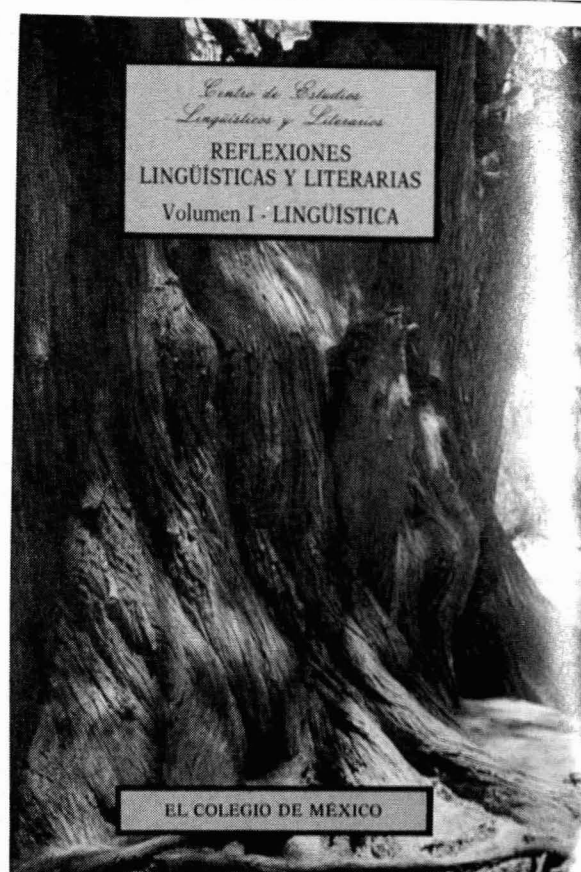
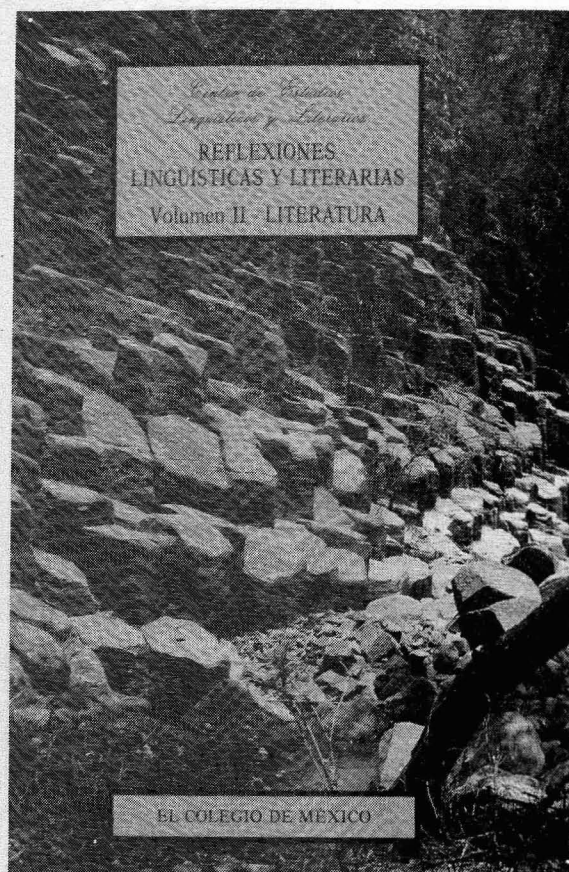
Leopoldo Zea

Abelardo Villegas

Fabio Morábito ♦ Werner Koch ♦ Enrique Lynch ♦ Nancy Sanciprián ♦ Julio Trujillo ♦ Katherine Riker ♦ Marcos Cuevas ♦ Marco A. Campos ♦ Blanca Solares ♦ Celina Manzoni ♦ Mónica Rangel ♦ Eloy Urroz ♦ Entrevista a Senel Paz

EL COLEGIO DE MÉXICO

Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios



Universidad de México

Director: Fernando Curiel *Editor en Humanidades:* León Olivé *Editor en Ciencias:* Miguel José Yacamán

Consejo Editorial: José Luis Ceceña, Beatriz de la Fuente, Margo Glantz, Ruy Pérez Tamayo, Sergio Pitol, Arcadio Poveda, Vicente Quirarte, Luis Villoro

Secretario de Redacción: Armando Pereira *Edición:* Carmina Estrada *Corrección:* Eloy Urroz y Julio Trujillo *Publicidad y Relaciones Públicas:* Nancy Sanciprián *Administración:* Javier Martínez *Asistente Editorial:* Natalia Henríquez Lombardo

Diseño: Bernardo Recamier / *Fotografía de portada:* Jorge Pablo de Aguinaco

Coordinación de Humanidades

Oficinas: Insurgentes Sur Núm. 3744, Tlalpan, D. F., C.P. 14000. Apartado Postal 70288, C.P. 04510 México, D. F.
Tel. 606 1391. Correspondencia de Segunda Clase. Registro DGC. Núm. 061 1286. Características 22 866 11212

Fotocomposición, formación e impresión: Imprenta Madero, S. A. de C. V. Avena 102, Col. Granjas Esmeralda, C.P. 09810

Precio del ejemplar \$ 10 000 00 Suscripción anual: \$ 100 000 00 (U. S. \$ 90 00 en el extranjero) Periodicidad mensual. Tiraje de cinco mil ejemplares
Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto.

1992
DICIEMBRE

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

503

Índice

	2	<i>Presentación</i>
Fabio Morábito	3	<i>Esta ciudad</i>
Werner Koch	5	<i>Historias del tiempo</i>
Nancy Sanciprián	9	<i>La década del 50 y la revista Universidad de México</i>
	11	

LA CIUDAD DE MÉXICO EN 1950

- ◆ Abelardo Villegas ◆ José Luis Martínez ◆ Gabriel Figueroa ◆ Carlos Monsiváis
◆ Sergio Fernández ◆ José Luis Cuevas ◆ Alicia Montoya ◆ Leopoldo Zea

Enrique Lynch	21	<i>Energúmenos, epígonos y expertos</i>
Julio Trujillo	25	<i>Cuerpo adentro</i>
Katherine Riker	26	<i>Poemas</i>
Marcos Cueva Perus	27	<i>Un mapa sin brújula: El conflicto de los noventa</i>
Blanca Solares	30	<i>Entre mujeres: las coincidencias de Djuna Barnes y James Joyce</i>
Fernando Curiel	33	<i>La saga de Ricardo Vinos</i>
Marco Antonio Campos	37	<i>¡Viena, Viena!</i>
Celina Manzoni	42	<i>Mujeres sin escritura. Otras voces, otros textos</i>
Mónica Rangel	44	<i>Krist/eva, o el verbo se hizo mujer</i>
Luis Manuel García	47	<i>El niño este (o el arte de ser Senel Paz)</i>
Eloy Urroz	53	<i>Las plegarias del cuerpo (Segundo día)</i>

Miscelánea

Adriana Sandoval	60	<i>Eduardo Mendoza</i>
Claudia Albarrán	61	<i>Gabriel García Márquez: seis rosas peregrinas</i>
Armando Pereira	62	<i>Ríos de sal, de Ignacio de Alba</i>
Helena Beristáin	62	<i>Contrapunto a cuatro voces en los caminos del aire</i>



Presentación

En este número, la revista *Universidad de México* corrobora a través de una serie de Encuestas a destacados intelectuales mexicanos su presencia dentro del proceso cultural acaecido desde 1950.

Es ése un momento clave para hacer un poco de memoria. Nos hemos detenido aquí dispuestos a tomar esta fecha como un hito, un parteaguas que nos sirva como punto de reflexión, un interregno donde los cambios iniciados un par de décadas atrás, cobraron un especial dinamismo conformando desde entonces el entorno cultural que ahora vivimos.

Hemos invitado aquí a fotógrafos, cineastas, escritores, filósofos, pintores, entre otros, para que sean ellos los que se hagan cargo de las reflexiones sobre la cultura de una época, para que sean ellos quienes nos entreguen su versión o su recuerdo de hechos tan próximos y sin embargo tan remotos. Los comentarios que reunimos ojalá sirvan como un homenaje a un tiempo indiscutiblemente fértil en nuestras letras y nuestra cultura, un año de no retorno y también un año liminar. ◇

Agradecemos al Archivo General de la Nación su colaboración para ilustrar este número.

Esta ciudad

Estamos demasiado
arriba
para retener un clima,
sólo nos llegan
trozos de estaciones,
una punzada de verano
y otra de invierno,
mientras persiste
un pizarrón de fondo
irreductible, siempre
el mismo.
Los parques
son frecuentados todo el año
a cualquier hora,
pero ¿quién es feliz en ellos?
A lo mejor los perros, las criadas
y los viejos;
tal vez son ellos los auténticos
de aquí, los más felices.
Estamos demasiado arriba
para un cambio de estación,
todo nos llega adelgazado y tarde,
y lo que llega,
cómo tarda en irse.
Nos falta un río
con su lección de alejamiento
para neutralizar el altiplano.
La lava, por ejemplo:
no es verdadera piedra,
sino ceniza endurecida,
¿en dónde está la verdadera piedra?
La reinventamos
para construir de prisa
y es una piedra
demasiado dúctil,
es nuestra piedra del insomnio.
Los pisos nos parecen inventados,
la gente resignada a lo pequeño,
a deslizarse.

El único paréntesis
es la época de lluvias
vespertinas
que calan sin descanso
e inundan calles
y descomponen los semáforos.
Son nuestra credencial de clima,
lo que nos une a la provincia
más que el castellano.
Aquí habría que venir
por cortas temporadas,
por excéntricos.
Para ir al mar,
por decir algo,
hay que bajar a la llanura
y desde ahí viajar,
y así con todo: la sensación
de estar ante las cosas
simples
en permanente oblicuidad.
Hay otras cosas
que no entiendo,
entre otras cien que no menciono:
por qué a las doce
la sombra no desaparece,
y otra, que es más grave:
por qué se deja a medias
tanta construcción.
Tal vez las dos son una:
sólo si está acabado
algo se funde con su sombra,
la sombra está
como interiorizada y no se ve,
pero en el altiplano
la sombra, excepto en mayo,
no claudica,
y su incapacidad
de coludirse con las cosas
se propaga.

Es como estar siempre endeudados
con el medio,
como quedarse cortos.
Tal vez nos falte un mediodía
real,
un punto divisorio,
un antes y un después diario
con su regalo de ironía
e intimidad.
Si hubiera un río
que introdujera
una convalecencia,
una lección de estilo
no barroco,
sabríamos que la ciudad
arranca en algún punto,
que es transcurrible
y es sinuosa,
aunque ningún clima la cruza,
y el altiplano no es de niebla,
pues la ciudad
que no se ve a sí misma
se disgrega,
o se disgrega
para verse,
como ésta,
que espera su temblor periódico,
su zafarrancho,
una revolución o un terremoto,
sus climas más profundos,
para saber de qué está hecha,
esta ciudad que aún
se ruraliza
cada vez que puede
por este don de cada uno
de salirse, pese a todo,
con la suya,
de no dejarse amodorrar
del todo;
los miserables tienen

ciertos ángulos de búsqueda,
de regio anonimato
que los abstraen de sus techumbres,
y esta ciudad admite eso:
circuitos que se ignoran,
provincias que se cierran
al foráneo, pueblitos
que de tanto estar en ciernes
son colonias,
así se ríe
del porvenir que nos espera,
sigue la ondulación del valle,
se afianza como puede, sin drenaje,
con puras fosas sépticas,
no tiene una vinculación
profunda entre sus partes,
no tiene otra ciudad abajo,
abajo sólo tiene el altiplano
y los temblores que la cuidan.
Es una cabra terca, pues,
que arriba emprende bardas
para sentirse viva,
hechas de piedra suelta
las más pobres,
que son la gran pasión
del altiplano: hacer recintos,
patios,
rodear de distensión un núcleo,
como se envuelven las tortillas
con un trapo en la comida,
no presentar abruptamente nada,
jamás decir las cosas como son,
rodearlas de una ambigüedad
que deje abierta una salida,
que salve a cada quien del otro,
que salve al otro del que soy
y deje el tú del lado del nosotros
y deje el yo del lado del ustedes,
que es la suprema cortesía imposible
y la suprema abnegación de aquí. ◇

Historias del tiempo

Estos breves textos en prosa son cuentos, reflexión filosófica, ensayo. Partiendo de fenómenos de lo cotidiano, Werner Koch (n. en 1926 en Ühlheim, Alemania) trata de captar qué es lo que pasa cuando pasa el tiempo, y cómo nos enredamos los seres humanos —cosa que no sucede con los animales— en nuestro afán de organizarnos en el espacio y de crear orden. Parece ser que el modo como percibimos nuestra historia (la personal y también la gran Historia) es único y específico para cada individuo y que estamos más cerca del eterno retorno que del tiempo lineal; sólo algunas fechas pueden adquirir un valor simbólico.

Las versiones que presentamos aquí surgieron de un taller de traducción. Cada participante escogió un texto que le parecía sugerente para hacer su versión en español. El lenguaje del original es preciso y escueto, tendiendo a lo lacónico; no está muy lejos de lo oral. En la traducción se buscó recrear ese tono. Sería bueno leer en voz alta estos cuentos, y escuchar el ritmo pausado que marca el tiempo que fluye...

Elisabeth Siefer

HOMBRE Y CAMELLO

En el desierto de Wadi Rum... una visión atormentadora me quitó el sueño; me levanté, doblé la cobija y salí de la tienda de campaña; tenía frío. A la noche le costaba trabajo cederle terreno al día, sólo a regañadientes se ocultó en la arena del desierto, pero detrás de las rocas de piedra arenisca se extendió rápidamente una pálida luz blanco amarillenta que anunciaba al sol saliente. En el crepúsculo matutino, las tiendas de los beduinos se veían como colinas de arena puntiagudas en forma cónica; ni un soplo de viento las tocaba. Algunos de los camellos se habían despertado, trituraban con los dientes, inflando, en intervalos regulares, sus sedosos orificios nasales, y sus orgullosas cabezas le hacían saber a todo el mundo que Alá, el todopoderoso, había creado el desierto exclusivamente para ellos. El hombre se siente abandonado en este mundo de desierto, vacío e inmensidad; se siente abandonado, aislado y perdido. El tiempo está inmóvil.

En el horizonte, donde cielo y desierto se diferencian entre sí únicamente por una línea apenas visible, de repente surge un movimiento. Un beduino empuja su camello hacia adelante; sólo vagamente se pueden reconocer seres vivos pequeños e irreales en el delgado umbral entre cielo y tierra, pero: no es el hombre, es el camello el que va adelante; el camello conoce el camino y la meta, el beduino ciegamente va al trote atrás. El andar del camello es tranquilo, seguro de sí mismo, intemporal. El beduino tiene que darse prisa para llevar el paso con el camello. El tiempo está del lado del camello, porque le deja su forma de andar, su dignidad, su naturaleza. Al beduino, lo hace correr atrás.

Versión: Alma Miranda Ortiz.

Fuente: Koch, Werner. "Zeitgeschichten" en: *Akzente* 3, München, junio de 1989.

MI GATO

Mientras trabajo en este texto, mi gato está echado en su sillón y duerme. En realidad es mi sillón, pero mi gato no admite la diferencia entre "mío" y "tuyo"; sostiene que él es el verdadero dueño de mi casa, mi jardín, mi sillón y mi cama, y me concede la enorme gracia permitiendo que yo pueda vivir junto a él. La palabra "propietario de gato" es absurda. Ningún ser humano puede "poseer" un gato, todo lo contrario, cada gato toma posesión de todo aquello que le pasa ante los ojos o incluso entre las patas.

Sin embargo, los gatos son queridos, sobre todo por los escritores. Hablan de su gato como de una amante, y como el amor hace ciego, todos los poemas sobre gatos son himnos de entusiasmo idólatra y por lo tanto ajenos a la realidad.

También yo estuve enamorado de mi gato una vez. En aquel tiempo, mi gato todavía era joven e impetuoso y no pasaba noche sin que viniera a mi cama y quisiera jugar conmigo; y algunas noches estaba tan impetuoso que no se podía ni pensar en dormir.

Ello cesó con los años. Aún nos seguimos queriendo, pero hace mucho que salimos de la etapa del enamoramiento voluptuoso. Ahora nos hemos convertido en un matrimonio entrado en años, ambos lo sobrellevamos bastante bien, no pensamos en una separación, mucho menos en un divorcio, y cuando estamos de pleito, cada uno sale por su camino antes de que se llegue a los hechos violentos. Más tarde, en cualquier momento, nos encontramos de nuevo, y entonces hacemos como si nada hubiera pasado y hacemos las paces, casi siempre sin mediar palabras.

En casi todos los pleitos entre nosotros se trata de quién sacrifica su tiempo a quién. Yo organizo mi tiempo meticulosamente, trabajo concentrada y atinadamente, y cuando escribo un nuevo libro necesito tranquilidad. Si mi gato quisiera, podría comprenderme, pero no quiere y empieza a pelear. No quiere habituarse a tiempos reglamentados y elude las discusiones. No sólo tiene su propia cabeza, también tiene su propio tiempo. Cuando estoy comiendo quiere ir al jardín; precisamente cuando acabo de quedarme dormido me despierta maullando, cuando estoy escribiendo quiere jugar, brinca al escritorio, y revuelve los manuscritos, juega con los lápices, tira el tintero, y cuando yo acepto pacientemente todo esto, sigue jugando con rigor, manotea los papeles en los que escribo y golpea con la pata mi portaplumas. En momentos así quisiera estrangularlo. No lo hago sólo porque sé muy bien que media hora más tarde estará sentado en mis piernas, ronroneando, durmiendo y, mientras tanto, mirándome con sus ojos atemporales como si siguiera enamorado de mí inmortalmemente.

Creo que mi gato no conoce los "por qué". Lo que sucedió ayer ya no le interesa, lo que vendrá mañana le es indiferente. No sabe lo que es el tiempo. Yo tengo que tomarme el tiempo, organizarlo, robarlo, a veces lo voy pasando, a veces lo desperdicio, a veces estoy consciente del tiempo. El tiempo y yo vivimos separados el uno del otro, y a pesar de que diga a menudo que no tengo tiempo, sé muy bien que no es que yo tenga tiempo, sino que más bien el tiempo me tiene a mí.

Mi gato sí *tiene* tiempo. El tiempo le es inherente y le pertenece como su pelaje, sus orejas, sus garras, sus hermosos ojos atemporales. Su tiempo siempre es sólo el presente y, dentro de ese presente, el instante... Concentra sus pensamientos, sentimientos y antojos sólo en ese momento. No piensa ni en el antes ni en el después, vive el ahora, sólo el ahora.

En este momento está echado en su sillón y duerme; por lo menos en éste, en su momento.

Versión: Rosa María Hernández Rojas



FREDERICO

En otoño rodé una película con mi camarógrafo Michael Giefer en el norte de la India. Filmamos la vida aventurera de un hombre que trabajando de marinero se conoció todo el mundo; continuamente desertaba, fue vagabundo, maestro, contrabandista, castrador de toros, dueño de una lavandería, buscador de petróleo, espía, autor de atentados, en resumidas cuentas: un hombre, que como él mismo decía orgulloso, quería vivir a fondo la vida, y que, a su manera, la vivió a fondo. Se llama Fred Smetacek, tiene 79 años, alemán de los Sudetes, y desde hace 40 años posee una propiedad de algo más de 1 000 hectáreas a unos 200 kilómetros al suroeste del Himalaya, con campos de maíz, lagos, montañas, con mucha, mucha jungla y mucha, mucha lluvia. Hoy, Frederico, como pronto le empezamos a llamar, es un ciudadano de la India, casado con una princesa hindú, y la hija y sus cinco hijos respetan a su padre.

Mientras duró el rodaje, Frederico nos contó, horas y noches enteras, acerca de su vida. Su memoria era extraordinariamente buena, se acordaba con tal precisión de tantos detalles como si hubieran ocurrido ayer. Ahora bien, en cuanto al tiempo no se aclaraba. Sabía en qué taberna de puerto se había liado con una u otra mujerzuela, sabía en qué taberna de qué puerto, había droga, y todavía hoy sabe el nombre de la taberna, del barco, de la chica... Pero de cuándo tuvo lugar esto, en qué año, si a finales de los años veinte o a principios de los treinta, eso ya no lo sabía. En la memoria le quedaron sólo las personas, el lugar, los episodios, el dónde y el cómo; el cuándo se volvió indefinible, y además ya tampoco le interesa.

Por lo demás, el tiempo se ha detenido para Frederico. Trabajó como espía para el servicio secreto checo, preparó un atentado contra Hitler; durante semanas, la Gestapo lo había perseguido muy de cerca. Todavía hoy tiene miedo de la Gestapo. Junto a su cama, desde hace cuatro decenios se halla una mochila, lista para poder huir en cualquier momento.

¿Por qué?, pregunto.

Por si viene la Gestapo.

La Gestapo ya no existe, el horror desapareció.

Frederico me mira. No sé si sonríe escéptico o compasivo. Siempre hay Gestapo, dice.

Hoy ya no, respondo. Si vienes hoy a Alemania vas a ver que todo es otra cosa.

Ya no quiero ir a Alemania, dice. Pero la Gestapo, existe ...

Para Frederico el tiempo se ha detenido, y hasta ahora nadie ha logrado corregirle su noción del tiempo. Sin embargo, una fecha se le quedó grabada, el 3 de septiembre de 1939. Fue en el puerto de Calcuta. Aquel día Frederico desertó, saltó de a bordo, nadó hasta tierra firme y se presentó ante las autoridades inglesas. Había estallado la Segunda Guerra Mundial.

Versión: María del Carmen Salinas



SUEÑO

Hay un sueño que seguido tengo: estoy muerto, descanso en mi ataúd y espero mi entierro en la sala de defunción. No tengo ni preocupaciones ni dolores, ni aburrimiento ni impaciencia, tengo mucho, mucho tiempo. Sé que en cualquier momento llegarán los que cargan el ataúd, para llevarme a la tumba, pero esto no me apura. Si realmente no llegaran, dejándome ya ahora el descanso eterno, estaría yo de acuerdo; pero sí van a llegar. Lo sé exactamente, porque tengo muy seguido este sueño; incluso puedo, mientras sueño, predecir lo que va a pasar. Cuando los cargadores del ataúd me dejan en la tumba, mantienen el ataúd de modo oblicuo, mis pies hacia arriba, la cabeza hacia abajo, mis venas frontales se llenan de sangre, a cada instante van a reventar, les suplico a los cargadores que mantengan el ataúd horizontalmente, mas no reaccionan. Sus cuatro rostros desde el borde de la tumba miran hacia abajo sonriéndome.

Mientras habla el cura, me levanto del ataúd y miro a los dolientes. A la mayoría los conozco sólo fugazmente, a algunos ni eso. Mi difunta madre lleva puesto su velo negro sobre la cara, por lo que no se puede ver cuántas lágrimas derrama. Mi difunto padre me mira, no me reconoce, habla con mi hermano muerto en la guerra y dice que pronto todo ya habrá pasado. Sé también en mi sueño que los muertos están muertos, mas no quiero saberlo, ni siquiera tenerlo por cierto; mi sueño me demuestra que los muertos viven. Le pregunto a un compañero de clase ya fallecido hace tiempo, si sabe por qué no ha venido mi mujer a mi entierro. De tu mujer, responde él, tú ya te has divorciado, ¿por qué iba a venir a tu entierro? Miro desconcertado a mi compañero muerto; nunca me caía bien, ya en la escuela él era un ambicioso, un fanfarrón, un mentiroso, pero quizás esta vez diga la verdad, quizás de veras estoy divorciado, quizás él lo sabe mejor que yo, si no ¿por qué me diría algo así?

Me acuesto de nuevo en mi ataúd, escucho cómo la tierra gélida choca sobre la tapa del ataúd, pero entre más palean, más blanda se vuelve la tierra, yo me vuelvo cansado, maravillosamente cansado y me duermo.

Casi siempre despierto en esa parte de mi sueño. Me es difícil poner en orden mis ideas. Durante mucho tiempo aún no sé si mi madre todavía vive o si mi mujer me ha dejado. Nuestros sueños disponen del tiempo de manera tan brutal como el tiempo dispone de nosotros.

Versión: Sergio Sánchez Loyola

UNA VIEJA FOTO

Mi hermano Herbert está muerto desde hace cuarenta y cinco años. Cayó en Rusia, cerca de Kirovograd, el 7 de octubre de 1943. Aún tengo el comunicado de su muerte de un capitán y un médico del Estado Mayor, escrito a máquina. La carta ha sobrevivido al tiempo.

Mi hermano era seis años mayor que yo y murió a los 22 años. En su última foto trae un uniforme, la Cruz de Hierro, la insignia de los heridos y la del batallón de infantería. Tiene un rostro de niño obstinado y unos alegres ojos azul claro. Supongo que quería ganar la guerra.

Ahora está muerto, desde hace cuarenta y cinco años. Yo era seis años menor que él. Entonces ¿es él seis años mayor que yo, o soy yo cuarenta y cinco años mayor que él?, ¿qué estadística es la correcta?, ¿quién está contando mal?

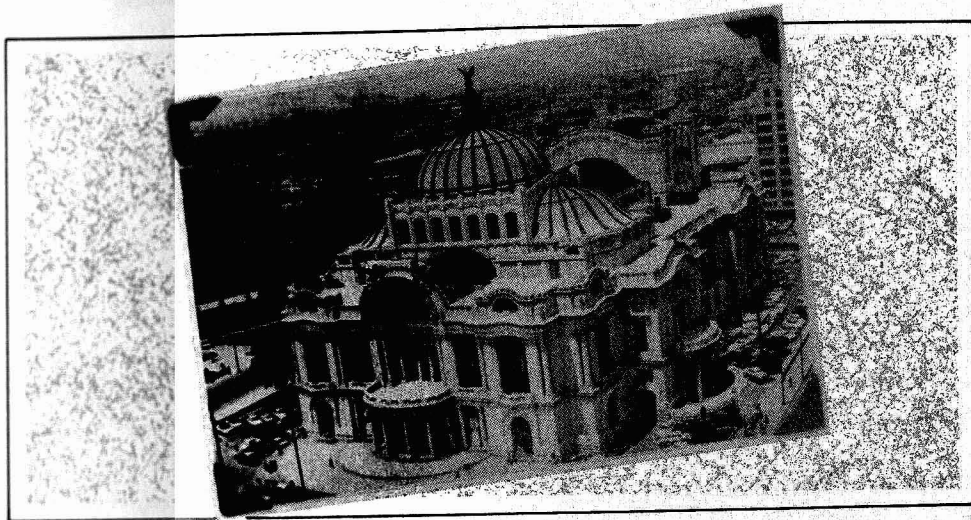
Sigo contemplando la foto. Para mí no hay duda; para mí es y sigue siendo mi hermano seis años mayor que yo... ◇

Versión: Laura Velasco M.



Nancy Sanciprián

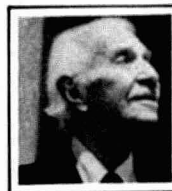
La década del 50 y la revista *Universidad de México*



Jaime Torres Bodet



Samuel Ramos



Edmundo O'Gorman

La revista *Universidad de México* durante el año de 1950 era, bajo la dirección de Rafael Corrales Ayala, una publicación que se definía como órgano informativo mensual, con un formato tabloide, a dos tintas y un promedio de 30 páginas. En ese año era rector de la UNAM Luis Garrido y en junio se colocaba la primera piedra de la Ciudad Universitaria.

Entre los integrantes de la mesa de redacción estaban: Alfonso Pruneda –titular de Difusión Cultural–, Agustín Yáñez, Francisco González Guerrero y Wilberto Cantón, jefe del Departamento Editorial de la UNAM; la administración estaba a cargo de Francisco Giner de los Ríos, y recorriendo sus páginas encontramos colaboraciones de escritores como Jaime Torres Bodet (director General de la UNESCO), Silvio Zavala, Margarita Paz Paredes, Alfredo Cardona Peña y Rafael Heliodoro Valle.

Universidad de México se elaboraba en esos años con una orientación mayormente institucional: se atendía a las actividades realizadas al interior de la UNAM, como el III Congreso Interamericano de Filosofía realizado entre el 11 y el 20 de enero en la Facultad de Filosofía y Letras, cuyo director era Samuel Ramos, y al que asistieron ponentes como Edmundo O'Gorman, Fernando Benítez (director de *México en la Cultura*, de Novedades), Gallegos Rocafull, José Gaos, Mariano Picón Salas, José Luis Martínez, Daniel Cosío Villegas, Eduardo Nicol, Emilio Uranga, y Leopoldo Zea, el organizador.

El INBA convocó ese año a un ciclo de conferencias en torno a los “cincuenta años de cultura en México”, en el que participaron entre otros: Salvador Novo, José Revueltas, Julio Prieto, Justino Fernández, José Luis Martínez y el propio Zea.

Algunos de los acontecimientos de la época fueron: la inauguración del telescopio de Hale en Monte Palomar, y la primera transmisión de televisión (el informe de gobierno del presidente Miguel Alemán [1946-52]). En el año 50 era embajador en Chile uno de los estridentistas mexicanos, el escritor Manuel Maples Arce; y el direc-



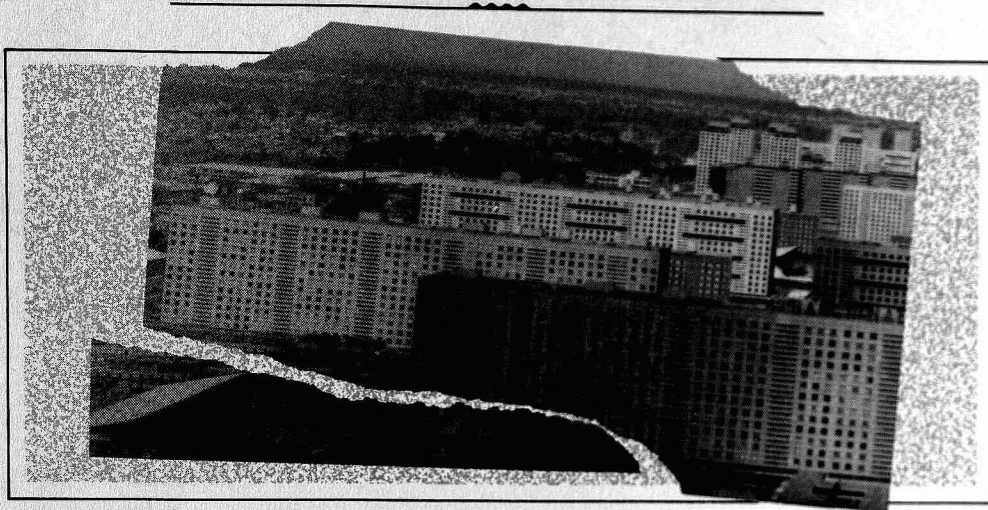
Agustín Yáñez



Rafael Heliodoro Valle



Fernando Benítez



Alfonso Caso



Leopoldo Zea

tor del Instituto Nacional Indigenista era Alfonso Caso. En agosto se reseñan en *Universidad de México* dos publicaciones: *Sufragio de la duda* y *Libertad bajo palabra*, en las que Nandino y Paz recrean la palabra poética.

Durante esta década aparecen obras como *De la vigilia estéril* (1950) y *Poemas* (1957) de Rosario Castellanos, *Confabulario* (1952) de Arreola, *El llano en llamas* (1953) y *Pedro Páramo* (1955) de Rulfo, *El arco y la lira* (1956) y *La peras del olmo* (1957) de Paz, *Obras completas y otros cuentos* (1959) de Augusto Monterroso, *Horas* (1950), *La señal* (1951) y *Tarumba* (1953) de Jaime Sabines, *Poética* (1951) y *Los demonios y los días* (1956) de Rubén Bonifaz Nuño; además de la notable presencia de la *Revista Mexicana de Literatura* (1955-65) con la que se inicia la apertura hacia el quehacer literario latinoamericano.

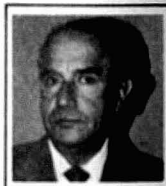
El esquema económico del desarrollo estabilizador –impedir la inflación manteniendo en niveles bajos el alza de precios y salarios– se conforma a partir de los años cincuenta, y se fundamenta, entre otras, en dos acciones estratégicas: el control de las organizaciones obreras y el aumento del capital externo en México.

La ciudad es el resultado de una interacción de factores económicos puesto que la construcción del espacio urbano depende de la relación entre el Estado y la iniciativa privada. El proceso de urbanización va ligado al desarrollo económico de la década del 50; se edifican las primeras unidades multifamiliares, destinadas sectorialmente a burócratas, maestros, ferrocarrileros, electricistas, etc. (Juárez, Nonoalco-Tlatelolco). La zona urbana se fue ampliando hacia los municipios colindantes al crearse fraccionamientos como Ciudad Satélite, el poder de compra de las clases medias empezó a ser orientado hacia la adquisición de enseres electrodomésticos (General Electric, RCA Víctor, etc.), y se inició la infraestructura para el tránsito en la ciudad (periférico, circuito interior). ◇

Datos tomados de:

Monsiváis, Carlos, "Notas sobre la cultura mexicana en el siglo xx", *Historia General de México*, El Colegio de México, México, 1981. t. II

González Casanova, Pablo y Florescano, Enrique (coordinadores), *México hoy*, Siglo XXI Editores, México, 1981.



José Luis Martínez



Daniel Cosío Villegas



La ciudad de México en 1950

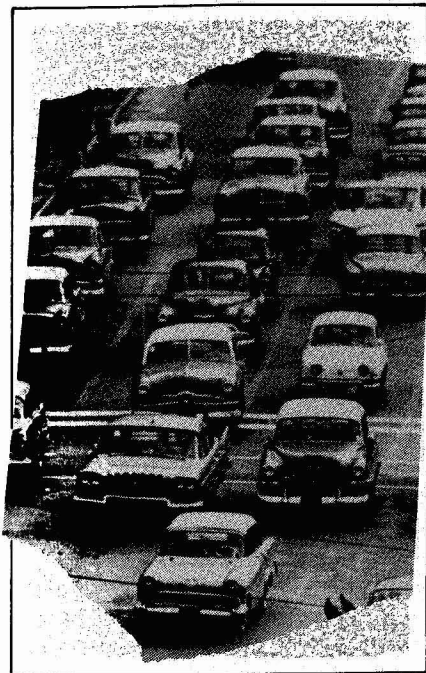
Abelardo Villegas

1. ¿Qué situación guardaba la fotografía mexicana en el año de 1950?

En aquellos años se comentaba todavía el éxito que habían tenido Gabriel Figueroa y Alex Philips en la fotografía de varias buenas películas mexicanas. Sobre todo eran famosos los paisajes de Figueroa en las películas fotografiadas en blanco y negro: extensas planicies, nubes blancas y a lo lejos la figura de un jinete. Sin embargo, la fotografía de Gabriel Figueroa también era muy buena cuando la película era de ambiente urbano. Todo mundo recuerda *Salón México* con sus ficheras, sus pistas de baile y luego, si no me equivoco, unas espléndidas vistas del puente de No-noalco. Esta virtud de las películas mexicanas desapareció con la fotografía a color. Todavía ahora en las películas mexicanas a color resulta muy difícil encontrar equivalentes a lo que se hizo en las décadas del 40 y del 50.

2. ¿Cómo y dónde se desarrollaba la vida cultural capitalina al comienzo de la década de los cincuenta?

La vida cultural de México se desarrollaba principalmente en donde es hoy el Centro Histórico. Al principio de la década, la Universidad Nacional ocupaba sus añosos edificios como el de San Ildefonso, el de Medicina, el de Minería y otros más un poco menos antiguos. La Universidad, entonces como ahora, era un foco de cultura. Pero también ahí se encontraba el Palacio de Bellas Artes, donde se podía escuchar música, ver



exposiciones y asistir a funciones de teatro. En Luis González Obregón se encontraba y se encuentra todavía la sede de El Colegio Nacional, donde yo tuve oportunidad de escuchar series de conferencias muy interesantes de Diego Rivera, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Mariano Azuela y Enrique González Martínez. Fiel a su principio de que la pintura no se platica, José Clemente Orozco no daba conferencias pero sí presentaba exposiciones. A mí me tocó ver lo último de Orozco, bocetos y ensayos de lo que sería su mural en la Normal de Maestros. En esta obra Orozco transitaba a otro tipo de pintura muy diferente de la que acostumbraba. Por cierto no sé cuál ha sido el destino de este mural. También al principio de la década del 50 el auge del teatro se inició en un pequeño teatro que estaba en la calle de Donceles. Se llamaba El

Caracol. Si no me equivoco fue el primero de los pequeños teatros con menos de cien butacas y fue célebre una temporada en la que se presentó *El niño y la niebla* de Rodolfo Usigli. En aquellos años, Salvador Novo era jefe del departamento de teatro del INBA y él fue el responsable del moderno auge de los autores mexicanos jóvenes de aquella época. Las presentaciones de *Rosalba* y *los Llaveros* de Emilio Carballido y de *Los signos del Zodíaco* de Sergio Magaña hicieron época. En tanto el director japonés Seki Sano hacía una temporada memorable en el Teatro Iris (hoy de la ciudad de México) con la presentación de *Un tranvía llamado deseo*, pieza en la cual adquirieron fama Wolf Rubinskis y María Douglas. En cuanto al cine, al terminar la Segunda Guerra Mundial nuestras pantallas se enriquecieron con la llegada de las películas europeas, sobre todo inglesas y francesas que se exhibían particularmente en un cine que originalmente se llamó Trans-lux Prado.

3. ¿Qué recuerdos personales guarda usted de la ciudad de México de los años cincuenta?

La ciudad de México ha sido la ciudad de toda mi vida, en aquellos años era pequeña y yo la conocía toda. También era medio sórdida y sucia. Pero el 50 fue la década del regente de hierro, o sea de Ernesto Uruchurtu, que la limpió, la ordenó, la planificó, aunque fuera muy a la mexicana, con métodos muy arbitrarios. Fue un breve paréntesis, puesto que doce años son pocos en el proceso que nos ha llevado a lo que vivimos ahora. ◇



José Luis Martínez

1. ¿Qué situación guardaba la literatura mexicana en el año de 1950?

Alfonso Reyes y Antonio Castro Leal eran los críticos literarios más importantes. Don Alfonso publicaba por aquellos años sus estudios sobre teoría literaria y sobre temas clásicos. En 1951 sufrió el primer ataque grave de sus dolencias cardíacas. Por ello, los últimos años de su vida y de su obra, de 1951 a 1959, serán los de la cosecha final.

Castro Leal dirigía por entonces la Colección de Escritores Mexicanos, de la Editorial Porrúa, y sus ediciones y prólogos eran importantes.

Yo mismo me iniciaba por estos años en la historia literaria, y en 1949-1950 la Antigua Librería Robredo, de José Porrúa, me publicó los dos tomos de *Literatura mexicana. Siglo XX*. En 1950 y 1951, además, escribía semanalmente, en la revista *Voz*, que dirigía Miguel Alemán Velasco, crónicas sobre la vida literaria de la época.

2. ¿Cómo y dónde se desarrollaba la

vida cultural capitalina al comienzo de la década de los cincuenta?

En aquellos años, la Universidad Nacional se encontraba aún en el centro de la ciudad. Yo daba clases en la Escuela Nacional Preparatoria, en San Ildefonso, y por las tardes iba a la Facultad de Filosofía y Letras, que de la calle de Licenciado Verdad se pasó a Mascaraones, en San Cosme. Además, era Secretario Administrador de El Colegio Nacional. Después de mis clases de la Prepa solía ir a las librerías de Porrúa, a la Robredo y a las de viejo del rumbo. También por el centro, se encontraba la oficina de la Secretaría de Economía, donde trabajaban Ali Chumacero, Gilberto Owen y Antonio Magaña Esquivel, y seguido iba a buscar a los dos primeros para tomar la copa y conversar. En la Navidad de 1950 murió Xavier Villarrutia, a quien quise y admiré mucho. Al sepultarlo en el cementerio del Tepeyac, donde también yace "El Nigromante", Pita Amor leyó la *Décima muerte*.

Creo que por 1950 ya no íbamos al Café París, por las tardes, ni al Club

Leda los sábados por la noche. La publicación literaria más importante de aquellos años era *México en la Cultura*, suplemento dominical de *Novedades*, que dirigía (1949-1961) Fernando Benítez, con notables diseños tipográficos de Miguel Prieto y de Vicente Rojo.

3. ¿Qué recuerdos personales guarda usted de la ciudad de México de los años cincuenta?

Por estos años yo vivía en la Colonia Roma y me movía fácilmente al centro de la ciudad o a San Cosme. Aún había espacio disponible y nada era problema. Veía mucho a mis amigos Ali Chumacero, Jorge González Durán, Octavio Barrera, Andrés Henestrosa, Paco Giner de los Ríos y Joaquín Díez Canedo. Visitaba a menudo a los Peláez, Paco y Carmen. Octavio Paz se había ido a los Estados Unidos. Los domingos salía, con Pepe mi hijo y amigos, a excursionar por los alrededores de la ciudad. A fines de año solía ir a Acapulco. Mis ingresos, que eran los muy modestos de mis clases y de la secretaría de El colegio, me bastaban para mi sustento y para los libros y las cenas. ◇

Gabriel Figueroa

1. ¿Qué situación guardaba la cinematografía mexicana en el año de 1950?

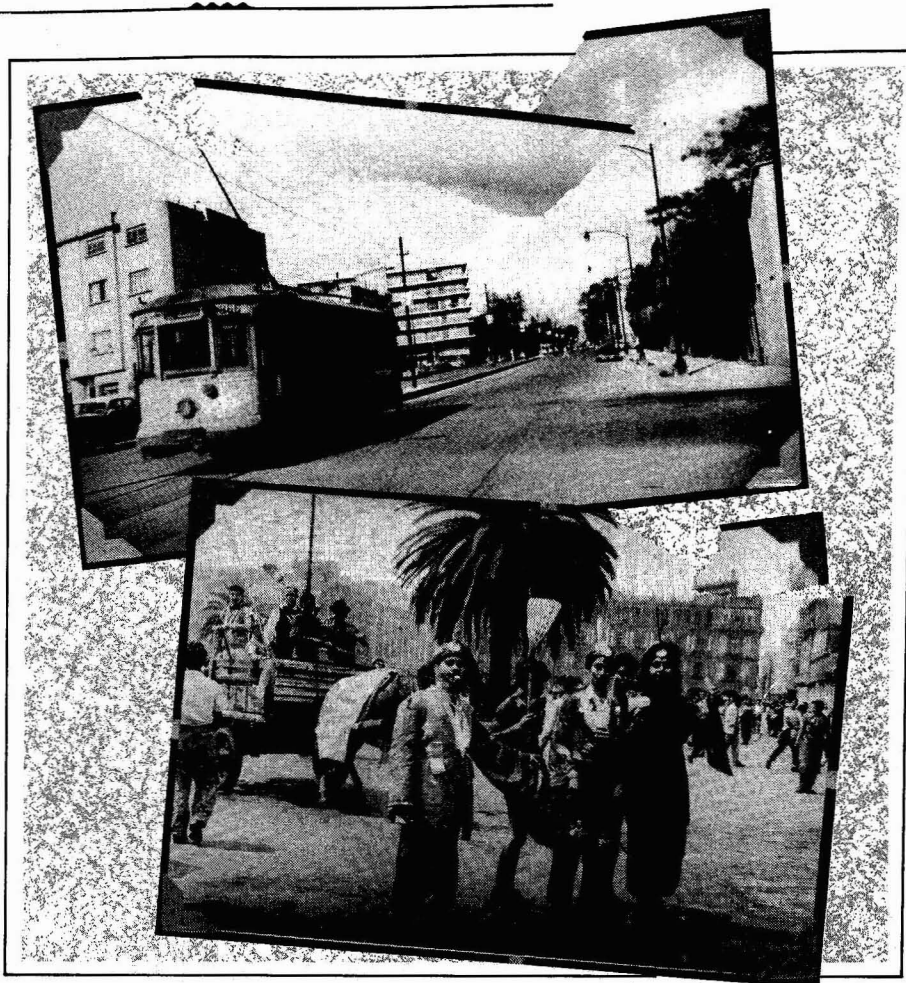
En 1950, *Los olvidados* de Luis Buñuel dio una mayor estatura al cine mexicano... poco antes habíamos realizado de Emilio Fernández *María Candelaria*, *Enamorada*, *La Perla*, de John Steinbeck, *Río Escondido*, *Pueblerina*... Era su mejor momento.

2. ¿Cómo y dónde se desarrollaba la vida cultural capitalina al comienzo de la década de los cincuenta?

Había una gran cordialidad, todos los artistas éramos amigos... asistíamos a las conferencias de la mayor parte de éstos... Los pintores, Diego Rivera, José Clemente Orozco, Siqueiros, Dr. Atl, Montenegro, Rodríguez Lozano... Los arquitectos Luis Barragán, Mario Pani, Matías Goeritz, Candela, Sor-do Madaleno... Los músicos, Carlos Chávez, Moncayo, Mabarak... Los poetas, Carlos Pellicer, Xavier Villaurrutia, Salvador Novo, Torres Bodet, Jorge Cuesta.

3. ¿Qué recuerdos personales guarda usted de la ciudad de México de los años cincuenta?

La ciudad de México era una maravilla.... La ciudad más transparente, toda llena de verdes áreas, muy hermosa ciudad, con sus cielos con nubes, las más hermosas del mundo, era para mí un placer fotografiar estos cielos de tormenta, algunos otros cúmulos y en general nubes... nubes... nubes. ◇



Carlos Monsiváis

1. ¿Qué situación guardaba el teatro mexicano en el año de 1950?

En 1950 yo cursaba el primer año de secundaria, por lo que mis recuerdos teatrales se concentran en dos puestas en escena en Bellas Artes (*Astucia* y *Don Quijote*), algunas idas familiares al teatro de revista, y la noción difusa de que el teatro era un cine sin prestigio ni gritos oportunos. Luego me enteré de lo fundamental: 1950 fue un año de transición (como todos), en un periodo en que el actor significaba mucho más que el director.

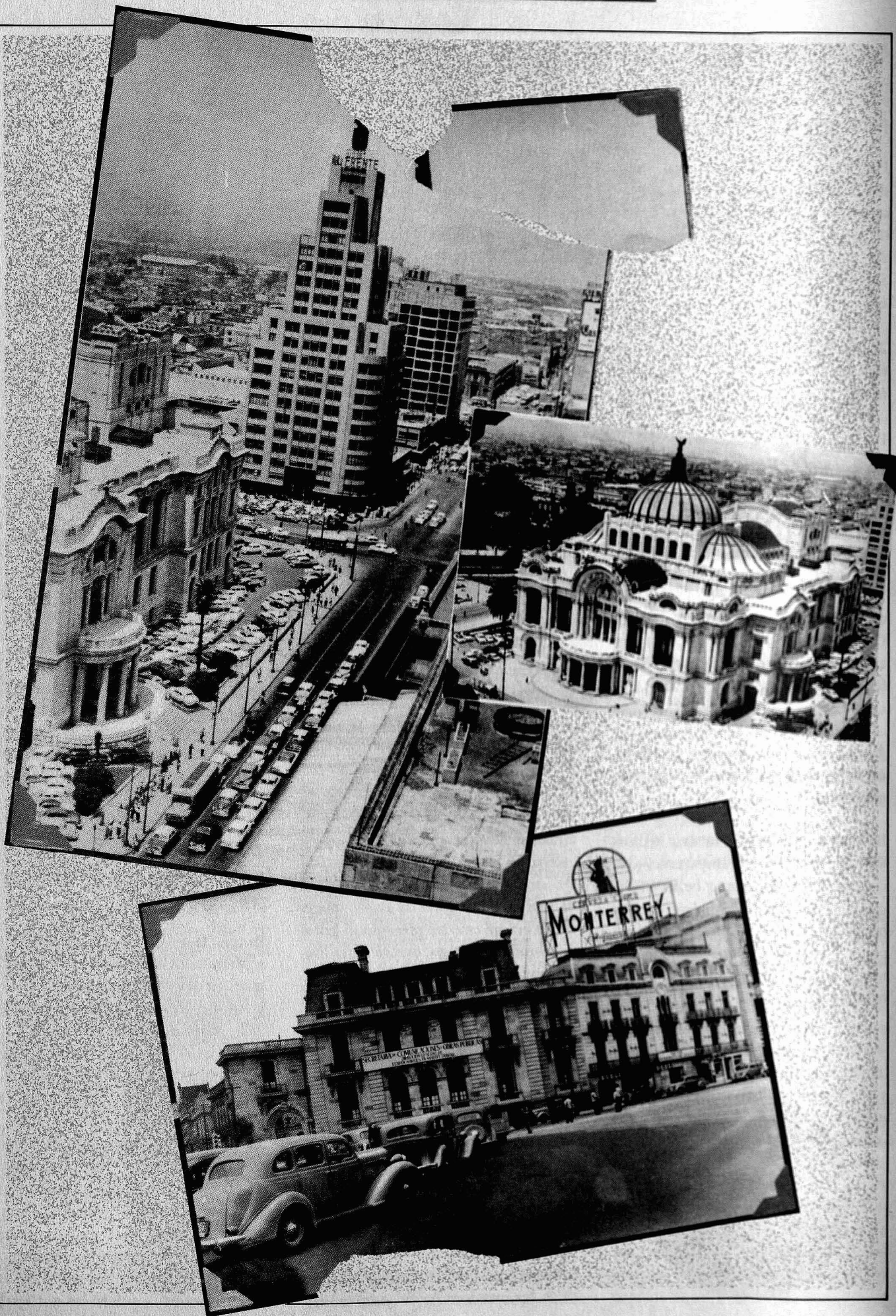
2. ¿Cómo y dónde se desarrollaba la vida cultural capitalina al comienzo de la década de los cincuenta?

En el Centro (histórico) desde luego. Allí estaban la Universidad, las grandes librerías (Porrúa, Robredo), los cafés donde los intelectuales se consolaban presintiendo la existencia de las telenovelas, las instituciones del *Establishment*

(El Colegio Nacional, la Academia de la Lengua) y el Palacio de Bellas Artes. De esta "geografía del intelecto" sólo se exceptuaban algunos teatros. El traslado a Ciudad Universitaria en 1954 modificó radicalmente las disposiciones de la Ciudad letrada.

3. ¿Qué recuerdos personales guarda usted de la ciudad de México de los años cincuenta?

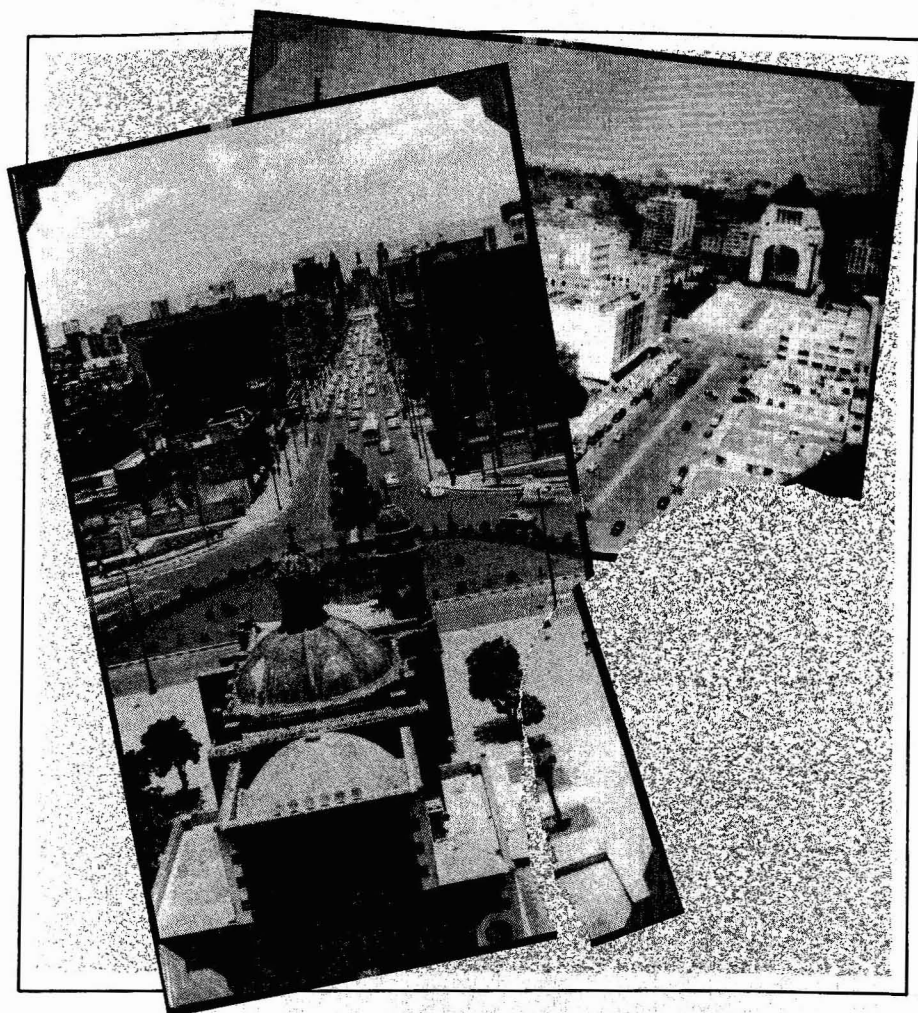
Para mí la ciudad —lo viví entonces y lo sé ahora— era la fabulosa y entretenidísima red de conferencias (¡Diego Rivera y Alfonso Reyes en el Colegio Nacional!), obras de teatro, cine-clubes, bibliotecas (la benemérita Benjamin Franklin, la Nacional), recorridos de Ciudad Universitaria a Bellas Artes, cafés donde se hablaba de revolución y literatura, arenas donde ocurría la apoteosis del Santo y el Cavernario Galindo, el cine Estrella donde pasaban los *musicales* de la MGM, manifestaciones anti-imperialistas y anti-gubernamentales donde los de siempre protestábamos contra el poder, que nos ignoraba así nos reprimiera... y *last but not least*,



como se decía en los cincuenta, la ciudad fue para mí la gran oportunidad de pasarme ante mi asombro y mi fascinación por la Vida Nocturna (las mayúsculas son de agradecimiento). A lo que hoy es leyenda museológica íbamos con actitud de novicios: al Salón México que expiraba, al Teatro Margo donde Pérez Prado auguraba genialmente la salsa y el tecnopop, a Las Veladoras que nos hacía sentirnos bohemios, a la Casa de la Bandida donde numerosos poetas (que nunca se aceptaron como tales) canonizaban a la putas, al Burro y el Smyrna, al Tenampa (quizás el sitio más deslumbrante de la época, un mural a lo Diego Rivera musicalizado por José Alfredo Jiménez y María Luisa Landín), y los sitios heterodoxos: Los Eloínes, el bar de los formidables Wencho Mont y Gaby Orendáin, frente a la Arena Coliseo, donde arquetípicamente se mezclaban el esmoquin y el overol, y en donde vi por vez primera un cuadro de Carlos Mérida, y al Eco, un sitio que hoy calificaríamos de post-moderno, con sus distintos niveles de proclividades.

Uruchurtu, en su celo represivo, y tal vez para matar los rumores sobre su persona acrecentando las prohibiciones, liquidó con ordenanzas y *razzias* esa ciudad genial, orgiástica hasta donde se podía, literaria a fondo, solidaria y aún confiable. Y luego tomó el mando la televisión.

Como suele acontecer, el único problema es que sólo veinte años más tarde me enteré con detalle de todo lo que me había divertido en el Distrito Federal, en una década que entonces me pareció el vivo retrato del presidente Adolfo Ruiz Cortines: austera, arcaica, respetuosa, aburridísima. ◇



Sergio Fernández

1. ¿Qué situación guardaba la narrativa mexicana en el año de 1950?

En el año cincuenta yo estaba en Madrid, sitio en el que trabajé, con una beca del Instituto de Cultura Hispánica, hasta el 51 incluido. No es difícil decir, sin embargo, que el radio de acción de la cultura mexicana se centró —años antes y años después— en Alfonso Reyes, considerado el máximo escritor de narrativa entre nosotros, subrayado que se hizo cuando en 1952 se publicó su *Obra poética*. Sus viajes, sus amistades, la necesidad de publicar todo lo que escribía lo sostuvieron en la cima más allá de lo necesario. Gente hubo que, echando por la borda lo suyo (el caso de Mejía Sánchez) consagró a Reyes su vida. Está bien, pero es exagerado. Torri era un buen escritor, marginado u opacado tanto por su timidez personal como por Reyes. En el 50 hay dos hechos imposibles de no recordar: la muerte de Xavier Villaurrutia y la publicación de los *Sonetos* de Carlos Pellicer.

Por su parte Agustín Yáñez llenó la pantalla de la época pues ya tres años antes, con la publicación de *Al filo del agua*, la novela se consideró el evento cultural más importante que aún cargaba a costas con los esquejes de la narrativa de la Revolución. A él los jóvenes de entonces lo leímos con pasión aun cuando sus posteriores publicaciones hicieron de él un escritor mediano. Todo ello, aunado a la sequedad de su carácter y a su vocación política, acabaron por destruir un mito que apenas empezaba a crecer. Es posible que ahora vuelva a considerársele como un narrador de prestigio.

Si a ello se le agrega la aparición de Arreola y Rulfo (José Revueltas siempre fue un fantasma, injustamente, como lo es hoy día), el vuelco de la literatura fue de tal manera evidente como el talento de los dos escritores mencionados. Pero nuestra cultura también era heredera de la batalla que, ya desde la aparición de la revista *Contemporáneos* (1928-32) los de su grupo dieron en contra de una literatura de carácter *nacionalista*, enemiga de lo que no fuera un machismo

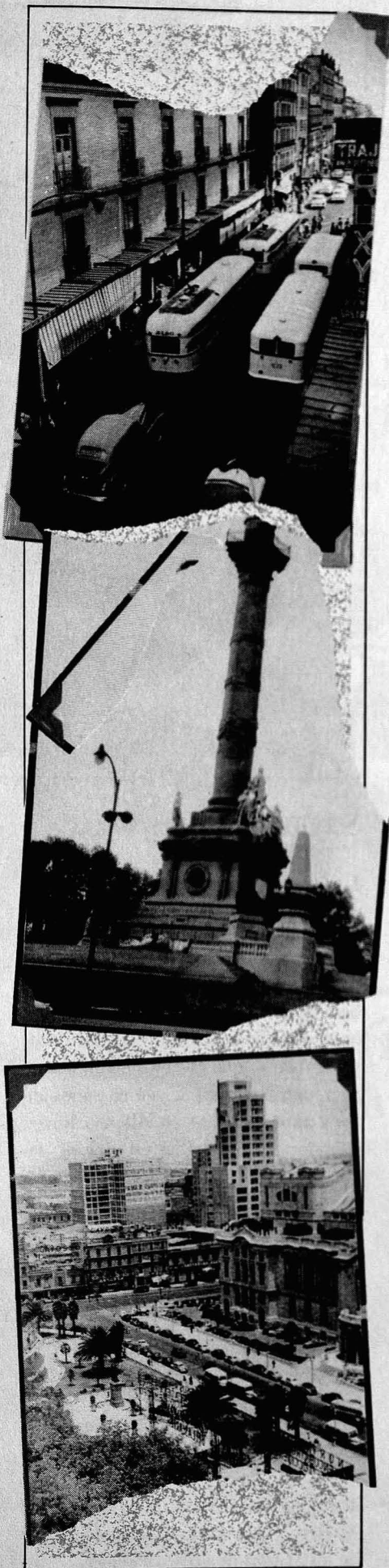
cultural encabezado por gente sin mayor trascendencia. Abreu Gómez, Monterde, Jiménez Rueda y otros que jamás pudieron contender con las personalidades de Cuesta, Novo, Villaurrutia, Pellicer, Owen y Gorostiza, para no citar sino a los más insignes. Esta batalla (habida también en la pintura) se concluyó, a mi modo de ver, con la aparición de *Pedro Páramo*, novela que aceptó lo mismo lo epopéyico del relato que un tono lírico antes ajeno a él, fundiendo, así, dos corrientes antagónicas para dar paso a otras, múltiples, que existen hoy en día.

Pero *Contemporáneos*, entendida como una literatura *no comprometida* salió a la larga victoriosa en tanto que su cauda fue recogida años más tarde, es verdad, pero reciamente. ¿Qué gran escritor actual no le debe a ellos una parte de su cultura? Aunque no se hable de poesía, Novo y Pellicer estuvieron presentes, dadas sus respectivas longevidades, en la literatura y, cada uno a su modo, influyó a su vez ya en el periodismo (Novo) ya en el género epistolar y el arte (Pellicer). Por su parte Paz, un año después (1951) publicó *Águila o sol*. Por entonces levantaban ardientes comentarios los estudios sobre lo mexicano, híbridos de filosofía y de narrativa literaria.

2. ¿Cómo y dónde se desarrollaba la vida cultural capitalina al comienzo de los años cincuenta?

Repito que yo estaba en España. Pero gran parte –tal vez la central– salía de *Mascarones*, nuestro bello edificio abandonado al inaugurar la Ciudad Universitaria.

Desde García Bacca y Ramón Xirau; desde Gaos, Roces, Rocafull y Nicol, la Facultad de Filosofía y Letras fue punto de unión de la cultura por aquellos años. Más jóvenes, seguidores de aquellos, O'Gorman, Justino Fernández y Francisco de la Maza fueron, quizás, los mejores representantes, respectivamente, de los estudios historiográficos y de la Historia del Arte Contemporáneo y Colonial. La literatura –he de decirlo con franqueza– se cocía más bien fuera de la Facultad aunque ya por aquellos



años despuntaron Magaña, Carballido, Rosario Castellanos, Sabines y Luisa Josefina Hernández, aunque se deba contar también a los jóvenes poetas refugiados, algunos de los cuales literariamente siguen vivos aún.

La vida de los cafés –no excelsa en México como sí en otros sitios– debió haber tenido algunas penas literarias. También en *Mascarones*, hubo golondrinas que no hicieron verano, como Pellicer mismo, cuyo nomadismo le impidió –para fortuna suya– ser un cate-drático de verdad.

3. ¿Qué recuerdos personales guarda usted de la ciudad de México de los años cincuenta?

Realmente muy hermosos. Todavía se podía retener la ciudad con ambas manos. Recuerdo que –viviendo yo en la Calzada de Tlalpan– hacía grandes caminatas hasta *Mascarones*. El recorrido no era por una ciudad, sino por llanos y aun haciendas que desaparecieron con una rapidez de pájaro. En rigor era pequeña, bella, y aún podía responder a los epítetos del Barón de Humboldt. El *Estadio* se consideraba como un bastión al sur de la ciudad, con la Escuela Benito Juárez, puntos de referencia un poquito extra-muros.

Pero salir –después de las clases vespertinas– por la Rivera de San Cosme, hasta Santa María, era un paseo un poco provinciano, con sabor, sin embargo, de ciudad. No se presentía, aún, la gran urbe. Los estudiantes íbamos al *Roxy*, comíamos tortas de pulpo en la propia Rivera y llegábamos al centro –hoy histórico– embobados con el Paseo de la Reforma, por Juárez, y por un Zócalo desértico –como ahora– ya a las diez de la noche.

Era una ciudad recogida pero recogedora de orfandades. Los teatros, no siempre al alcance de nuestros bolsillos, eran, sin embargo, de uso personal: el Arbeau, el Politeama, el Ideal con las Blanch, la Iris y la Fábregas con sus respectivos repertorios. María Tereza Montoya, la grande, tan bárbaramente olvidada. Y el cine con las figuras que para siempre nos acompañaron: Garbo, Dietrich, Davis, Montgomery Clift, Brando, Dolores del Río, Pardavé, el

Indio. Y el cúmulo de directores, desde Buñuel hasta Fellini, desde Juan Orol hasta Visconti.

El Centro era de fácil tránsito. Bares, cafés, hoteles (la mayor parte desaparecidos) dieron lugar a encuentros singulares. En lo personal, durante varios meses tomé café por las tardes, en el Hotel del Prado, con Luis Cernuda, de quien aprendí lecciones de los *western* americanos y nada de poesía. En un sitio y en otro conocí a Frida Khalo, a Orozco y al *tout le Mexique* reunido los sábados con Guadalupe Amor: Soriano, Carito y Fournier, Olivia Zúñiga, Toño Peláez, el propio Edmundo O'Gorman, sin duda uno de los grandes prestigios de nuestra actual cultura. Pero se requiere de tiempo y de talento para escribir las memorias que un escritor que se precie de serlo le debe a la ciudad de México. ♦

José Luis Cuevas

1. ¿Qué situación guardaba la pintura mexicana en el año de 1950?

Al comenzar la década de los cincuenta pensé que el arte mexicano debía renovarse. Los grandes muralistas habían entrado en una franca decadencia y en las galerías de México era difícil encontrar obras, que por su originalidad, nos sorprendieran. Se había caído en una uniformidad desesperante. Algo así como lo que está sucediendo ahora entre los grupos de jóvenes. En esa multitud de pintores y grabadores que encontraban asiento en el Frente Nacional de Artes Plásticas y la Gráfica popular, no había un solo rostro que se diferenciara. Todos los pintores marcaban el mismo paso y los pinceles se movían al son de la música que tocaban Siqueiros y Rivera. La música, tocada desafinadamente, bien podía ser *La Internacional...* Se ha hablado mucho del nacionalismo exagerado de los pintores de la época. Así era, pero no tanto, porque los afiliados al partido comunista servían más a éste que a los intereses de la patria. El nacionalismo estaba más que nada en lo que se pintaba: ínfimos cuadros folklóricos que consumían por toneladas los turistas gringos que se los llevaban a su país

como *souvenir* de viaje. Algo parecido está sucediendo con los muy disciplinados jóvenes del neo-mexicanismo.

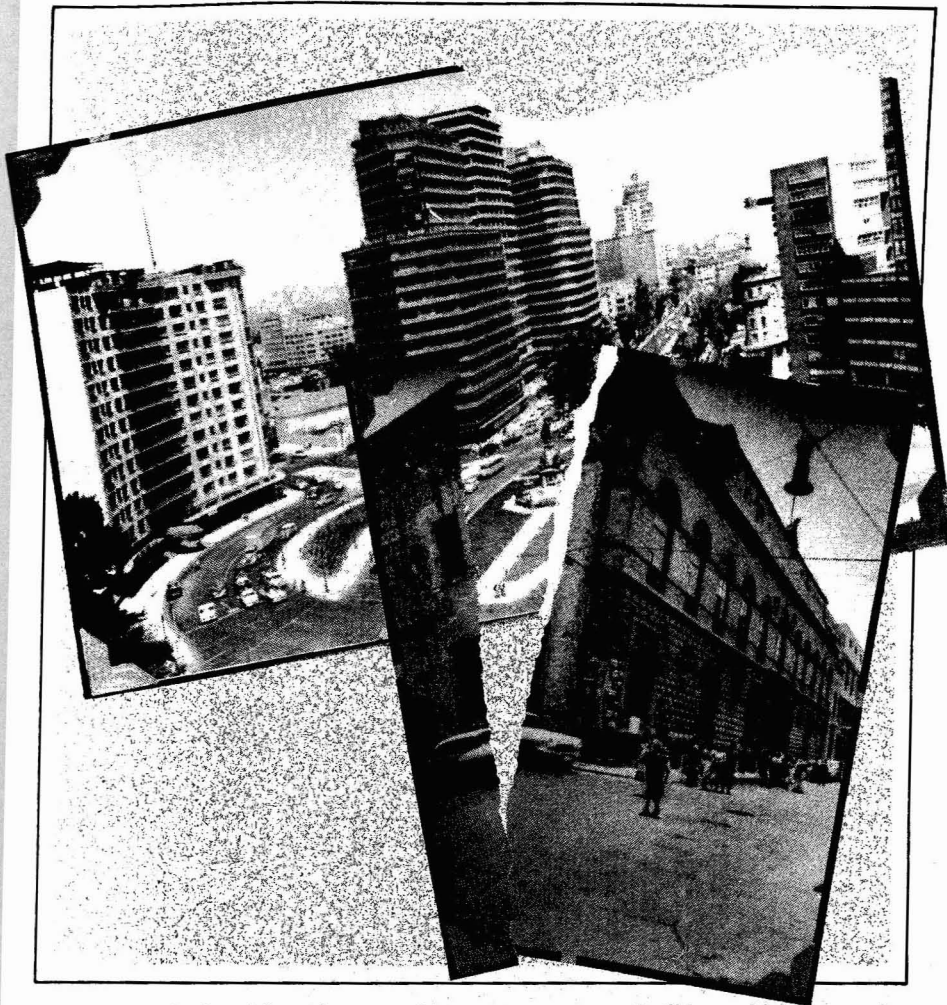
En 1953 es cuando expongo por primera vez en la galería Prisse que estaba en la calle Londres. Mi exposición atrae la atención de la crítica y ésta hubiera sido muy favorable si no aprovecho las entrevistas de prensa que se me hicieron para atacar a las academias de arte, al muralismo y a la escuela mexicana de pintura. Dos años después publicaría en *México en la Cultura*, que dirigía Fernando Benítez, mi manifiesto titulado *La cortina del Nopal*. A éste le siguieron muchos artículos en los que arremetí en contra de los santones de la pintura nacional. A Tamayo lo puse como ejemplo de independencia en un medio en el que se imponía una sola ruta para el arte nacional. Tamayo, siempre silencioso y ladino, vivía entonces en Nueva York pintando las mejores obras de su producción. Fue un pintor de primera pero muy atemorizado frente a Siqueiros y Diego Rivera. Mientras ellos vivieron nunca se atrevió a atacarlos, porque les temía. Además era natural, porque és-

tos eran espléndidos e hirientes polemistas, con un agudo sentido del humor, mientras Tamayo lo único que sabía hacer era pintar, mientras su esposa Olga se encargaba de administrar muy hábilmente el dinero que entraba por concepto de ventas de cuadros.

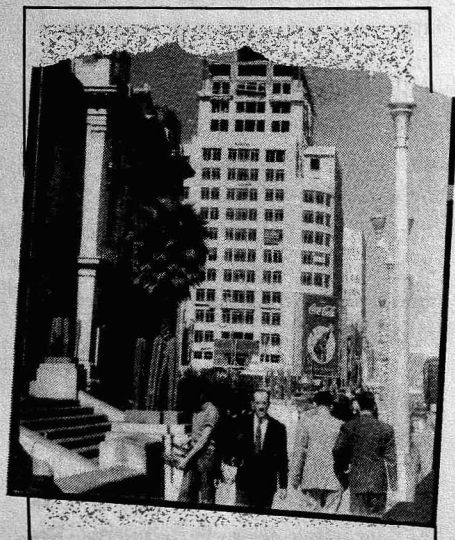
De personalidad opuesta a la de Tamayo, quien esto escribe, atacó con dureza a los monstruos sagrados, por lo que se me debe considerar como el factor principal del cambio que sufrió el arte mexicano a partir de la década de los cincuenta. Mi lucha fue unipersonal al principio; pero después se me unieron otros artistas de talento y nuestra generación sería conocida como la "de la ruptura".

2. ¿Cómo y dónde se desarrollaba la vida cultural capitalina al comienzo de la década de los cincuenta?

Los pintores mexicanistas, como ya lo dije, gastaban la mayor parte de su tiempo en asambleas del partido comunista o bien escribiendo manifiestos en contra del capitalismo y el arte purista. Re-



cuerdo que en algún momento alguien sugirió se dieran becas a pintores del país para que fueran por algún tiempo a Francia a estudiar pintura. Entonces Chávez Morado saltó y dijo que mejor se entregaran bolsas de viaje para que los jóvenes viajaran por todos los pueblos de México y así conocieran la realidad del país. Yo entonces gustaba de frecuentar el café París, donde los intelectuales españoles del exilio hacían tertulia por las tardes. Ahí conocí gente de primera y lo que oí decir me fue de gran utilidad. Mis conocimientos sobre literatura y pintura se ampliaron con esas conversaciones. Los jóvenes empezamos también a reunirnos en la emergente zona rosa, que a mí debe su nombre. Sabíamos de México, pero eso no nos impedía que leyéramos literatura extranjera y nos informáramos, a través de revistas, de lo que acontecía en París y en Nueva York. No gustábamos de la ropa folklórica, nunca en los cincuenta nuestras esposas o novias vistieron de tehuanas o tlaxcaltecas. Bertha, cuando se casó conmigo en 1961, sí se vistió con un traje típico que le prestó Rosa Covarrubias. Pero lo hice para burlarme de los folklóricos y de las folklóricas. Además en el banquete de la boda, que fue en la casa que había sido de Miguel Covarrubias, corrió mucho tequila y los mariachis tocaron... Recuerdo entre los invitados a Dolores del Río y Luis Barragán, a quienes quise mucho. Fue una boda como de película del Indio Fernández; pero lo hice con ese sentido del humor que siempre ha acompañado todos mis actos. ♦



Alicia Montoya

Mtro. Fernando Curiel Defossé
Presente.

Estimado amigo:

Ante todo, agradezco profundamente su invitación para tomar parte en la encuesta de la magnífica revista *Universidad de México*, sobre "La Ciudad de México en 1950":

He leído con sumo interés el artículo: "Poesía en voz alta", espectáculo que tuve la oportunidad de presenciar y aplaudir, así como todos los demás, escritos por grandes personalidades.

Con la sinceridad que siempre he tratado de tener, como actriz y ahora al pasar los años, como maestra, le diré lo que viví y recuerdo de esa época.

Los años 50 fueron de grandes contrastes. Se iniciaron una serie de pequeños espacios escénicos, a los que se les llamó Teatros de bolsillo: Martha Elba Fombellida fue de las primeras. El Casino del Arte en la colonia Juárez con *La Prostituta Respetuosa*. En los bajos del Cine Río, en Cuba y Palma, surgió El Caracol José de Jesús Aceves. El Globo en la calle de París, cerca del Hotel Reforma. El Teatro Arena en el Edificio de La Latinoamericana frente a la glorieta de Colón, lo acondicionaron Víctor y Tito Junco. (Yo tuve la suerte de estar en el elenco de su inauguración dirigida por Petrone). *Patrulla 21*, debut en México de José Galves, magnífico actor colombiano.

Después, la segunda obra fue *El Caso de la mujer asesinadita*, debut de Lucy Gallardo, y estuvimos casi siete meses; fue un gran éxito.

Enrique Alonso me llamó para que lo acompañara en una bella aventura los domingos por la mañana: *El Teatro del Pequeño Mundo*, hace justamente 40 años. Abrimos muchos pequeños y grandes espacios, la Sala Guimerá del Orfeo Catalá (después Teatro del Caballito), la Sala Eugenia, auditorio de un colegio. Uno pequeñito en la calle de Sullivan. El auditorio de la FSTSE convertido después en la Sala 5 de Diciembre, y se consiguieron también las matinales del Cine Versailles, hoy Diego

Rivera, la Sala Latino en los bajos del cine Latino y muchas más...

Y al mismo tiempo se hacían grandes espectáculos al aire libre: la plaza de la Iglesia de Chimalistac se abrió con la Pastorela de Enrique Alonso *El Portal de Belén*, allí, poco después, montó Álvaro Custodio, maravillosamente, *Fuenteovejuna*; *Medea* en el Convento de Tepoztlán. *Bodas de Sangre* en el Frontón Cerrado de la Ciudad Universitaria. Fue premio de escenografía, revelación como gran actriz dramática joven Rosenda Monteros (la novia), premio de 1ª actriz (la Madre) para mí, gran oportunidad que siempre agradeceré a Alvaro Custodio. *Calígula* en el Restaurante Chapultepec. *Las cosas simples* en la cafetería del Parque de la media luna. *La Celestina* en el Can-Can con Dña. Amparo Villegas.

Y en los Viejos Teatros, los tradicionales espectáculos de compañías mexicanas y extranjeras. ¿de repertorios anticuados? pero llenos de público.

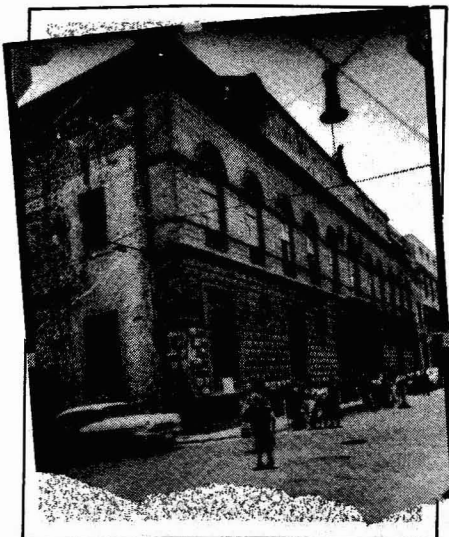
El 5 de Diciembre de 1957, La Asociación Nacional de Actores inaugura



el Teatro Jorge Negrete con María Tereza Montoya y Francisco Jambrina en la obra de Jesús Sotelo Inclán, *Malintzin*, dirigida por Ricardo Mondragón; después La Compañía de Carmen Montejó inició su temporada con la obra de Marissa Garrido, *Lo que callan las mujeres*, mexicana, y se estrenó la obra más querida para mí, *Los cuervos están de luto*, dando a conocer el joven autor Hugo Argüelles; por una gentileza de Carmen Montejó, me cedió el papel de Piedad y por una noche como ésa vale la pena ser actriz.

Amigo mío, la moneda siempre tiene dos caras. A una la llamaban despectivamente Teatro Antiguo, a la otra Teatro Moderno, innovador...

Seki Sano puso de moda a Stanislavski. Al que admiro y respeto. El fue un actor como todos los de su época ¿autodidacta? No, se hizo en el escenario. Su primera lección para estudiantes y actores del Teatro del Arte de Moscú fue el 10 de marzo de 1911. Hay dos frases importantísimas, dichas por él en su clase de ese día: "El Teatro, es el púl-



pito más elevado para el Hombre Moderno" y "El actor que no respeta a sus antecesores, está negando sus raíces y el árbol que no tiene raíces no da fruto".

Este concepto viene de un hombre del siglo pasado. Él lo dijo en 1911, luego su técnica es de sabiduría y experiencia. ¡Bravo!

Yo, estoy hecha de la amalgama de las dos caras de la moneda. Amo y res-

peto mi pasado, hija, nieta y biznieta de actores. Trato de incorporarme al presente, siento un gran respeto por la juventud y les entrego con gran cariño mi poca sabiduría, y mi mucha experiencia. Pidiéndoles, de todo corazón, que se esfuercen para que el Teatro del mañana sea digno y sincero, sea una Profesión, no un hobby o un escaparate.

Al actor o artista, en Náhuatl, se le llamaba *Toltécatl*, que quiere decir: El que lleva a Dios en su corazón, y Él, habla por su boca.

Gracias, un abrazo.

Comentarios:

Seki Sano fue un terrible detractor del "Montoyismo" y yo soy, orgullosamente, hija de María Tereza Montoya.

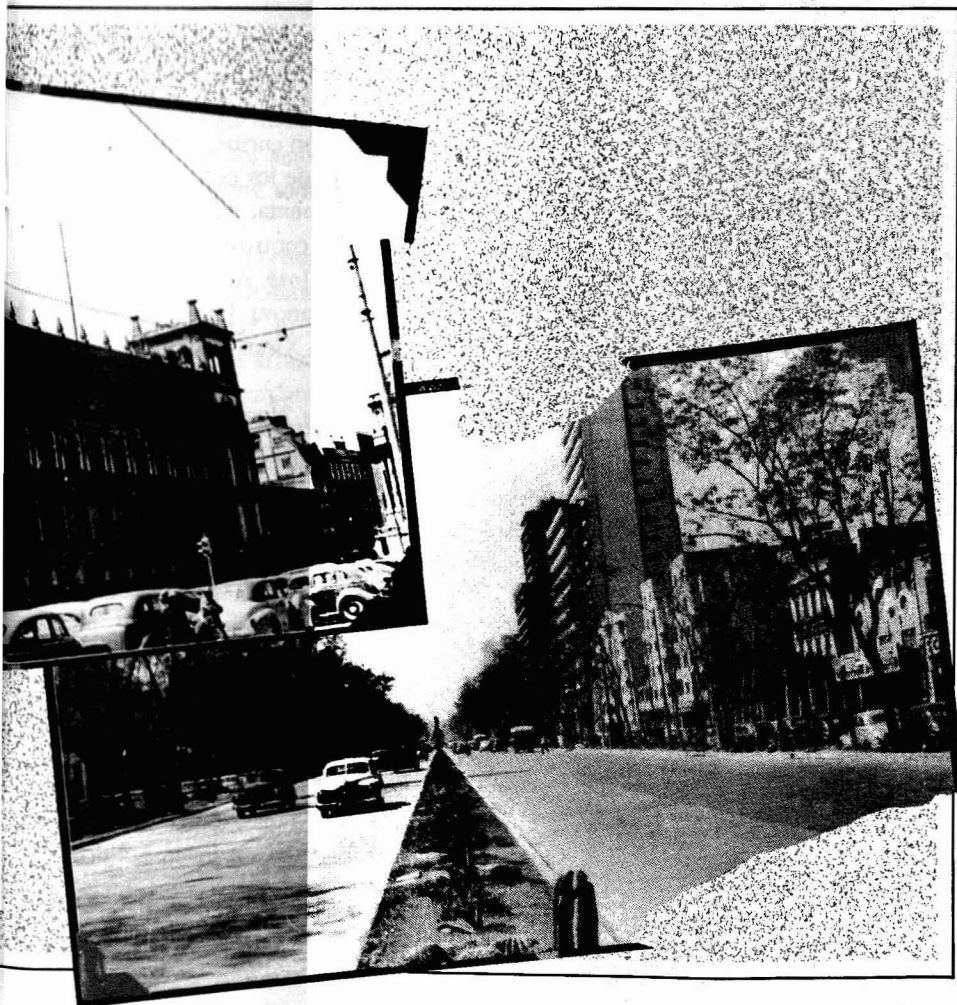
Sus ataques dieron como resultado una serie de homenajes de desagravio para La Montoya, de sus compañeros, autores, prensa y sobre todo su público. El primero fue en el Caracol el 3 de julio de 1950, con un maravilloso discurso de Celestino Gorostiza. Después fue Salvador Novo en la Sala Latino Americana. Y el periodista Isaac Rojas Rosillo, en otros teatros, y la Asociación Nacional de Actores.

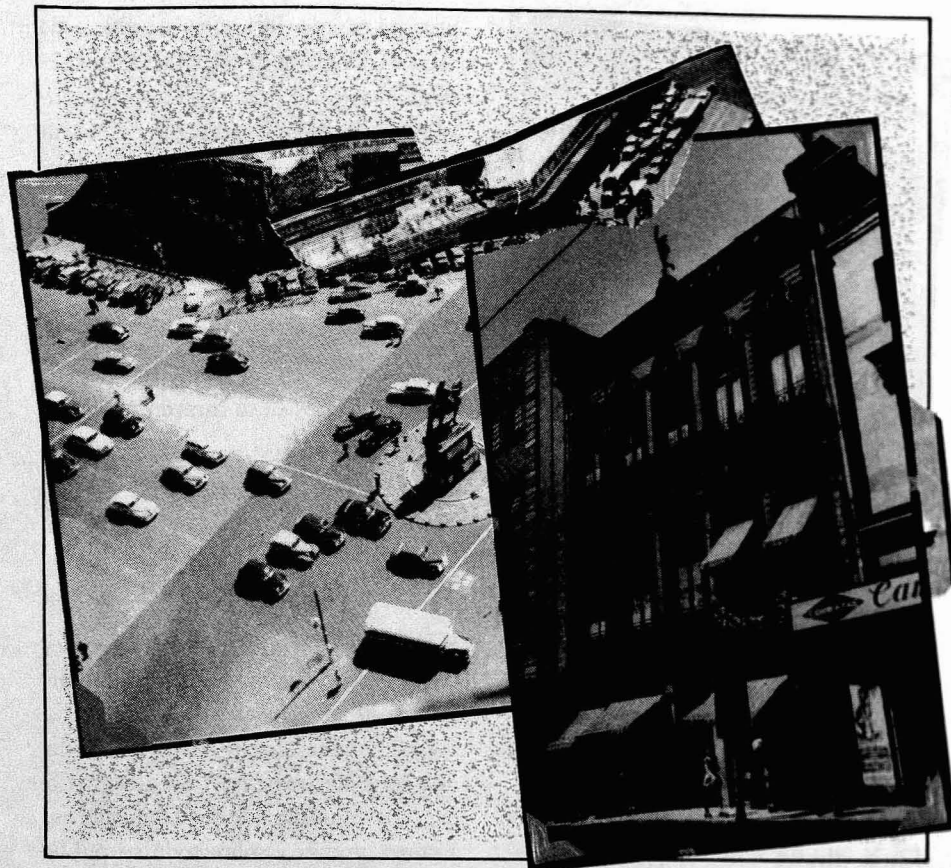
Pasó el tiempo, un día se encontraron en la boda de Rebeca Pupko en medio del salón. La Montoya le tendió la mano y él se la besó. Después de verla, en el año de 1961, en el monólogo *La muerte da un paso atrás*, en el Teatro D'Alarcón (fue la mujer del año por esa actuación).

Seki le mandó una carta, pidiéndole permitiera la entrada a sus alumnos. La Montoya se lo concedió. Durante cuatro años, en sus temporadas en el Teatro Fábregas, ella tuvo un bello gesto para los jóvenes: dos veces a la semana, martes y jueves, los estudiantes tenían entrada, sin costo alguno, con sólo mostrar su credencial; nadie ha vuelto a hacerlo.

Seki le mandó un gigantesco arreglo de flores exóticas y ambos se visitaron en el hospital cuando estuvieron enfermos.

Siempre que voy a ver a mi madre le pongo una flor a Seki Sano, sobre su frase "El Teatro es para verse". ♦





LA FILOSOFÍA Y LA CIUDAD DE MÉXICO EN 1950

Leopoldo Zea

En el año de 1950 culminaba una corriente filosófica que varios años antes había puesto en marcha Samuel Ramos, al publicar en 1934 su libro *El perfil del hombre y la cultura en México*. Trabajo recibido con hostilidad porque se consideraba nada tenía de filosófico y sí de denigrante para el mexicano. Ramos apoyaba su enfoque en varias de las expresiones de la filosofía europea de esos días, centralmente, en la obra de José Ortega y Gasset. En 1939, José Gaos en México, comentaba el libro mostrando su extraordinaria importancia. La problemática filosófica del mexicano coincidía con la problemática filosófica del filósofo español Ortega, del cual se consideraba discípulo Gaos.

En 1948, un grupo de jóvenes estudiantes de filosofía, Ricardo Guerra, Joaquín Sánchez Macgregor, Jorge Portilla, Salvador Reyes Nevares, Emilio Uranga, Fausto Vega y Luis Villoro, formaban el Grupo Filosófico Hiperión. Grupo al que quedé incorporado natu-

ralmente, siendo todos ellos alumnos míos, de Gaos y de Samuel Ramos. La primera aparición del grupo fue sobre el existencialismo francés en 1948, en el Instituto Francés de América Latina. En otoño del mismo año en una serie de conferencias en la Facultad de Filosofía y Letras, sobre filosofía contemporánea. Se iban mostrando las bases teóricas de la filosofía que iba a ponerse en marcha.

En 1949 se hacía expreso este filosofar en otra serie titulada ¿Qué es el mexicano? y así se continúa en 1950, 1951 y 1952 con otros cursos sobre el tema "El Mexicano y su cultura, el Mexicano y sus posibilidades". Luego una colección de pequeños libros bajo mi dirección llamada México y lo Mexicano, en 1952, iniciada con el trabajo de Alfonso Reyes *La X en la frente*. En las conferencias participaron los hiperiones, pero también estudiosos de la realidad mexicana y el mexicano de diversos ángulos de la cultura, incluyendo sus

críticos, en especial venidos de la sociología y la antropología. Preguntar por la identidad del mexicano, se consideraba era preguntar por algo inexistente como el Mirlo Blanco.

Esta corriente fue vista con gran simpatía por los mayores de la cultura mexicana de esos días, como Alfonso Reyes, Antonio Caso y José Vasconcelos. Varios de ellos colaboraban en sus actividades. En 1950 Octavio Paz publicó en Cuadernos Americanos su libro *El Laberinto de la Soledad*. En la colección México y lo Mexicano se publicaron diversos libros de los integrantes del Hiperión y de otros muchos más incluyendo las conferencias del filósofo inglés Arnold Toynbee, "México y el Occidente". La solitaria aventura de Samuel Ramos alcanzaba así extraordinario volumen trascendiendo las fronteras del país, en la América Latina y en la misma Europa. La Europa que está ahora también preocupada por problemas de identidad en relación con la crisis que han originado los sucesos de los últimos años.

En esos años toda esta actividad fue realizada en ese hermoso edificio de la Universidad que es Mascarones. Su Aula Magna, la José Martí, se llenaba a lo largo de las múltiples conferencias que allí se ofrecieron en cursos, como los de Invierno, a fines de los cuarenta y a lo largo de los cincuenta. Allí expusieron sus ideas sobre la controvertida filosofía José Revueltas, José Alvarado, Enrique González Casanova, Juan A. Ortega y Medina, Ramón Xirau y otros muchos más.

Neokantianos y Neotomistas formaban los grupos opositores a esta corriente. Los medios de información le dieron gran espacio. A veces relacionaban la polémica con la vida nocturna de esos días en que triunfaba la Tongolele, que se dice existencialista y mexicanista frente a la neokantiana Kalantan. La temática fue discutida ampliamente fuera del ambiente universitario, centralmente en los suplementos literarios de esos días. Las publicaciones que surgieron fueron muy solicitadas. Entre quienes las solicitaron estaba un joven político mexicano, entonces Secretario General del PRI, el licenciado Adolfo López Mateos. ♦

Energúmenos, epígonos y expertos

¿Existen las culturas nacionales? ¿Existe algo así como una «cultura española»? En última instancia, ¿existe España? Cualquiera que sea el motivo de la advocación, el universal que la preside es, cuando menos, discutible, tanto como lo es cualquier tentativa de síntesis, todo ensayo de articulación de la inmensa variedad de fenómenos que conforman lo que se suele llamar «cultura española actual». Más tarde o más temprano, se acaba chocando contra ese obstáculo insalvable que es llegar a definir una conciencia o un espíritu unitario para esa variedad. No parece que haya un sentido o un valor que las distintas manifestaciones culturales de la Península Ibérica sientan común y a la vez propio. He aquí el problema más serio que enfrente al escribir estas cuartillas sobre el panorama actual del ensayo como un género de la prosa en la «cultura española» del presente.

Contra lo que pudiera deducirse a partir de su protagonismo —este año, sobre todo— en los medios de comunicación, España no existe más que en el mapa y en las reuniones internacionales, en los acuerdos de frontera y en algunos litigios coloniales, y sobre todo en el momento de pagar los impuestos.

¿Pero acaso es necesaria España como representación? Si nos atenemos al uso habitual, parece un signo negativo, como un exorcismo: lo que no se quiere ser, lo que se es y que duele y por lo tanto se arrastra como una penitencia, aquello de lo cual mejor no acordarse. Dada la complejidad de los pueblos que habitan estas tierras y la identidad negativa en la que se reconocen, ¿merece la pena continuar esgrimiendo el rótulo para forzar la identificación de lo que carece de principio diferencial y propio? A mi juicio, no. Por lo mismo, parece poco razonable encarar un análisis de «lo español», en cualquiera de sus manifestaciones, partiendo de un signo tan problemático, referencia prejuiciosa de la que nadie está dispuesto a hacerse cargo sino a costa de incurrir en patrioterismo. La voz «España» sólo se llena de contenido cuando se la invoca desde tierras lejanas o desde antiguas colonias americanas y en la imaginación de los millones de inmigrantes «hispanos» que pueblan México, Buenos Aires, Hamburgo y Nueva York, o cuando sirve de estribillo amenazador en boca de las bandas de adolescentes nihilistas que animan al Real Madrid. A despecho de su engañosa transparencia, de su evidencia aparentemente trivial, es verdad que esta voz sobrevive en nuestro vocabulario, pero tan sólo como residuo de un imperio desaparecido. Así se

la repite desde los organismos de intercambio y propaganda de la llamada cultura oficial cuyos fastos mayores se celebran en estos días en Sevilla con una monumental feria planetaria de atracciones. Desde Barcelona —y se ha de tener presente que quien esto suscribe es porteño de nacimiento y de formación, español por adopción y, desde hace quince años, barcelonés por residencia— se la tiene como una voz vacía cuya entidad actual es equiparable a la que tendría el Sacro Imperio Romano-Germánico si se lo invocase para designar la Alemania unificada.

Existen, sin duda, los españoles, pero uno se pregunta si son tales y no más bien una nutrida variedad de etnias y culturas regionales, algunas de ellas con lenguas y costumbres antiquísimas, con geografías de tremendos contrastes entre sí y con una creciente voluntad de desmembración y de autonomía económica y política. Estas comunidades hace tiempo que profundizan sus diferencias nacionales y resisten toda reducción a una unidad que, como en Yugoslavia, sólo se apoya en el ejército, en un puñado de monopolios estatales con sede central en Madrid, y en una culpa colectiva: la Guerra Civil. Pero se necesita algo más para hablar con fundamento de una legítima cultura nacional.

Desde tiempos inmemoriales la proyección de una cultura nacional con sus propios rasgos ha dependido cuando menos de dos factores principales. Por una parte, de su constitución por autorreferencia, por reflexión sobre una tradición cultural sedimentada al cabo de largos procesos de homogenización y estabilidad institucional. Y por otra parte, de su capacidad de imponerse política y militarmente sobre las culturas de sus vecinos. Es probable que la única excepción a esta regla no escrita haya sido la antigua Grecia, al menos la Grecia que nos hemos inventado bajo la influencia de los románticos del siglo pasado. Salvo la cultura de los griegos, que consiguió perdurar con identidad propia bajo la dominación romana, todas las demás, mal que les pese a los actuales defensores de la llamada Europa de las Naciones (croatas, moldavos, bosnios, catalanes, rutenios, magiares, escoceses, etc.) han existido en la intimidad de sus pequeñas sociedades aldeanas, en sus literaturas marginales y oprimidas, en su imaginario, en su folklore y en el rencor acerado que siglo tras siglo han ido alimentando bajo la hegemonía de alguna otra nación o cultura dominante, pero no han perdurado por ellas mismas sino en la realidad de un vasallaje unas veces humillante y otras veces afortunado,

pero siempre inevitable. Esas naciones hoy emergentes sólo fundan su legitimidad histórica en su propia diferencia, más o menos como las pequeñas comunidades que pueblan la Península Ibérica actual, pero nunca han sabido —o querido, o podido— imponerla a sus vecinos. Resulta una paradoja que, en plena saturnalia de la hispanidad, España vaya siendo sustituida por un conjunto de culturas en dispersión y en estado de mutua indiferencia y sólo atine a mantenerse como el remedo del imperio que fue. De esa vocación imperial que se remonta a la España de los Austrias nos queda sólo la sombra o el eco que resuena en el rótulo, bastante del empaque con que aún hoy se trata a todo aquél que llega «del ultramar» y la necesidad de contar con una representación colectiva, una España vertebrada, como pedía Ortega, pero que en verdad sólo se concreta para los intercambios internacionales o bien para interpretar unitariamente los prejuicios que los españoles entienden como idea de sí mismos, las más de las veces, injustamente autodenigrantes. Contrastada con la realidad del mosaico de pueblos, regiones y ciudades que forman la Península, dicha representación resulta demasiado vaga para conformar una cultura de referencia propia, o tiene resonancias siniestras, tras las décadas de prédica nacional-católica del franquismo, que la utilizó como bandera.

Por otra parte, la identidad «española» resulta problemática cuando se muestra incapaz de asegurar, con títulos o con realizaciones, el supuesto patrimonio de la lengua propia. En efecto: si la lengua es el elemento fundacional e irrenunciable de una cultura, cabe suponer que perdura lo español en la vitalidad de la lengua castellana. ¿Pero acaso no es la lengua de centenares de millones de hablantes desparramados por varios continentes? Toda pretensión, como la que solapadamente inspira al flamante Instituto Cervantes, de poner la irreductible variedad del habla de Miami, de Bucaramanga, Tucumán, Tijuana, Arequipa y Cádiz, bajo un mismo patrón hegemónico peninsular no tardará en mostrarse como vana e irrisoria y en revelar el atavismo imperial que la guía, síntoma del malestar de una nación que antaño fue lo suficientemente poderosa como para imponer sus propios Papas en Roma y mantener a medio orbe en un puño, y que, tras el caso, nunca se ha resignado a reconocer que aquello está perdido.

La nostalgia del Imperio asoma detrás del sordo sentimiento de inferioridad que aflora en los propios españoles cuando comparan su cultura con otras de Europa y, por compensación, en las discriminaciones que se suelen aplicar a toda cultura «hispana» diferente, rechazo inocultable que no se manifiesta en lisa y llana discriminación racial simplemente porque hay un océano de por medio, pero que se deja ver en la persecución de los acentos —hablados y escritos— venidos del ultramar y en la constante reivindicación de la autoridad española sobre la lengua castellana, cuyo encanto principal reside en que ya no puede reconocerse como tal lengua *española* sino que, igual que otras lenguas universales, se ha convertido en una *koiné* compuesta por abigarrado mestizaje e imbricación, sin identidad académica posible y sin administración o regla que pueda regimentarla.

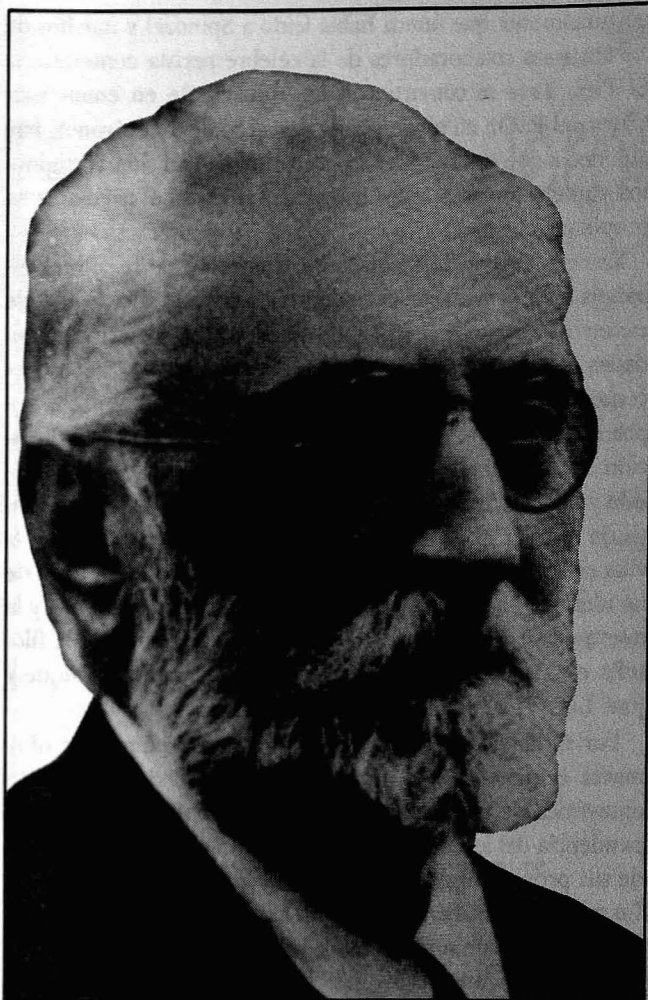
Me he detenido en la crítica de «lo español» como representación de la cultura que se hace en estas tierras porque

encuentro enormes dificultades para reunir bajo un mismo patrón, obras y tradiciones tan disímiles como las que hoy en día se leen y se escriben en Barcelona, Madrid, Sevilla u Oviedo. Otro tanto cabría decir de lo difícil que resulta hablar acerca del género «ensayo», género que, bajo el efecto de la gran comunicación de masas, la industria editorial y la educación también masiva y centralizada, ha quedado desdibujado hasta el punto de que sus contornos en la actualidad parecen menos definidos que nunca, en la medida en que se extienden sobre una amplísima gama de prosas que van desde la intervención periodística hasta el estudio académico en el no menos vago campo de las llamadas Humanidades, pasando por todos los registros de la opinión, la mitología popular y la historia, la semiología y la crítica social, la literatura panfletaria, la teología, la divulgación científica y la autobiografía. Si no cabe definir ninguna expresión como típica o característica española —ni siquiera la detestable costumbre de reunirse en una plaza para maltratar cruelmente a un toro—, ¿cómo y por qué reconocer como «españoles» a ensayistas tan diferentes y tan poco comparables entre sí, como el ovetense Gustavo Bueno, el catalán Xavier Rubert de Ventós o el valenciano Joan Fuster?

Y, sin embargo, hay pocas manifestaciones tan puramente «españolas» como el ensayismo.

Sólo se me ocurre invocar una única razón que justifica proponer una referencia común para obras y personajes tan disímiles, salvada que sea la cuestión sobre la supuesta identidad «nacional» de los españoles, y es la referencia a una tradición vernácula que se perfila tanto en un estilo como en un espíritu, en el llamado ensayismo hispánico, producto, como en otras regiones de Europa, del ascenso de la intelectualidad burguesa en la segunda mitad del siglo pasado. Los trabajos de Juan Marichal, la *Antología* de Gaos y la historia de Abellán, independientemente de los juicios que nos merezcan cada uno por separado, podrían servir como fuentes primarias para el estudio de esa tradición del ensayismo español que sin duda se reconoce, con todos los atributos del género, en la obra de escritores a caballo entre los siglos XIX y XX, como Unamuno, Ortega, Bergamín, Azorín, Eugenio D'Ors, y sobre todo en sus herederos directos, casi todos ellos genuinamente ensayistas. Me refiero, por ejemplo y porque es inevitable que este tipo de artículos incurran en las odiosas enumeraciones, a María Zambrano, José Ferrater Mora, Joaquín Xirau, García Bacca, Francisco Ayala, entre los que conformaron la nutrida hueste de los exiliados, antes, durante y después de la Guerra Civil; y, entre los que lidiaron con la España franquista, unos tolerados y otros perseguidos, destaco a Julián Marías, Laín Entralgo, Aranguren, Manuel Sacristán y muchos otros representantes de una generación culta marcada por la opción entre la complicidad, el ostracismo y la impotencia.

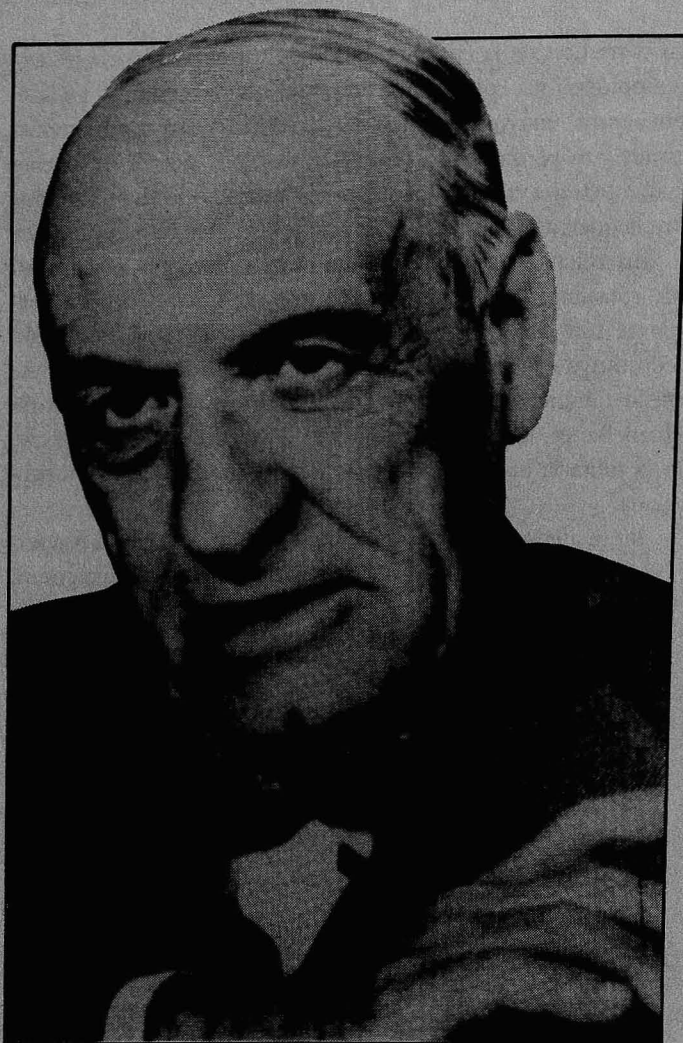
Esta corriente fundacional del ensayismo español, de origen y modos decimonónicos y de herencia quebrada por la guerra, presenta algunos rasgos característicos y significativos. En la mayoría de estos intelectuales hay una voluntad de estilo y de autoría. Sus ensayos se corresponden con la fórmula clásica del género si no inventado (García Gual remonta los ori-



Miguel de Unamuno

genes del ensayo, como mínimo, a Plutarco), consolidado por Montaigne, tanto si intervienen en la prensa diaria como si abordan cuestiones que requieren de mayor profundidad teórica. Se trata de escritores que escriben y polemizan como autores. Los suyos son, en su mayoría, textos de constante autorreferencia, es decir, discursos atravesados por la propia personalidad del autor o en todo caso dictados por una militancia que deja ver filiaciones y recelos, y que casi siempre acaban sentando posición en la larga, la interminable conversación que caracteriza el estilo de la cultura burguesa. Lo mismo da, en este sentido, que a la conversación contribuya el lirismo de Zambrano, el racionalismo de Ortega o la manera tan *dandy* que a menudo adopta Bergamín. En todos ellos se expresa el hálito de la tertulia que se nutre de *doxa* erudita, de ingenio o de conocimiento relumbrón.

Entre las virtudes de estos escritores está su autenticidad y su probada confluencia con las ideas del tiempo. Entre sus defectos, la logorrea –un hábito por desgracia ya muy arraigado en la cultura local– y el diletantismo, ambas características que, transmitidas a sus herederos intelectuales y combinadas con la consabida petulancia de esta parte del Mediterráneo, explican que con frecuencia la típica opinión del ensayista hispánico adopte, aún hoy, la forma de una homilía, un rezongo, una críptica amonestación de la que nunca se acaban de conocer las claves, o una abierta diatriba, lanzados sobre una asombrosa variedad de temas. El llamado ensayismo español actual



José Ortega y Gasset

tiene en estos intelectuales su antecedente más conspicuo y define sus pautas con relación a ellos, por continuidad y emulación, por contraste o por omisión.

Quizá convenga añadir que una de las características más notables de esta tradición iniciada con Unamuno es que, a consecuencia de la guerra civil y del largo periodo de oscurantismo que ocupa la dictadura franquista, su herencia no llegó a cuajar en forma de una auténtica *Kultur*. Digamos al pasar que lo trunco parece una constante del destino español: así la Ilustración y el Liberalismo, la industrialización y el espíritu de la modernidad burguesa; incluso la experiencia fascista puede decirse que se tuvo a medias. El hecho de no haber podido transmitir –con la sola excepción, quizá, de los discípulos de Ortega– un legado intelectual coherente que fuera más de cierto estilo, a las generaciones más jóvenes (sobre todo a la generación educada libre del fantasma de la guerra y en la relativa afluencia de la España desarrollista, una generación que hoy en día ocupa casi todos los puestos de relevancia en la sociedad) explica que la actual y nutrida representación de los ensayistas españoles responda, con contadas excepciones, a uno de los siguientes géneros: el de los energúmenos, el de los epígonos, y el de los expertos.

Llamo energúmeno al tipo de ensayista español que reincide sin complejos en la atipicidad nacional, que incluso se resiste a trascender el aislamiento secular en que ha sobrevivido la cultura de este país, rechazando la identificación con

las corrientes de la época en busca de un discurso propio, contemporáneo y a contracorriente en el que a menudo el lector encuentra, una vez superada la barrera del estilo y la imposición, un pensamiento original e insólito, donde es posible hallar una nueva teoría del número, un alegato inflamado contra la guerra justa, una descarnada autocritica de la Conquista o una reivindicación del tren como alternativa a la sociedad de consumo. Los representantes más conspicuos de esta vertiente son en primer lugar, Rafael Sánchez Ferlosio, quien constituye él solo todo un género, y Agustín García Calvo, pero también incluiría las intervenciones intempestivas de Juan Benet, la obra ensayística del desterrado Juan Goytisolo y la solitaria batalla de Gustavo Bueno contra la religión cristiana.

Junto a esta vertiente inconfundiblemente hispánica la apertura democrática hizo proliferar el discurso de los epígonos, testimonio de la otra dimensión de esta cultura malograda: la de la colonización ideológica que, según el curso de las modas, puede decantarse por la importación del heideggerianismo más rancio, la semiología de Barthes, el nuevo periodismo norteamericano o la última versión del marxismo crítico al modo de Jon Elster. Modelos, todos ellos, copiados y reproducidos con perfección casi clónica. La cultura epigónica española, además, ha permitido durante la transición democrática, los más sorprendentes cambios de rumbo. Así, Enrique Gil Calvo pasó del marxismo libertario a la reivindicación del estado de fiesta; Gabriel Albiac derivó su althusserianismo juvenil en spinozismo marrano (aunque Althusser confesara

póstumamente que nunca había leído a Spinoza) y muchos de los antiguos colaboradores de la célebre revista contestataria *El Viejo Topo* se convirtieron oportunamente en eminencias grises del PSOE en el poder. En descargo de los epígonos, hay que decir que estos quince años en España han sido vertiginosos y que muchos de estos tráfugas pagaron el precio de su propia precocidad.

En tercer lugar, la rápida reincorporación de la cultura española a la llamada modernidad ha generado una legión de expertos, distribuidos en los distintos campos de las humanidades. En ellos, pese al relativo efecto de su obra actual que es consecuencia de la levedad que afecta a toda la cultura europea contemporánea, cabe ver la base de la futura consolidación de un pensamiento peninsular de fundamento teórico sólido y perdurable. Subrayo aquí la tentativa de Victoria Camps de romper el cerco académico que separa a la ética de la vida corriente, los ensayos de Salvador Giner sobre historia de las ideas, la obra de Antonio Escohotado sobre las drogas, y la nueva erudición, libre de la nefasta influencia curil de la filosofía española, que desarrollan en sus trabajos Félix Duque y José Luis Villacañas.

Por último, hay que mencionar algunas figuras cuya obra marca el signo de una auténtica renovación de la tradición ensayística de este país, curiosamente desarrolladas con independencia del legado decimonónico vernacular y a contrapelo de sus propias formaciones en pleno oscurantismo franquista. En primer lugar, Fernando Savater, probablemente el intelectual más brillante surgido con la transición, autor de una obra vastísima y figura decisiva en la consolidación de la llamada España moderna; Eugenio Trias, desde hace años empeñado en la construcción de un pensamiento filosófico original recreado en un vocabulario propio; Xavier Rubert de Ventós, quien desde una temprana contribución a la estética contemporánea ha ido derivando a la política; y finalmente Rafael Argullol, cuya obra está, desde sus inicios, comprometida en la recuperación, a través de un estilo propio, del discurso del ensayo para la literatura, de donde no debió haber salido nunca.

Si tuviéramos que juzgar la extraordinaria eclosión de ideas y discursos generada en este país a partir de la transición democrática, desbrozando su irregularidad y sus falencias, y lo hiciéramos únicamente en función de la atención que el resto de Europa le ha prestado, nuestro balance sería sin duda descorazonador. Aún hoy, la contribución española se mira a través de la obra de Ortega y se reserva a los departamentos de hispanismo en las universidades y rara vez se incluye en los catálogos de las editoriales extranjeras. Otro tanto cabría añadir de la actitud reticente con que no sólo el ensayo sino también la narrativa hispánica son seguidos en Latinoamérica. No estoy en condiciones de explicar las razones de este juicio tan poco alentador para quienes trabajamos en este medio. Seguramente la explicación se encuentra en antiguas contingencias que afectan al curso de la cultura y la historia de todos los pueblos. Sólo sé que, sobre mi propia experiencia, ese juicio es en gran medida injusto. ♦



María Zambrano

Cuerpo adentro

Para Alejandro Ortiz

Camino abrupto de la sangre
voy cayendo, me acantilo,
el vértigo en ascenso
me toma por asalto,
el vértigo navaja
para segar el aire,
el vértigo vacío,
súbito erizo en el enjambre
de los nervios;

voy por la sangre en vilo y
soy tremor,
tremolo el estandarte del asombro,
voy al ansia,
a su vorágine cautiva en
la faena de llegar, de consumarse;
siento el ansia espiral
helándose en las vendas de la fiebre;

me divulgo,
cundo en los hornos de mi sangre,
me atengo a su fruición
y a su secreto,
pertenezco,
soy una órbita crucial
del objetivo,
soy la obstinada percusión
de la materia,
soy aliento,
el centenar de cuerdas de mi pulso,
todo es ritmo,
todo es movimiento
(se mueve el árbol hacia adentro,
tenso,
y aunque su voz es muda
su cuerpo es alarido hacia la altura);

sigo mi rastro,
la esencia urgente del instinto,
su rótulo veloz e imperativo: "continúa",
así que me desplazo en
la espiral,
voy a la herida,
al grito primordial
y su fastidio como un lastre,
como un fardo incurable;
allá en el fondo está el dolor y
la estridencia,
los garfios del pavor,
el tránsito hacia el frío y
su estocada,
la fauna del afuera,
la incógnita redonda y absoluta
de estar vivo. ◇

Katherine Riker

Poemas

I

Conocí y perdí tu cuerpo
en el otoño.
Cuerpo de piel tibia
y dorada—
luz fugaz
que se debilitaba
al atardecer.
Desnudo te dibujaba
contra el cielo,
horizonte vacío
en donde
tan solo
se quedó
tu perfil
momentáneo.

II .

Los sueños se llenan
con islas y puertos
cerrados
sangre sin fuente
mar sin fondo
Polvo que no gira.

III

La espaciosa noche
se extiende
sellando nuestros rostros
con su resuello de terciopelo.
En tus brazos
volamos la noche,
alas negras
que tiemblan al
borde de los
sueños.

VI

La presencia
es como la otra
mitad, ausente
gemelo que
trasciende
el espacio.

Lazo de sangre
que me sonríe
retirándose. ◇

Un mapa sin brújula: El conflicto de los noventa

Tres años han pasado desde que la caída del Muro en Berlín inaugurara un nuevo ciclo para la historia europea y mundial. De ésta se esperaba que incorporara a Europa Oriental y la Unión Soviética a los espacios y los tiempos únicos de la democracia y el libre mercado. Con el correr de los meses se produjeron sin embargo procesos inesperados. ¿Lo eran realmente? A principios de los años 70, la ciencia ficción auguró una época en la cual –de manera un tanto extraña– el espacio y el tiempo terminarían por salirse de quicio. De hecho, apareció en un espacio enorme –de las montañas de Afganistán a los Balcanes– aquel “deslizamiento de tiempo” al que se refería una novela de Brian Aldiss¹. En el arco que va de una cadena montañosa a otra, ¿qué región no ha estado involucrada en alguna forma de guerra?²

Un mapa de los conflictos que envuelven al mundo europeo y sus fronteras no es sencillo de elaborar, porque los cortes no abarcan únicamente el espacio, sino también el tiempo, al punto que aquéllos han tomado –para algunos– la forma de un enfrentamiento entre civilización y barbarie. Ha sido éste uno de los enfoques privilegiados para narrar una contienda “salvaje” como la de la antigua Yugoslavia. Aun así, las explicaciones étnicas o religiosas no parecen suficientes, menos aún cuando son portadoras de los prejuicios más arraigados. Después de todo, no habría que olvidar que el deslizamiento del tiempo también se ha producido en el espacio occidental. Pocas veces se ha albergado una idea tan absurda como la que suele imperar hoy: lograr, en unos cuantos años, la transición que en otras latitudes ha tomado décadas o siglos, con resultados por lo demás contrastados.

¹ Aldiss, Brian, *Frankenstein desencadenado*, Minotauro, Barcelona, 1990 (primera edición en inglés, *Frankenstein Unbound*, 1973).

² La guerra de Afganistán implicó en diez años más de un millón de muertos (2 según algunos cálculos), y 3.5 millones de refugiados (tan sólo en Pakistán). La guerra entre Irán e Iraq, que duró ocho años (1980-1988), arrojó un saldo de un millón de bajas, entre muertos y heridos. Según la prensa estadounidense, miles de iraquíes fueron enterrados vivos por la coalición multinacional en el desierto durante la liberación de Kuwait (1991). En el norte de Iraq, la guerra costó la vida a 100 mil kurdos (1991). El conflicto por Nagorno-Karabaj entre Azerbaidján y Armenia ha provocado al menos 2 mil muertos (de 1988 a mediados de 1992). Hay que incluir la devastación del Líbano, ocupado por Siria e Israel, y las bajas de la *Intifada* palestina (Israel ocupa el Golán, Gaza y Cisjordania).

El epicentro

El mapa del conflicto llama la atención por el lugar que le otorga al mundo musulmán, el más castigado por la guerra en las últimas dos décadas³. En efecto, cuando se habla de “civilización”, se entiende “occidente”, o viceversa. De igual forma, la “barbarie” se asimila a “oriente”. ¿Cuántos estudios no han pronosticado un choque –comercial– entre Estados Unidos y el Japón, para mencionar un caso? Entre ellos media el mar. Pero entre Europa y oriente se interponen el mundo musulmán y Estados Unidos, frente a frente, si se toma en cuenta –suele olvidarse, por increíble que parezca– que la tierra es redonda⁴. Los musulmanes se encuentran en el corazón de los Balcanes (Bosnia-Herzegovina), a medio camino entre Europa Occidental y Oriente Medio⁵. El Cáucaso –otra región en guerra desde hace por lo menos cuatro años– es también, a su modo, otra frontera entre el mundo occidental y el oriental, con el islam de por medio. Iraq está en la encrucijada de un mundo musulmán moderado, próximo de Europa (Turquía laica), y otro más radical (Irán). Dos potencias regionales –Turquía e Irán, precisamente– han pasado a disputarse el Asia Central ex-soviética. Los kurdos viven en el camino de Turquía, Iraq, Irán, Siria y el Cáucaso. Ante el desplazamiento de las placas occidental y oriental, el mundo musulmán se ha convertido en el epicentro de un gigantesco movimiento –¿acaso un terremoto?– de civilización.

³ El mundo musulmán se extiende por el África: Somalia y Sudán son otros de los países castigados por la guerra civil en los últimos años (20 mil muertos en Somalia). Se ha calculado en 40 mil el número de fundamentalistas islámicos bajo arresto u orden de detención en Argelia, Túnez y Egipto (agosto de 1992).

⁴ Rusia se define en cuatro espacios exteriores: el europeo (al occidente), el de Extremo Oriente (en donde las islas Kuriles son una fuente más de tensión, en este caso con el Japón), el musulmán (al sur, en el Cáucaso y el Asia Central), y el norteamericano (al norte). Este último espacio era uno de los que tenía más alta probabilidad de confrontación nuclear. Desde hace algún tiempo, Estados Unidos ha albergado el temor de que las armas nucleares instaladas en el Asia Central ex-soviética caigan en manos de “los de enfrente” –los países musulmanes. El hombre común suele pensar aún con mapas planos. Los estrategas militares no.

⁵ El 44 % de la población de Bosnia-Herzegovina es musulmán. En Kosovo (provincia autónoma del sur de Serbia), la población albanesa mayoritaria es musulmana. Los Balcanes han sufrido por cierto cinco guerras en el siglo XX: dos mundiales, dos “balcánicas” y una más, ahora, que se inició en 1991.

Dos regiones montañosas –los Balcanes y el Cáucaso– muestran con sus tragedias las encrucijadas de la recomposición geopolítica. Los mares y las rutas marítimas también son testigos de las transformaciones en el tiempo. En la orilla sur del Mar Negro se encuentra Turquía, la potencia regional llamada alguna vez a formar parte de Europa, y ahora polo de atracción para las repúblicas en descomposición del Cáucaso y del Asia Central; en el norte –la “punta de arriba” del triángulo–, Rusia y Ucrania se han disputado la flota ex-soviética y Crimea. Simétricamente, han vivido la violencia Moldavia (al occidente del Mar Negro), y Georgia (al oriente). El Mediterráneo –conectado por Turquía al Mar Negro– es el escenario de tensiones que involucran a los países árabes de la orilla sur (Libia, Argelia), la antigua Yugoslavia (la costa del mar Adriático), Chipre (Turquía y Grecia), Líbano e Israel. Más al oriente, el golfo Pérsico ha ocupado un lugar de primer orden en el acontecer mundial. En el centro de los movimientos estratégicos en los mares y los territorios ribereños se encuentra, una vez más, la frontera móvil entre occidente y oriente. En 1986, aviones estadounidenses cruzaron el Mediterráneo para bombardear la capital libia. En 1992, los buques de guerra de occidente patrullan el Adriático.

Menos abrupta y belicosa ha sido la historia reciente del mar Báltico y de Europa Central. No por ello dejan de figurar en el mapa de las tensiones, como lo muestra la separación de checos (Bohemia y Moravia) y eslovacos. Las repúblicas del mar Báltico (Letonia, Estonia y Lituania) fueron las primeras en abandonar el barco soviético en el naufragio. De igual forma, Polonia y la antigua Checoslovaquia se cuentan entre los territorios con mayores oportunidades económicas en el libre mercado. No puede dejar de notarse, sin embargo, que varios de estos países han sido también los primeros en amarrar –económicamente al menos– sus destinos a los de Alemania, con una memoria que no pierde su ambigüedad. Para muchos, han vuelto los mapas de las esferas de influencia.

Se creía que la frontera entre norte y sur no pasaba por Europa. En Polonia, Checoslovaquia, la antigua República Democrática Alemana (RDA) o las repúblicas del Báltico, el cambio se hizo con velas en las calles. No sucedió lo mismo en Rumania o en la antigua Yugoslavia. Al corte entre occidente y oriente se suma otro, entre norte y sur, que se extiende por cierto hasta Extremo Oriente. ¿Puede deducirse de este corte en el espacio que la “naturaleza” del norte es pacífica, mientras que la del sur es violenta, como suelen sugerirlo las imáge-



nes modernas? No. Es el tiempo el que ha hecho que el primitivismo anide otra vez en el corazón de Europa, del mismo modo en que ha permitido a sociedades del norte batir récords de criminalidad urbana. Suele verse que el norte asedia al sur. Pero el proceso inverso crea más de un temor.⁶ El espacio y el tiempo no pueden pensarse por separado.

El círculo espacio-temporal del progreso

¿Y si el mapa se hiciera con otros criterios, los de alguna progresión temporal, por ejemplo? Las líneas llevarían probablemente al absurdo. De todas las sociedades del este europeo, la yugoslava fue la que se preciò de ser la más abierta y de mayor nivel de consumo: en otros términos, la más "adelantada" en la línea del tiempo progresivo occidental. Por lo menos así se le reconoció en el oeste. Al término de la *guerra fría*, el país "no alineado" ha sido el primero en ingresar a la "barbarie" para quedar, como se dice ahora, "fuera de Europa". Sociedades más cerradas, con más décadas de opresión —como la rusa— y por lo tanto más "atrasadas", han sobrevellado con

⁶ La frontera se instala también en las grandes urbes: de 1989 a la fecha se han producido motines de intensidad variable en *ghettos* franceses, ingleses y alemanes. Suelen involucrar a bandas de *skinheads* y neonazis, y de jóvenes inmigrantes. El 28 % de los argelinos en edad de trabajar carecen de empleo en Francia.

menos conflictos abiertos la transición, por lo menos en el corto plazo. ¿Pero quién está más atrasado, y quién más adelantado? En el tiempo, como en el espacio, las fronteras también pueden salirse de quicio. Las brújulas de antaño —es decir, todas las imágenes que se habían asociado al tiempo y al espacio— no han impedido que la transición naufrague para poner en tela de juicio la vieja idea del progreso.

Navegantes del siglo XXI

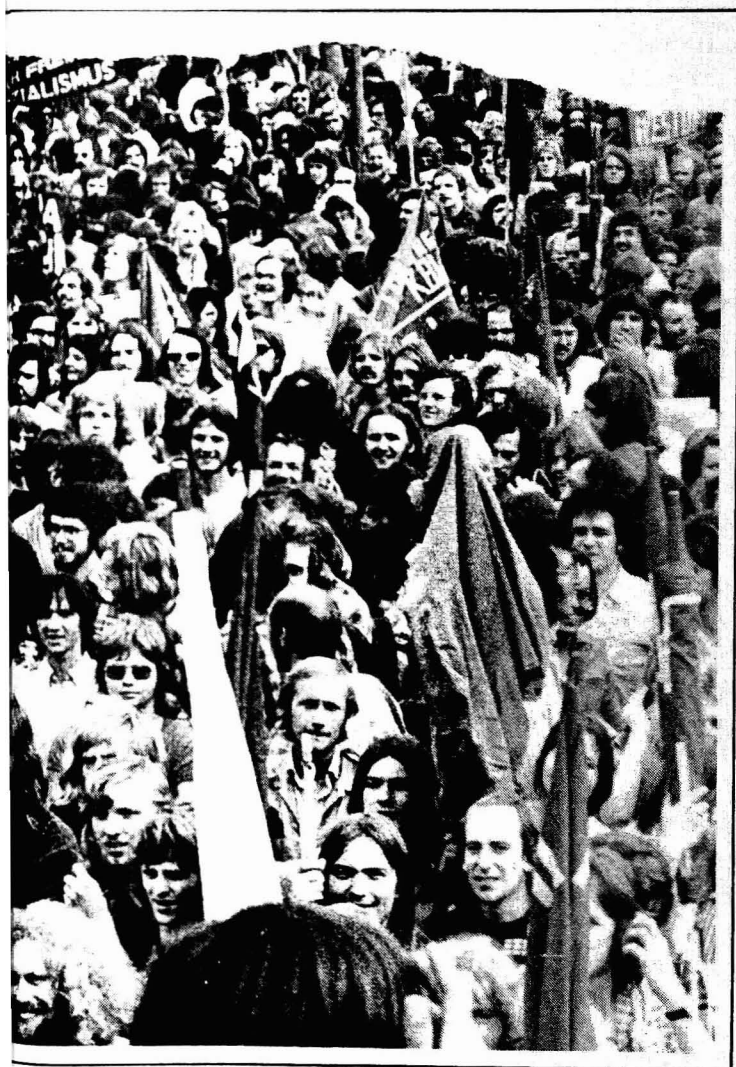
El sur ya se ha instalado en algunas ciudades del norte europeo, mientras bandas de jóvenes descarriados —*skinheads* y neonazis, con un récord en Alemania de más de 2 mil atentados contra inmigrantes en 1991— tratan de repeler la "invasión". El gigantesco reacomodo de civilización ha significado migraciones masivas. Las imágenes de miles de albaneses tratando de llegar en barco a la costa italiana del Adriático, sólo para ser confinados en estadios y repatriados, no dejan de tener algo del Arca de Noé, con cupo limitado ("El barco está lleno", dicen los extremistas de derecha en Alemania). De 1991 a mediados de 1992, cerca de dos millones de ex-yugoslavos fueron desplazados de sus lugares de residencia. Las noticias y los gobiernos llevan las cuentas⁷. ¿Pero cuál de ellas expresará el desarraigo espacio-temporal para millones de ciudadanos? Con los migrantes habrá de cambiar aún más el mapa espacio-temporal de la identidad europea. ¿Estará, ella también, condenada a navegar sin rumbo fijo, aunque alguna vez fuera la dueña de los mares (Portugal, España, Gran Bretaña)? La era del Atlántico se niega a tocar su fin, mientras los mercados se expanden hacia la Cuenca del Pacífico o hacia el este de Europa.

La frontera

Con las migraciones, los pertrechos militares o los cambios territoriales, las fronteras que se conocían en la posguerra han empezado a transformarse. A esta movilidad extraordinaria se suma una rigidez igualmente sorprendente de las mentalidades, como si, ante lo desconocido —aunque tal vez no lo sea tanto— se negaran a traspasar los límites que establecen los esquemas triunfantes. Ante transformaciones que escapan al afán de control absoluto, suelen hallarse ciudadanos que responden con la destrucción o con la indiferencia, según la posición en el espacio y el tiempo. Son estas confesiones de que el mundo europeo, tras la caída del Muro de Berlín, viaja al límite del siglo encerrado en la nave estelar de Aldiss⁸ que ha perdido el rumbo, navega sin control y guarda en su interior sociedades que involucionan. Europa tendrá que cuidar que la nave no traspase al terminar el milenio la más preciosa de todas las fronteras: aquélla que separa la paz de la guerra. ♦

⁷ Se ha calculado que en los próximos 5 años tratarán de entrar legalmente a Europa 1 millón de inmigrantes procedentes de Turquía, África, Asia y América Latina, amén de 500 mil inmigrantes ilegales. De Europa Oriental, por otro lado, puede venir una ola migratoria de entre 2 y 5 millones de personas.

⁸ Aldiss, Brian, *La nave estelar*, Edhasa, 1990 (primera edición en inglés, *Non-Stop*, 1958).



Entre mujeres: las coincidencias de Djuna Barnes y James Joyce

En el lenguaje gráfico de la mitología, la mujer representa la totalidad de lo que puede conocerse y siempre puede prometer más de lo que el hombre es capaz de comprender. La obra de Djuna Barnes (1892-1982) –autora norteamericana de origen irlandés– está centrada en este pensamiento inactual.

Los relatos que la autora ofrece en *Una noche entre caballos*¹ como preámbulo a su obra central, *El bosque de la noche*², son narraciones que observan la vida como el recorrido siempre de la misma aventura, descubrimientos y desintegraciones de uno mismo en el inevitable acaecer.

Hubo un tiempo en el que la poesía –recuerda Robert Graves– funcionaba a la manera de una advertencia al hombre de que debía mantenerse en armonía con los seres entre los que había nacido, era la invocación religiosa de la musa. Un canto. Los relatos de Djuna Barnes narran, sin embargo, que no hemos tenido en cuenta la advertencia, escenifican vidas de personajes que son arrastrados por la realidad y que están encerrados en un círculo mordaz de desencuentros, la inclinación de nuestras vidas.

En los mitos, quien se acerca a percibir el significado del enigma donde la mujer se encuentra –el héroe mitológico– sólo puede hacerlo a condición de no retroceder frente a una jornada que se anuncia de horror, repugnancia y terrores fantasmagóricos. Los personajes de Barnes, en contraste, están lejos de sobrevivir al milagro del doble nacimiento de los mitos dionisiacos. Las figuras de los relatos de Djuna –con las cuales nos confronta– cobran vida no en formas de autoaniquilamiento para volver a renacer sino en la medida en que quedan atrapados en lo desconocido y hastiados de lo mismo que no pueden develar. –“Ah, que superfluo”– exclama Madame von Bartman en su viaje de “Aller et retour”, al final de un encuentro breve con su hija tras largos años de ausencia y que bastan, sin embargo, para no volver a verla hasta no se sabe cuándo.

Las composiciones de este libro son reales porque narran *en verdad* un recorrido mitológico y actuales en tanto historias interrumpidas, obstaculizadas, no resueltas. Sus personajes son

intempestivos porque son mitológicos y modernos porque no llegan nunca a ser héroes. El secreto de todo, aquí, es que no se tiene destino y es necesario no entender nada, absolutamente nada, para poder arreglárselas.

De la misma manera que para Proust, en el teatro, los dibujos y la poesía de Djuna Barnes, el elemento autobiográfico no es la substancia de la realización artística sino sólo el medio para conseguirla con “el tintero cercado de fantasmas”. La figura de la madre, a quien está dedicado este conjunto de relatos, es en su obra una acechanza constante. Es decir, la mujer vista como objeto de desciframiento para sí misma, como significado inagotable o acto de concentración de una obra en la comprensión imposible del enigma-conflicto de la mujer, la madre, o la tierra como equivalente cósmico.

Cada uno de los relatos de este libro deja el ánimo petrificado en el horror propio de oscuras resistencias, provoca un estremecimiento escalofriante ante la imposibilidad de un reconocimiento de sí que aunque pueda ser el más inmediato es también el más difícil de lograr; destaca la imposibilidad tanto del abandono confiado como de distancia frente a la experiencia. La caligrafía de esta *noche* surge como composición de cuadros de realismo expresionista, notas de una melodía cruel, imagen que cobra muchas formas, vidas destrozadas –entrecruzadas de atávicas fronteras– anhelo de un reconocimiento que no vendrá jamás, pero también otra cosa. Porque para Djuna es esta condición la causa de la incursión en sus manías propias: la mujer, la soledad y la literatura.

En 1922, año en el que fue publicado el *Ulises* de James Joyce, Djuna Barnes hizo una entrevista al escritor irlandés. El año siguiente Djuna recibiría como regalo el original anotado del *Ulises*. “Como a Joyce no se le pueden formular preguntas sino que hay que conocerle”, apunta ella misma, este primer encuentro fue el inicio de muchas conversaciones en París. Sentados un día en el Café Deux Magot, hablaron de ríos, de iglesias, de mujeres y hasta del chaleco que Joyce llevaba puesto. “Joyce parecía no estar muy interesado por las mujeres –dice Djuna. Si yo fuera una persona vana diría que les tiene miedo, pero estoy segura de que lo que ocurre es, simplemente, que siente cierto escepticismo acerca de su existencia”³. Los relatos de este libro demuestran que ya en ese momento, esta intuición era más que eso. Si Djuna lo afirma es

¹ Barnes, Djuna, *Una noche entre caballos*. Ed. Monte Ávila, Caracas.

² Barnes, Djuna, *El bosque de la noche*, Prólogo de T. S. Elliot, Ed. Monte Ávila, Caracas, 1969. Edición agotada. Una nueva edición está en Seix Barral, España, 1987. Traducción de Ana María de la Fuente.

³ Barnes, Djuna, “James Joyce” en *Perfiles*. Ed. Anagrama, Barcelona, 1987.

porque ella misma no sólo comparte sino que vive en sí misma y hacia el exterior la experiencia de esa duda.

Sólo que si para Proust, entre dato de la realidad y percepción de nuestros sentimientos, hay un abismo que el sujeto llena, y la forma en la que el hombre llena este vacío es el *genio*, para Barnes es la morbosidad. Morbo o generación de un clima patológico revelador de un estado psíquico insano, absurdamente dolido. Una vez instalados en la condición de "sujetos", todos los personajes se dejan llevar por lo dado sin que ninguno de ellos esté más en condiciones ni de reflejar la realidad, ni de diferenciar entre sujeto y dato, ni de restituir a lo otro lo que hemos recibido de él hasta que así las circunstancias se precipitan bajo las terribles mutilaciones del desastre ubicuo del existir agravado por el tiempo y terrible en el espacio. La aparición del sujeto en la historia, según Adorno y Horkheimer, "se paga con el reconocimiento del poder en todas las relaciones"⁴. Para Djuna Barnes esto significa algo distinto, entre sus personajes ya ni siquiera existe esa tendencia de dominio consciente. Reducidos casi hasta su anulación las figuras de las que ella nos habla, han olvidado incluso qué es lo que las mueve. La tendencia de la historia hacia el ocaso no es la advertencia de lo que vendrá sino el lugar donde estamos ya situados, en los márgenes de la desilusión autodestructiva. Lo que ella describe es la realidad de lo que *Dialéctica del iluminismo* anuncia décadas más tarde, el estado de individuos rotos, irritables y disueltos ya en su autoaniquilación. -¿Por qué es usted tan tremendamente morbosa?- pregunta ahora Guido Bruno a Djuna Barnes en una entrevista para el *Pearson's Magazine*, poco después del estreno de *Three from the Earth*, una de sus obras dramáticas que figuraba junto a otra de Eugene O'Neill en la temporada de teatro de Nueva York de 1918-1919. "-¿Morbosidad? -contestó ella con escepticismo. Me da risa. La vida que yo escribo y dibujo y retrato es la vida tal y como es, y por eso la llama usted morbosa. Fíjese en mi vida. Fíjese en la vida que hay a mi alrededor... ¿No es todo absolutamente morboso? Me refiero a la vida desprovista de máscara. ¿Dónde están los rasgos que nos proporcionarían cierto alivio?"⁵.

Si la función del aparato intelectual, según los filósofos, no ha dejado de desarrollarse nunca y el más alto punto de su evolución es el actual, a los ojos de Djuna Barnes, la morbosidad es la enfermedad del individuo moderno en la que precisamente su aparato intelectual no marcha sino que actúa como un instrumento ciego; como una voz interior que le inunda y atrofia a un mismo tiempo. Sus personajes se hallan en el centro de un mundo desnudo en su morbosidad cuando éste es un resquicio de vitalidad último y sólo una ocasión para su delirio. En "La grand malade", Modya quiere convertirse en una mujer "trágica", "triste" y "terrible".

Tiempo después su amante muerto la sume en un estado de desesperación. Al llegar la madrugada, sin embargo, dice: "¡Ahora tengo mi vida, es grandiosa!" Se durmió y "al mediodía estaba perfectamente bien".

⁴ Adorno, W. y Horkheimer, M., *Dialéctica del Iluminismo*. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1987.

⁵ *Ibidem*, p. 258.



Encerrados en sí mismos, sitiados por cercos en los que van transformándose en monstruos de la violencia divina, los personajes y sus ideas no encuentran ni buscan un punto de apoyo en la realidad sino que se convierten en ideas fijas, toman los *objetos* como alegorías de perdición que encierran el sentido de su propia ruina y adoptan gestos soberanos sin capacidad creadora real que los conducen al descarrilamiento en un abismo sin sentido.

Palabras extrañas, actitudes inexplicables, actos chocantes y ridículos, hechos cotidianos de cualquier noche son para Djuna la sombra, es decir, la propia imagen de los seres fugitivos y cambiantes que también somos. Relatos sin principio ni fin, que fueran como una pasión, un relámpago. Noche entre caballos que nos transporta a las tinieblas del mundo ctónico.

Como símbolo el caballo es el hijo de la noche y del misterio, el portador de la muerte y de la vida, está ligado al fuego destructor y triunfador y al agua alimentadora y asfixiante. Él lleva, más allá del riesgo, el horror. La obsesión de Djuna por la mujer es el motivo de su entrega a esta noche en la aprehensión de los síntomas más sutiles y reveladores de su naturaleza íntima; su literatura está cifrada en una cierta convicción semejante a la de Flaubert acerca de que "*le bon Dieu est dans le détail*", y de manera más precisa, en las zonas enraizadas de las oscuridades de un campo minado. Baste otro ejemplo. Para Freda Buckler –cómo podría llamársele si no a "la señora de la casa", "mujercita terrible, con una batería por corazón y el cuerpo de un juguete, llena de ímpetu, saturada de arrogan-

cia, que ronroneaba con un zumbido mecánico que ahuyentaba su humanidad"– y el hombre junto a ella, "ese juego que consistía en hostigarse, en derribarse mutuamente a fuerza de ingenio, se convirtió para ambos en una partida sin el menor placer; señora rebajada, palafranco rebajado, en las alas del vértigo". Escena de la inquietante naturaleza femenina actuando por sí misma en el fondo de ambos. Dominante pero dócil, indiferente pero atenta, deseante pero contenida, lo que ella –la mujer– espera inútilmente, es ser descubierta en su inocencia... "Pero... todo está perdido desde un principio, siempre... Si al menos lo supiéramos".

El conjunto de relatos de este libro está así en el centro de una época de escombros en no importa qué tiempo, ni qué lugar, y los personajes son seres que reflejan el estado histórico inalterable de la civilización y de la persistencia incólume del equívoco humano.

La imagen arquetípica de la mujer que nutre esa escritura y que aparece como madre universal, guarda un contenido complejo. Es la madre confortante, nutridora, bella, benigna, pero también es la madre ausente, inalcanzable, que obstaculiza y castiga; es la madre deseada pero prohibida, en contra de quien dirigimos las fantasías agresivas y de quien esperamos una igual respuesta. En la aventura mítica sólo el devoto puede contemplar esa imagen con ecuanimidad. Sólo el genio puede soportar la revelación completa de la sublimidad de la diosa. Contemplarla en su plenitud sin una preparación espiritual previa lleva a la desgracia, como la que Acteón –cazador imprevisto– sufriera al contemplar impunemente a Artemis. Esta preocupación es precisamente la que se revela en el centro de las afinidades literarias de Djuna y de Joyce. Como Djuna, James Joyce –el amigo que influyera y a quien ella misma influyera en su obra– otro oficiante de la naturaleza, coincide con ella en su visión de la mujer y nos descubre el secreto de la andrógina naturaleza de Géminis en una de sus cartas a Nora Barnacle de 1909: "Ahora, Nora querida, deseo leerte una y otra vez todo lo que he escrito para ti: parte de ello es feo, obscuro y bestial; parte es puro, sagrado y espiritual: todo eso soy yo mismo".

Luego de la edición del *Ulises*, Djuna decidió abandonar su proyecto de seguir escribiendo narraciones. Decía, "Nunca escribiré una sola línea más... ¡Quién puede tener arrestos para hacerlo después de esto!". Pero Djuna no sólo había escrito ya *Reyder* (1928) sino que durante los años de su amistad con Joyce terminó *Una noche entre caballos* (1929) y comenzó a trabajar en su obra más importante, *El bosque de la noche*, que fue publicada tres años antes que *Finnegan's Wake*, en 1936.

El primer encuentro de Djuna con Joyce no fue sino la continuación de su cabalgata incansable, una coincidencia de seres excéntricos que han decidido no estar al servicio de nada en lo que no creen, llámese esto hogar, patria o convencionalidad de los roles masculino-femenino... decididos a expresarse a través de un arte propio tan libre y plenamente como son las páginas de una escritura que para comprender la realidad no se permite sino el uso de sus propias armas, "el silencio, el exilio y la astucia" entre las Simplégades de las incursiones del ser. ♦

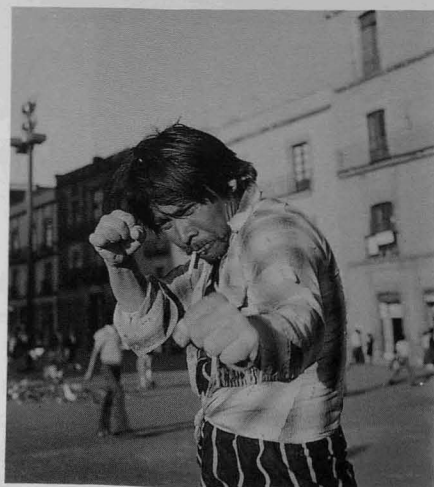


La saga de Ricardo Vinos



La memoria del exilio español ha cubierto prácticamente todos los géneros: el reportaje, la autobiografía, el testimonio, la entrevista, el cine, la fotografía. En este último género, Ricardo Vinos se distingue por su obsesiva constancia. Virtud a la que se suman, por lo menos, otras dos. En primer término la sagaz ampliación de los mundos (las imágenes) hispanoamericanos, a través del registro, novedoso, del sur de los Estados Unidos, tierra de reconquista. En segundo, considerar su trabajo no como el resultado ocasional de los días (las imágenes sorprendidas) sino como una premeditada saga, que fructifica, además de en exposiciones, en libros. La revista *Universidad de México* ofrece en esta ocasión, justamente, una muestra de *El último sol*, libro de próxima aparición. A diferencia de los tratamientos usuales, consideramos que cada fotografía de esta selección lleva en sí su escritura, su título, su prescindible subrayado verbal. Elocuente desnudez, fotogenia pura. ◇







Marco Antonio Campos

¡Viena, Viena!

A Erich Hackl

AUTÉNTICO VIENÉS

Dos preguntas hacía yo regularmente: una, a los extranjeros, si estaban o no a gusto en Viena; la otra, generalmente a los austriacos, sobre quién era el auténtico vienés.

La primera, salvo notables excepciones, era desconsoladora: no estaban a gusto. En el mejor de los casos hablaban bien de Viena pero no de los vieneses.

Esto derivaba a la otra cuestión: ¿Quién era el auténtico vienés? La mejor respuesta me la dio un estudiante (que venía, por demás, de Voralberg, al extremo oeste del país): "Es el que tiene, por ejemplo, un padre checo, madre de la Baja Austria, una abuela alemana, parientes en Eslovenia, un tío lejano en Polonia". Y con este juego podían efectuarse infinitas combinaciones con austriacos, alemanes y habitantes de países del este europeo que, todo mundo sabe, formaron parte del imperio habsbúrgico. Bromeando en ocasiones decía yo que era un auténtico vienés porque tenía casi dos años en la ciudad.

Sin embargo, en su reconocimiento, debe decirse que algo unía en general a nuestros auténticos vieneses: el odio al extranjero, en especial a turcos y yugoslavos, mano de obra barata, segura y resistente, a la que se podía despreciar explotándola, pero conservando la fe en Cristo y dando la puntual contribución a la Cruz Roja.



EL VIENTO

Se conocen el pasado y el nombre. Ruinas en el centro de asentamientos romanos que fueron también guarniciones, redescubiertas en 1948. Se especula que los romanos estuvieron hacia el año 100 de nuestra era. Aquí y allá (en el Hohemarkt, en Am Hof, en Michaelerplatz), pequeñas hue-llas: fragmentos de muros, cortes de frisos, lápidas, altares, máscaras, estatuillas, maderas de empalizadas, urnas con ros-

tros, cubiertos de piedra para tachos de basura. Piedra y már-mol, barro y terracota, trabajados casi siempre por manos mediocres. A los romanos se debe el nombre de la ciudad: *Vin-dobona*, Viento bueno. Pero ¿es bueno el viento? Si en Salz-burgo se nota un alivio en la gente cuando no llueve, en Viena lo es cuando no hay viento. El viento, el viento. *Schlechter Wind*. *Schrecklicher Wind*. En calles, en parques, en jardines, en plazas, en esquinas, al salir de edificios o establecimientos, en días de sol o de niebla o de lluvia o de frío, el viento sale de todas partes, persigue, azota, ciega. El viento, el viento, el viceento.



EL TERCER HOMBRE

En sus dos crónicas sobre sus fugaces pasos por Viena —que Erich Hackl recopiló en su libro *Wien, Wien allein*— Gabriel García Márquez culpó a Carol Reed por hacerle buscar la Viena que ella recobró en su ameno y emotivo filme *El tercer hombre*, basado en la novela homónima de Graham Greene. Por supuesto que apenas la halla; primero, porque las imágenes son tomas del primer distrito con edificios en ruinas y la secuencia final pasa en los albañales y subterráneos de la ciudad (lo que no ilustra mucho al viajero); la segunda, porque es probable que la cinta se haya efectuado en el otoño tardío o en los inicios de la primavera, cuando el frío es duro, la lluvia menuda y los árboles están deshojados. No creo que un caribeño lleno de sol como García Márquez soportara, con estoica paciencia, la despiadada nieve y los veinte o treinta grados bajo cero del pesado invierno. No es ni de lejos una igual penitencia un invierno parisiense que un invierno vienés. Lo mejor es volver al notable filme de Carol Reed, y ver de nuevo las soberbias actuaciones de Orson Welles y Joseph Cotton, la belleza de la principal actriz y la imagen del adiós sin adiós del final.

PARQUES Y JARDINES

Eran los jardines y parques de la Ringstrasse, siempre tan correctos, tan austriacos, como la música de Strauss o el vestido tirolés.

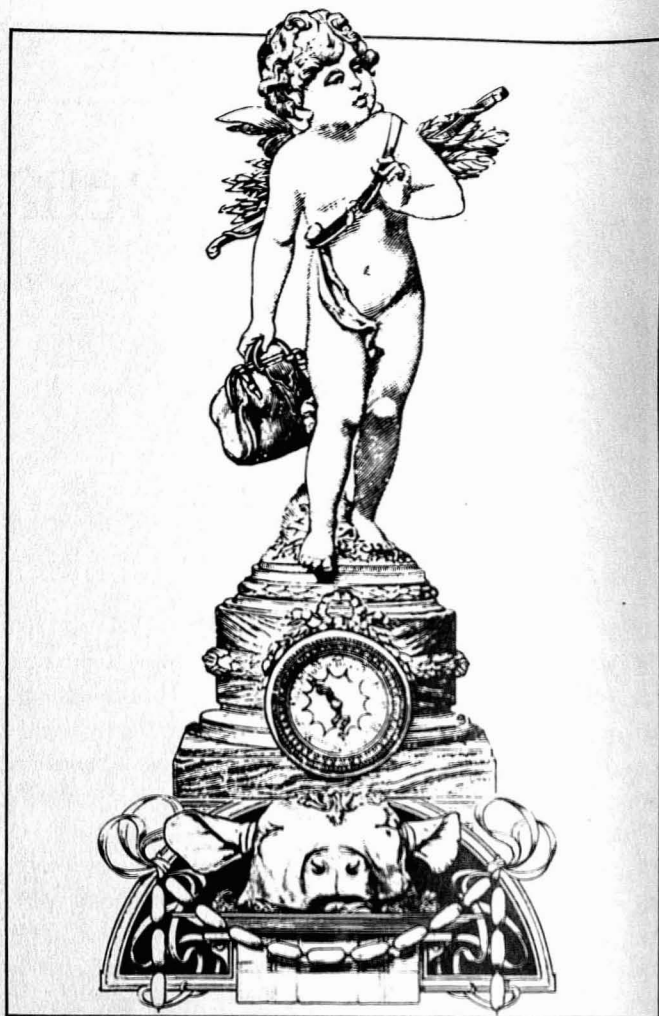
Paseaba a veces por el Volksgarten, con su falso templo neoclásico, sus estatuas con tema mitológico y su pequeño estanque que presidía la estatua de la emperatriz Elisabeth, Sissi, erigida con perfiles admirativos años después de su injustificable asesinato.

Paseaba a veces por el Burggarten, que presidía la estatua de Mozart, que no se parece a Mozart, y la estatua de Franz Josef, immortalizado, como siempre, en una vejez satisfecha, y al fondo del jardín —como en Karlsplatz, como en estaciones de trenes— la reunión frecuente de marginales, casi todos jóvenes: rebeldes con poca o sin ninguna causa para una sociedad severa que todo lo ha pensado, incluso esos marginales sin futuro ni historia.

Paseaba a veces por el Stadtpark, que presidía la estatua de Johann Strauss, con violín, con traje y con un insoportable aire de pequeño triunfador. Caminaba en torno del estanque de aguas grises y verde oscuras. Si para un extranjero es un deber visitar en México la plaza Garibaldi, beber tequila acompañado de limón y sal puesta entre el pulgar y el índice (que los mexicanos dicen que es la tradición, pero apenas lo hacen), y oír por primera o segunda vez el nombre de José Alfredo Jiménez (autor, por demás, de la canción “Tenampa”, para honor y prez del establecimiento), el turista pobre no evitará en Viena, en las temporadas altas del verano, ir al Kurgarten, al costado del Stadtpark, a oír las ligeras piezas de los Strauss o de Lehar, y aun permitirse el exceso de bailar en la pista un vals al aire libre con la orquesta del parque, y ver en la *salette* de hojas verdes al director y al primer violinista pararse en el umbral del kiosko a recoger, más para ellos que para los integrantes de su mínima orquesta, los parvos aplausos que no se ha llevado el viento de un público que casi no lo ha oído por conversar, tomar café o ver lo mejor que puede. La orquesta parece parte del decorado de las hojas de la *salette* en blanco y negro.

Paseaba a veces por los jardines del castillo de Schönbrunn. Prefería sus costados más ásperos, donde uno se encuentra de pronto con el obelisco o las ruinas romanas (que no son ruinas ni romanas), o desde el arco del triunfo de la llamada *Gloriette* contemplar el estanque, los parterres geométricos, el palacio de techo bajo y fachada amarilla, la ciudad amarilla y roja, el alto Kahlenberg. No ajenos a esta estética eran los bellos jardines del bello palacio Belvedere, es decir, lo francés imponía la elegancia.

Paseaba a veces por el Prater, el vasto parque popular, donde solía también jugar fútbol los domingos con los latinoamericanos. Me gustaba en el otoño ver la caída de las castañas sobre la hierba o en banquetas y calles. Casi todos los latinoamericanos vivíamos como mejor se puede, y Viena nos parecía, sin saberlo y acaso sin comprenderlo muy bien, una ciudad remota y triste.



CAMINAR VIENA

a) Era el gusto, en mí lejano en el tiempo, de las caminatas. En los atardeceres, al salir del Instituto de Romanística, me gustaba bajar desde la plaza Otto Wagner, cruzar la avenida, y pasar al lado del nuevo edificio de la universidad, y luego por el edificio antiguo, lleno de pasos y sombras, y atravesar el Ring por el pasaje subterráneo de Schottentor, con su agitación incesante, salir y entrar de inmediato a Schottengasse, y bajar por entre bancos, comercios, restaurantes, atravesar la pequeña plaza de Freyung, con su iglesia barroca de fachada amarilla, y seguir bajando a un lado del pasaje Ferstel y después de la plaza Am Hof y ver sesgadamente sus palacios e iglesias barrocos, hasta llegar a Graben, donde empezaba a crecer la gente hasta volverse multitud.

b) O bajaba desde la estación de trenes del oeste por Mariahilferstrasse, colorida y múltiple, con sus comercios abigarrados y su movimiento sonoro, donde el único idioma ajeno parecía ser el alemán.

Y de pronto el Ring.

c) O me iba por las aceras del Ring, desde Schwarzenbergplatz hasta Schottentor o viceversa, casi una hora bajo los árboles, deteniéndome a veces, por el puro gusto, a sentarme en una banca, y caminar de nuevo y decir adiós al hotel Imperial y al hotel Bristol y a la estatua de Goethe apoltronado y al Burggarten y a los grandes y riquísimos museos y a Helldorplatz y al Volksgarten y al Parlamento y a la alcaldía y al

teatro de la ciudad, mientras quedaba en los ojos inmediatos de la memoria la imagen verde de follajes sucesivos que parecían una arboleda inclinada.

d) O era caminar infinitamente por Kärtnerstrasse. De un extremo al otro infinitamente. De la catedral de San Esteban a la Ópera.

Era un mundo de mundo: turistas de todo signo, muchachas que llevaban en su cuerpo la música del aire, jóvenes seguros de conquistar el mundo con su paso decidido, los mismos grupos que, a partir de las cinco de la tarde —con excepción de la estación helada—, daban el mismo espectáculo: grupos de bolivianos o peruanos que se vestían con trajes típicos de ninguna Latinoamérica, con sus ponchos rojo y negro, mezclilla y pelo largo, cantando canciones típicas en un estilo típicamente latinoamericano para animar y ser aplaudidos por los turistas típicos que con típica ignorancia creían que era así el maravilloso país de ninguna Latinoamérica. Estaban ellos y también un trío, que a veces se hacía cuarteto o dúo, según las condiciones o lo que sea, y un artista colombiano, que tocaba mejor el arpa de lo que cantaba —pero todos, sin duda, tocaban y cantaban mejor que los improvisados grupos que inventaba el Instituto Latinoamericano (el mayor deformador de nuestras culturas en el mundo germánico y otros), que desafinaban cada martes en el Club Universitario de Schottengasse. Había también en Kärtnerstrasse un joven medio joven que se vestía de payaso y daba pitos y serpentinas, y lo mejor, alegría a los niños; había un italiano enanito, casi siempre borracho, que cantaba muy bien en italiano y acompañaba el inglés, y que en el recuerdo aún me da piedad; jóvenes rockeros que, cantarían bien o mal, les hacían círculo ávidos jóvenes y los acompañaban a menudo con las canciones. Y todos estuvieron el tiempo que viví en Viena, y más, mucho más lejos en el tiempo, según me decían quienes vivían allí.

Y ríos de gente. Ríos, ríos, ríos. Un mundo de mundo. Y las tiendas más caras donde los turistas pobres del este europeo ponían una cara de desaliento al ver los precios de los escaparates. Y Viena para ellos no fue una fiesta ni lo será por mucho tiempo.

Y por eso yo prefería girar a la izquierda hacia Graben o adentrarme por las callejuelas del centro, sin ninguna dirección ni objetivo.



TAMBIÉN HABÍA PAISAJE

a) Me gustaba subir al verde Kahlensberg en el verano ardiente y ver amarillarse, hasta ser oro al mediodía, los viñedos de Grinzing, y oír, *sintiéndolo*, un ligero aire que acaricia el cuerpo. Sentir la fuerza y oír luego las voces de las montañas y de las colinas. Subir, y ver desde cualquier ángulo, el Danubio alejándose, los geométricos viñedos y Viena amarilla, y

subir más, y en la amplia y áspera cima, escribir estas líneas que se lleva el viento sobre los árboles, hacia allá, hacia los campos solos.

En otoño e invierno, bajo el frío y el viento duros, era recordar, en la cima del Kahlensberg, no sin dulzura dolorosa, el sol del verano ardiente.

b) Me gustaba ir a Nussdorf, al pie del Kahlensberg, y ahondar entre callejuelas, y subir y tocar troncos de castaños, respirar las vides, las montañas, la lejanía del río, y volver, y caminar por el corredor de casas y de árboles de Beethoven-gang —que hace una esquina sonora con Eroicagasse—, porque Beethoven resuena en muros y aire, árboles y piedras, de todo Nussdorf.

c) Me gustaba ir en días de sol a la isla del Danubio y ver azules en sus tres ramas al Danubio: el viejo Danubio, el nuevo Danubio y el Danubio, y verlo así, porque después el Danubio casi nunca será azul sino casi todo el tiempo verde gris o verde lodo, y ver a las muchachas asoleándose casi desnudas en los meses dorados, y sentarse a la sombra de un árbol, y en locura e iluminación leer a Rimbaud, a Trakl y a Hölderlin, y luego caminar hasta embrutecerse de sol, hasta pensar que el río va lejos, lleva lejos, lejos, a los países donde sólo el sol es soberano, porque después en otoño e invierno y principios de primavera, con el frío y el viento duros, el paisaje se verá desolado y triste.



PERO LOS CAFÉS

a) Eran los excelentes cafés de Viena. En España y en México los cafés se han pensado para que la gente hable, y en España sin parar; en París para que en las terrazas se vean los sucesos de la calle y para ser vistos por los transeúntes; en Italia para que se tome de pie y de prisa un excelente espresso o un delicioso capuchino y salga disparado porque el *cameriere* ya quiere despachar al siguiente.

De modo plausible en los cafés históricos de Viena, y casi en cualquiera de los muchos que hay, puede uno ir a conversar libremente con los amigos escritores o las muchachas admirables, o a leer diarios, revistas y libros, o sentarse a ver pasar el mundo sin que pase nada. El hospitalario sentido de las *Kaffehäuser* enraizó sobre todo en la década de los ochenta del XIX y se ha conservado en las estaciones del tiempo. Era así en el Central, en el Imperial, en el Museum, en el Korb, en el Hawelka, en el Prückel, en el Haag, en el Votiv, en el Eiles... Sobraban los buenos cafés y la buena atención. Lo único reprochable era su triste falta de buena luz, natural o artificial. Se podían dejar allí los ojos. Pero en Viena, por fortuna, se dan los buenos cafés como el estallido de los girasoles en la primavera.

b) Según cuenta el crítico Otto Basil, Georg Trakl, el más

grande poeta austriaco, solía verse en el café Central con su amigo de infancia Erhardt Buschbeck, en el café Imperial con el famoso crítico Karl Kraus, y en el Museum con el gran arquitecto Adolf Loos (que diseñó y construyó este café).

Al Central iban en aquellos años, entre otros, Schnitzler, Klimt y Schiele, cuando el imperio anacrónico de los Habsburgo estaba por caerse a pedazos. Ahora el café da la impresión de elegancia decimonónica, de *Jugendstil* envejecido, con el retrato de Francisco José típico (calvo, patillas, bigote inmesurable), que acompaña feliz al pastel imperial o viceversa, un café donde abundan turistas listos para tomarse la foto, sepan o no la historia prestigiosa del café. Aquí los meseros actúan en el papel de meseros importantes (si los hay). "No hace mucho remozaron el café, me dice Erich Hackl, mientras termina su Moka. Esto no es ni la sombra de lo que fue. Lo mismo el Griensteidl."

c) Café y restorán del antiguo hotel Imperial –igual que el del hotel Sacher– guardan, en cambio, el gusto y el estilo del Imperio. La primera y única vez que entré fue para imaginarme a Georg Trakl y a Karl Kraus conversando. Pedí un café y el famoso pastel imperial. A diferencia del café Central, aquí había un gusto: el gusto por un barroco, ligero y radiante, que puebla los edificios reales: espejos y candelabros y tapices y tapetes y mesas y sillas. Cuando se entra la primera impresión que se tiene es la de que se asiste a una reunión de ancianas, que acaso platiquen la plática de lo ya platicado: de que Viena no es la de antes, de que es casi intolerable la vida con todos los extranjeros que hoy la invaden, sobre todo esos yugoslavos y turcos sucios, y los turistas, además, qué peste, ya no dejan caminar por el centro, qué calma la de antes pero eso ya se terminó, hay qué ver cuántos asaltos y violaciones hay, pronto empezarán a matarnos, vean nada más a ese tipo de mezclilla y tenis, cuándo a alguien se le hubiera ocurrido antes entrar así.

Pero con pena y todo yo ya había entrado y bebía mi café de moka y comía mi pastel imperial. Al fondo se oía un piano. Veía a las viejas, y me decía que en veinte o veinticinco años tendría esa dura edad. Recordé a Mimnermo, a Propertio y a Leopardi que veían la vejez como el mal sumo. Pensé en la fealdad, en las debilidades, en las manías, en los defectos exagerándose, extremándose.

En el piano se tocaban piezas ligeras famosas y se oían parvos aplausos al terminar cada pieza. ¿Quién tocará?, me preguntaba, a causa de mis tenis y mezclilla no podía comer ni beber a gusto. Terminé. Recordé la frase de Georg Trakl en una carta a su hermana Hermine de que a los vieneses sólo les interesa la propina. Le di diez chelines a la mesera, que se puso agradecidísima. ¿Me permite ver el local? *Freilich*, desde luego, respondió. Di una vuelta al café con mis tenis y mezclilla y pena ante la mirada inquisitorial de las ancianas. Me acerqué al piano. Entre poseída y ridícula tocaba penosamente una señora de edad, segura del aplauso y la aceptación. Me dio tristeza y pena.

Salí con premura del café y ya en la calle me preguntaba qué diablos hacía allí Georg Trakl conversando con Karl Kraus. Si era así el café entonces, claro.

d) Al que más visité de estos cafés fue al Museum. No era

fácil ver a través de esa atmósfera de cigarros, de olores, de luces casi opacas, y que volvían aún más opacas las paredes y el techo color miel oscuro. Las ventanas apenas dejaban filtrar la luz.

Era una detonante mezcla. Solían reunirse artistas, estudiantes, presuntos artistas, presuntos estudiantes, snobs, ultrasnobs, prehippies y poshippies, *old and new punks*, vanguardistas y posmodernos, y sobran barbas, greñas, pelos de todos colores, colas de caballo, calvas, fachas y desfachateces. No se excluían en el sitio, para dar mejor muestra de autenticidad y decadencia, descarapeladuras en muros y cierta suciedad. Nunca vi en el establecimiento los percheros y los sillones negros ser del todo negros o a los sillones rojos recuperar el color de origen. En ese aspecto era lo opuesto del Central y el Imperial.

Se daban exposiciones de cuadros de artistas principiantes y de otros que, con justicia, han sido excluidos de las importantes galerías. Y por supuesto, como en todos los cafés históricos, había mesas de billar y de ajedrez y de cartas.

Era un ambiente agradable, respetuoso, de buen trato (en una ciudad que no se precia de él), un café de abolengo que conserva su abolengo contra el tiempo y contra todo.

Me gustaba ir al café Museum. Como me gustaba ir a otros, por ejemplo, el Korb, impecable, elegante pero sin pretensiones, con sus sillones y sillas verdes, sus percheros justos, su multitud de diarios y revistas, su billar. Un servicio magnífico, el mejor de Viena, creo.

Como me gustaba también ir a otros, algunos inevitables, por estar cerca de la universidad, como el Maximilian, el Votiv, el Haag, el Stein o el Eiles. Pero podría hablar de una muchedumbre de pequeños cafés, que atienden casi siempre el propietario o la propietaria, sencillos, eficaces.

Para mí Viena es la ciudad con los mejores cafés del mundo.



CINES

A falta de recursos para asistir a la ópera o a conciertos, iba al cine. En Viena recobré mi antiguo gusto. Desde los años del desastre con Margarita López Portillo al frente de RTC, destruyendo como Atila cuanta hierba encontró a su paso, apenas me asomé a un cine en México, a sabiendas del riesgo de mi cremación intelectual.

En Viena casi siempre fui a cines que proyectaban películas en los idiomas originales, casi siempre en inglés: el Burg, el France, el Stadtkino, el Votiv, y cuando no estaba de vacaciones, que no era poco tiempo, la cinemateca vienesa (*Osterreichische Filmmuseum*), donde vi retrospectivas de Buster Keaton, que fue un verdadero grande hasta que llegó el cine hablado, y de Akira Kurosawa, múltiple en sus temas e intenso siempre.

Apenas tenía ánimos para asomarme a otros. Era casi imposible hallar películas extranjeras con subtítulos; el peor invento técnico del cine ha sido el doblaje a otros idiomas; casi todas estaban dobladas al alemán. Por demás, la gran mayoría eran estadounidenses, lo que dice todo. En Salzburgo, con pocos cines y criterio comercial, no tuve ni siquiera las opciones de Viena, las magníficas opciones de Viena, una verdadera gran capital cultural.



UNA SALCHICHA, PERO SIN MOSTAZA

Como un mexicano pone toda su fe en volverse rico con una taquería o un taller mecánico o un italiano con una pizzería o lo que sea, un vienés fiel —o un austriaco o un alemán— la pone en un puesto de salchichas. Sobran los puestos de salchichas estacionados desde siempre en la calle, en las estaciones de trenes o en el metro. El rótulo común era WURSTELSTAND, o sea, en lenguaje simple, puesto de salchichas, pero otros anunciaban: "La isla de las salchichas", o el "Bar de salchichas", o "Especialidades de salchichas", o "Salchichas calientes"... Después de todo, me decía al leerlos, los países escandinavos y germánicos se distinguen por su organización y disciplina pero no por su imitación o malicia. Probé, menos por gusto y más por "experiencia", esos *delikatessen*, que me causaban, por problemas circulatorios, un daño cruento: el *Käsekrainer*, salchicha con queso; el *Debreziner*, dos salchichas desabridas; el *Frankfurter*, dos salchichas menos desabridas; el *Bratwurst*, que es la gata pero revolcada de la salchicha asada; y todo con su pan y su mostaza y su pfeferoni, y otras sensoriales y pequeñas delicias, de las que usted puede prescindir sin dificultad en su dieta y tener mejor digestión.

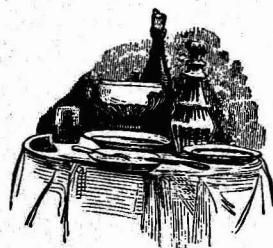
—¿Me podría dar ahora su opinión sobre las papas?



VENTA DE DIARIOS

Una de las imágenes más tristes y dolorosas que me dejó Viena, como a muchos extranjeros, era ver a turcos y árabes, que vienen de países del sol, vendiendo diarios desde las seis de la tarde hasta casi medianoche: nevara, lloviera, relampagueara o fustigara el feroz viento. En tiempo de frío o de heladas, que son siete u ocho meses al año, se refugiaban en las bocas del Metro (Karlsplatz, Schottentor), pero los más debían vender a la intemperie. Los recuerdo como fantasmas por el Ring, en Kärtnerstrasse, en Graben, en las estaciones de trenes, en cru-

ceros significativos de avenidas o calles. Podían reconocerse de inmediato porque los uniformaban con los colores que representaban al diario: azul y mínimamente blanco para *Die Presse*, blanco con un cuadro naranja para *Der Standard*, rojo para *Bazar*, amarillo y blanco para *Kurier* y *Kroner Zeitung*, y así. Los vendedores eran de una amabilidad y honradez conmovedoras y solían decir apenas en un balbuciente alemán: ¡Danke shún!, ¡Wiedersééén!, ¡Anshúligen!, ¡Noj niijt!, ¡Nááál! ¿Y cuál era la fiesta?



OBEDEZCA, POR FAVOR

Mire usted: las señales son muy claras: en tranvía y metro no puede fumar. Estos asientos son para inválidos, ancianos, mujeres embarazadas o mujeres con niño. No se siente. No moleste al de junto. Espere el momento justo para bajar. Es inútil que apriete en el tranvía el botón más de una vez.

Estos tachos de basura verdes que ve en la calle son para que ni un tonto se equivoque: éste es para periódicos y revistas, éste para frascos, éste para botellas, éste para herramientas inservibles.

No pise y menos se siente o se acueste en el prado. Prohibido tocar. Prohibido pegar carteles. No fume. No grite donde no debe. No haga ruido después de las diez de la noche. Espere la luz verde para pasar a la otra acera, así haya, como usted dice, treinta grados sobre o bajo cero y no pase ningún automóvil. No vaya a equivocarse. Sea usted civilizado. Obedezca, por favor.

Usted sabe cómo queremos los vieneses a nuestros perros, pero en algunos sitios no pueden entrar, o pueden entrar con bozal, o sin bozal pero llevándolos con cuerda. No me diga esa tontería de que los vieneses queremos más a los perros que a los niños. Los perros no pueden defenderse y los niños deben aprender a defenderse. Es una broma de muy mal gusto la ocurrencia del español que usted cita de que si hubiera reencarnación él quisiera ser perro en Viena. ¿Que por qué hablan algunos austriacos de vida de perro como una vida regalada? Porque somos un pueblo que quiere y protege a sus animales, no como en su país atrasado y bárbaro. ¿Que eso es *perreidad* y no humanidad? Pero qué pedestre es usted. ¿Que se la pasa usted brincando por todo Viena para no pisar orines y caca de perros? Usted se pone cada vez más insultante. Qué visión más superficial y subjetiva de todo. Desde el principio, por el acento y la actitud, noté que era usted un extranjero. Si no estaba satisfecho en Viena ¿por qué se quedó un plazo tan grande? ¿Cuánto me dijo? ¿Dos años? Ah, vaya frase última de despedida: Viena es una ciudad en la que se puede vivir y llegar a gustarse, pero es imposible amar. Mire: mejor vuelva a su país, del que usted parece tan orgulloso, y donde lo que sobran son miseria y sol. ♦

Celina Manzoni

Mujeres sin escritura.

Otras voces, otros textos

Mis hermanos tuvieron la capacidad de aprender a leer y a escribir... Entre amigos empezaron a aprender a leer. En mi caso, como todas mis amigas, era analfabeta...

Rigoberta Menchú

Si me permiten hablar...

Domitila B. de Chungara

Robar el texto fue como robar el fuego...

Tununa Mercado

...cómo tratar de pensar la modernidad sin dejar de ser boliviano

Fernando Calderón

La crítica de la literatura y de la cultura en América Latina, que es el objeto de mi cotidianeidad, se realiza sobre un espacio en el que pareciera que todos los tiempos se cruzan y conviven. Nuestras culturas expresan de manera mediaticada un mundo que visto desde un avión en vuelo diseña un mapa en el que enormes campos deshabitados e improductivos conviven con pequeñas parcelas, y selvas depredadas con selvas vírgenes. Ríos fabulosos para la comunicación que todavía se deslizan en el ensueño de un paraíso mítico. Enormes ciudades invisibles desde la altura por la polución, que se disuelven en pequeños pueblos donde un par de zapatos o una bicicleta son bienes capaces de garantizar la salida del encierro abrumador.

Dos grandes lenguas de origen europeo dominan ese inmenso espacio y conviven con otras lenguas también de origen europeo, con nuevas creaciones, como el créole, ya seculares, y con muchas de las lenguas indígenas en las que tenazmente siguen expresándose millones. El complejo proceso colonizador con su carga de violencia y saqueo sumó ríos de sangre indígena, africana, europea y asiática en una confluencia que ha marcado y marca con el signo de la mezcla la cultura continental. Mezcla de sangres y de tiempos culturales.

Los hombres y las mujeres del continente han realizado esa cultura y continúan realizándola en espacios comunes pero diferenciados. El lugar de la mujer sigue estando colocado en los márgenes de una cultura que todavía muchos pretenden marginal respecto de una centralidad que es la que ha elaborado

además las teorías de la posmodernidad a partir del análisis de algunos aspectos de su propia sociedad.

Pensando en la crítica de la cultura y de la sociedad latinoamericana resulta muy difícil asumir sin conflicto el espacio teórico de la posmodernidad cuando todavía poderosas fuerzas e ideologías premodernas luchan con una modernidad que percibimos como trunca o incompleta. Por eso consideré la posibilidad de traer a este encuentro en el que se debaten los problemas que suscita la múltiple relación de las mujeres con la escritura, y a esta mesa en la que se debate la relación entre la crítica y la posmodernidad, dos textos que me parecen representativos de la mezcla y la superposición de tiempos que conviven en nuestra América.

En el campo de las mujeres que escriben, voces diversas se expresan con matices diferenciados. La coloratura que la voz femenina, tradicionalmente desconocida o desdeñada, da al conjunto, está adquiriendo en los últimos años un tono y una fuerza inusitados. Se multiplican los textos de mujeres y los textos sobre textos de mujeres, se está construyendo una tradición de la escritura de mujeres, que relegada a los bordes de la curiosidad y de lo excepcional, pasa o está pasando a ocupar una zona cuyo desconocimiento era empobrecedor para la cultura continental.



Hoy quisiera referirme a dos textos de mujeres que no tienen escritura en el sentido en que habitualmente la consideramos: los testimonios de Domitila Chungara y de Rigoberta Menchú. La voz de Rigoberta Menchú viene de la selva de Guatemala, del pueblo campesino quiché que dio uno de los grandes libros de la cultura maya, el *Popol Vuh*, y la de Domitila, de las minas de estaño de los Andes bolivianos. Conocemos su palabra por el trabajo de dos mujeres que comparten una contemporaneidad material con ellas pero provienen de otros tiempos y espacios culturales. Esto no impidió el diálogo, casi diría que alentó a la superación de las dificultades, y la técnica del grabador recogió sus voces y la transcripción se convirtió en "*Si me permiten hablar*"... Testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia, recopilado por Moema Viezzer, y en *Me llamo Rigoberta Menchú*, recogido por Elizabeth Burgos Debray.

De no existir esta mediación hubieran seguido siendo voces silenciadas pero, ellas también, supieron llegar por senderos laterales a robar el fuego sagrado. Su hazaña nos conmueve en lo que tiene de testimonio, y en todo lo que ese testimonio tiene de diferente y de común con otras experiencias de escritura de mujeres.

Esta experiencia de escritura incorporada a la reflexión, ensancha el vasto campo de la relación entre mujeres y escritura y replantea además algunos problemas teóricos fundamentales de la teoría crítica de la literatura: la relación entre lo sagrado y lo profano, entre oralidad y escritura, entre la premodernidad, la modernidad y la posmodernidad. Una escritura que para llegar a ser debe pasar por mediaciones diversas de las que estamos acostumbrados a considerar (el cuarto propio, la pluma, la lapicera, el estilo, la computadora, la ansiedad diferenciada ante el blanco de la página), nos sumerge en la perplejidad y nos relocaliza en una encrucijada en la que al deseo de la multiplicación de la voz femenina constituida en escritura tal como la conocemos, se suma la intuición de la completitud que estas otras voces pueden acercar a la cultura continental.



Para que Rigoberta pudiera quebrar el silencio tuvo primero que aprender a hablar el español, superar la marginalidad y las limitaciones en la comunicación con el otro, impuestas a la lengua en la que se educó. Su testimonio se constituye en una verdadera autobiografía aunque el término técnico de la ciencia antropológica diga que es una "historia de vida". La fuerza de la primera persona, el yo, se expande en una narración que como es propio de las culturas orales se constituye en depositaria del saber popular. No se disuelve el yo sino que se proyecta sobre todo el entramado de la cultura quiché desde la contradicción entre mundos que conviven pero que no se conocen. En la tensión entre oralidad y escritura se constituye un texto en el que a la necesidad angustiosa de comunicar se superpone el secreto de la identidad. "Sigo ocultando lo que yo considero que nadie lo sabe, ni siquiera un antropólogo, ni un intelectual, por más que tengan muchos libros, no saben distinguir todos nuestros secretos", dice Rigoberta en las palabras finales de su libro.

Un rasgo de las culturas orales difícil de entender para nosotros, es la consideración de que las palabras que se dicen poseen un gran poder. En la defensa del ejercicio de ese poder, Domitila encabezó una lucha en las minas de Siglo XX, contra el cierre y la confiscación de los radios de los mineros. Y ella misma comenzó su intervención en ese momento, diciendo: "Si me permiten hablar..." Y habló, pero como Rigoberta, supo que su tiempo convivía con el de la escritura y que era necesario trascender la oralidad. Ambas se sometieron al riesgo de una nueva tensión, la de que sus palabras fueran transcritas, ordenadas, seleccionadas por otro. Domitila pudo leer sus palabras y se declaró conforme con el resultado. "Pienso que es correcto que Moema haya captado y no haya cambiado lo que yo quise decir y quise interpretar". A través de la mediación pudo escribirse y cuando pudo leerse completó un ciclo que no sé si habrá podido completar Rigoberta.

Ellas también son mujeres que se escriben, sus autobiografías están marcadas por las culturas de las que provienen, mediatizadas de otro modo, dicen pero también esconden; la sutileza del pasaje de lo íntimo a lo público, las variaciones de sus voces, incorporan a la literatura tonalidades en las que podemos reconocer la esperanza, la frustración, la rabia y el deseo; la media palabra y la palabra plena, el vuelo y el miedo de volar de tantos otros textos como los que convocaron las reflexiones de este encuentro. ◇

Bibliografía

- Viezzer, Moema, "*Si me permiten hablar*..." Testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia, México, Siglo XXI, 1986, 10ª edición. (La 1ª edición es de 1977).
- Burgos Debray, Elizabeth, *Me llamo Rigoberta Menchú*, La Habana, Casa de las Américas, 1983.
- Mercado, Tununa, "Robar el fuego", en Mempo Giardinelli (ed.) y Itkin, Silvia (comp.), *Mujeres y escritura*, Buenos Aires, Editorial Puro Cuento, 1989.
- Calderón, Fernando, "América Latina: identidad y tiempos mixtos o cómo tratar de pensar la modernidad sin dejar de ser boliviano", en *Imágenes desconocidas. La modernidad en la encrucijada postmoderna*, Buenos Aires, CLACSO, 1988.

Krist/eva, o el verbo se hizo mujer

El juego sobre el nombre de Kristeva es deliberadamente un recurso arbitrario de transgresión para aproximarse a las posibilidades de significancia del texto que escapan por lo regular al orden lógico-lineal e incitar con ello a enriquecer la discusión acerca de cuestiones relacionadas con los mecanismos de significación del lenguaje, con el sujeto hablante y con la reflexión acerca de lo femenino y de lo materno dentro del orden simbólico. Por una vía de interpretación se nos plantea la temática ancestral acerca de Eva, de la mujer y del cuerpo, en cambio por vía asociativa de Krist-Cristo recorremos el camino de la palabra liberadora, y asistimos al desplazamiento del orden simbólico autoritario, represor, inhumano, basado en el miedo a la ley severa, por otro más humano, liberador y con posibilidades de acceso al goce y a la experiencia amorosa.

La trayectoria existencial e intelectual de Kristeva se ha caracterizado por la dualidad dentro/fuera para instaurar una nueva alternativa: adentro y afuera simultáneamente. A los veinticinco años abandona su patria, Bulgaria, para exiliarse en la lengua y la capital francesa. En el plano intelectual se desliga de sus compromisos ideológicos con el partido comunista. Su nombre se asocia con el teórico Roland Barthes, con Lacan, con la izquierda francesa y con la teoría crítica feminista. Sin embargo, en todos los círculos intelectuales permanece fiel a su condición de estar adentro y afuera simultáneamente, y esto lo ha logrado gracias a su independencia de criterio, y a una sólida posición teórica que no se sacrifica ni pliega a ninguna postura cerrada, sea ésta filosófica, psicoanalítica, feminista o literaria.

Su pasión por el lenguaje y por los mecanismos de significación ha actuado como pivote para sus incursiones en la antropología, la teoría feminista, la práctica psicoanalítica lacaniana y en últimas fechas en la novelística. Se inicia en el campo de la semiótica mediante el análisis de los modos de significación en la poesía y estudia principalmente los mecanismos de la transgresión en la cadena significante, mediante los cuales el texto adquiere el estatuto poético. La transgresión de la norma lingüística es el acto significativo del texto poético.

A través del estudio de los modos de significancia que rigen la generación de cualquier texto simbólico, especialmente artístico, Kristeva observa que éstos no corren en un tiempo histórico lineal, sino más bien se entrecruzan con un tiempo antropológico, de especie y de conciencia. El tiempo

histórico lineal, explica esta autora, se asocia con un espacio cultural lógico-científico donde el lenguaje responde a la función primordial de establecer correspondencias entre el significante, el significado y el referente, evitando deliberadamente la ambigüedad y buscando la univocidad del término, mientras que en los textos artísticos coexisten el tiempo histórico lineal y el espacio lógico con el tiempo cósmico-circular y el espacio paragramático-cerológico.

El sistema de significación de este último espacio y tiempo se basa en la relación de contigüidad entre significante y significado, ajeno al tiempo histórico lineal, propio del terreno de la ambigüedad, de la polivalencia del signo y donde opera la vía de "...la desconstitución del habla a la constitución del texto, y de la desconstitución del signo a la constitución de la escritura"¹. La práctica semiótica y psicoanalítica, a través del análisis descompone el signo y abre "en el interior de ese sistema otro escenario: el que tapa la pantalla de la estructura, y que es la significancia"². De esta manera se penetra en el proceso de germinación del texto en su procedencia inconsciente y por ende en el tiempo antropológico, de especie y de conciencia.

En los textos poéticos, como mencionábamos anteriormente, se reconcilian y coexisten dos tiempos, espacios y modos diferentes de significación: por vía de la relación de correspondencia significante/significado en la metáfora y por otra la relación de contigüidad significante/significado presente en la metonimia. La estructura de creación artística requiere del tiempo histórico lineal, del antropológico, del espacio lógico y cerológico tanto como de los procedimientos metafóricos y metonímicos para lograr su dimensión estética.

El interés por penetrar en los procesos de germinación del texto simbólico conduce a Kristeva al campo de la teoría psicoanalítica y como tantos otros autores considera que el advenimiento del sujeto hablante, del mundo simbólico y de la cultura se finca sobre la represión del deseo incestuoso. La supresión de la relación simbiótica de madre e hijo rompe con la unidad y con este acto se instaura la relación sujeto/objeto necesario para la conformación de la estructura lingüística y la substitución del grito por el habla.

¹ Kristeva, Julia. "Semiótica 2", *Poesía y Negatividad*, Ed. Fundamentos, Madrid, 1981. p. 98.

² *Op. cit.* p. 96.

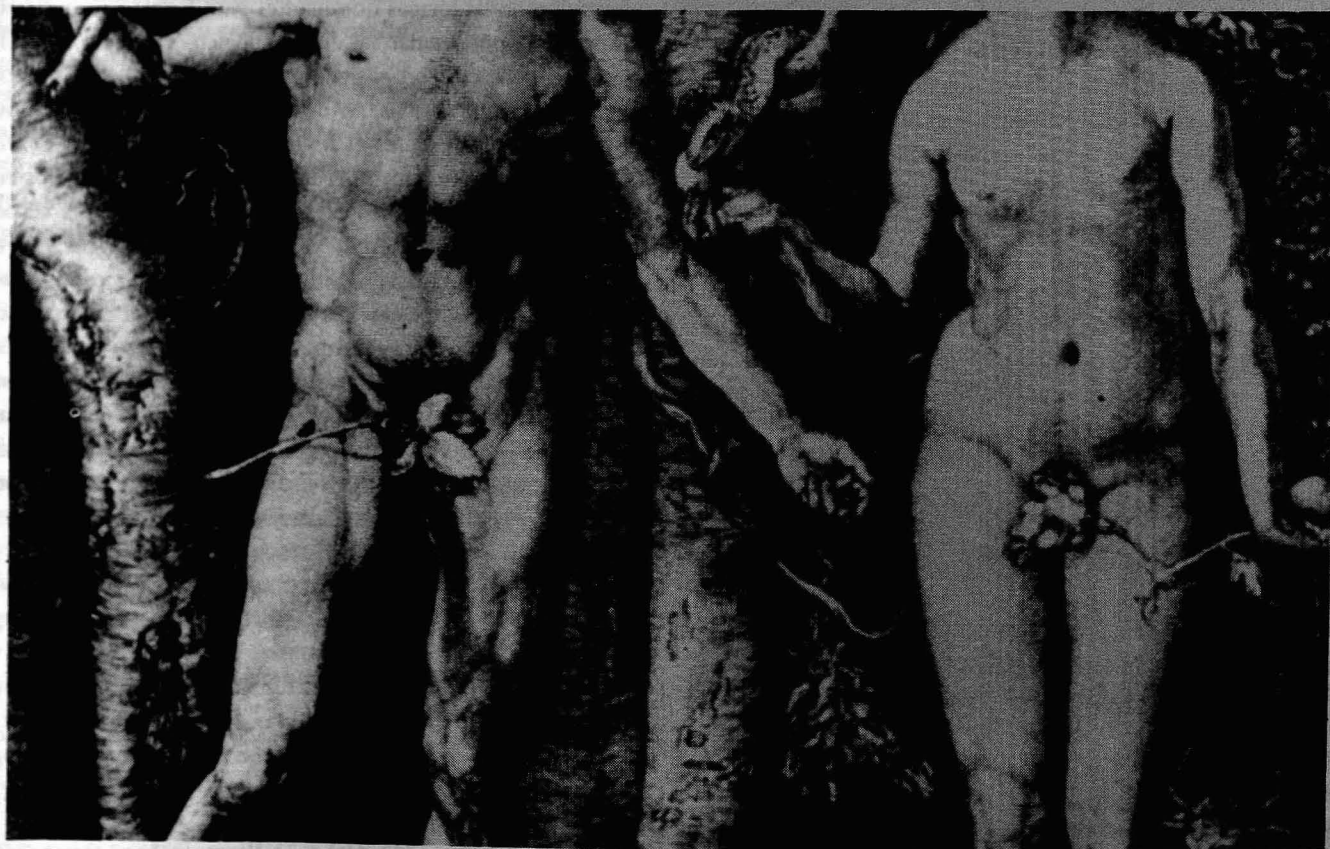
Cada acto lingüístico tiene la huella doble de la historia individual y de especie. Por una parte guarda el recuerdo de la prohibición y de ruptura con la madre para devenir sujeto hablante, por otra resguarda en el significante el gozo simbiótico con el cuerpo, el sonido y el ritmo materno para devenir creador. Ante esta dualidad surge la pregunta: ¿Cuál es el papel de la madre en el orden simbólico y cuáles las condiciones? Para contestar esta pregunta es necesario ante todo analizar el rasgo distintivo "maternidad". La maternidad, como modo particular del ser mujer, es la transgresión del orden universal de ser uno, en términos de Hegel la catástrofe del ser. Para Lacan la mujer no existe, únicamente existen las mujeres particulares e individuales. La maternidad es a la vez único medio natural reproductivo de la especie e instrumento del orden simbólico del padre. Es la madre la que debe aceptar la ley y romper la fusión del ser uno con el hijo para permitir que se dé la separación y se instituya la relación sujeto-objeto. A través de su acto el sujeto hablante adquiere conciencia de su separación y se ve obligado a nombrar los objetos, a construir el lenguaje de su existencia en el mundo.

La mujer, desde su particularidad de ser, puede acceder al orden simbólico por dos opciones, puede por ejemplo identificarse con el nombre del padre, y aceptar el discurso lógico y sin ambigüedad. En la prosecución de su deseo por pertenecer al orden simbólico algunas mujeres se niegan al goce corporal, incorporan en sus hábitos y actitudes el discurso masculino e incluso en ocasiones rechazan la maternidad. Generalmente, se identifican con los valores culturales falocéntricos y equivalentes de poder, los cuales se inscriben dentro del racional dominante y de la historia lineal. La segunda opción es aceptar el

rol reproductivo, el gozo reprimido del cuerpo, permitir la irrupción de otro ser y con ello romper con la unicidad, vivir intensamente la fusión con el hijo y sufrir la separación obligada. Para esta mujer la vía de acceso es la identificación con la palabra silenciada, asumirse como voz anónima para facilitar la instauración de la norma social y favorecer la estabilidad y reproducción del sistema simbólico. Dentro de esta categoría la vivencia de la mujer se explica en el dicho popular "detrás de un gran hombre hay una gran mujer": madre, esposa, hermana, hija... Esta alternativa ha sido para la mujer latinoamericana la más común. El postulado de la condición femenina ante el orden simbólico parecería expresarse en términos de irreconciliables posturas, las cuales no dan respuesta satisfactoria a la angustia existencial de ser mujer, ni el deseo simultáneo de ser madre, y de querer un lugar propio dentro de la sociedad y la cultura.

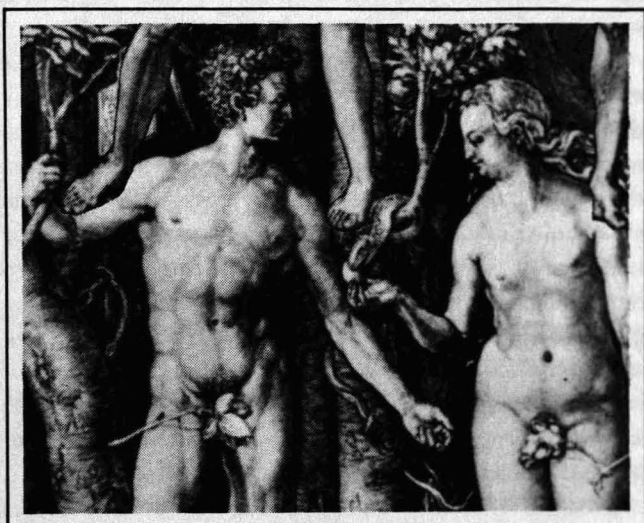
Con respecto a lo anterior y como síntoma de la época de crisis que vivimos, se observa principalmente en los países industrializados el resurgimiento del culto mariano. Curiosamente, la revista *Time* de diciembre del año pasado dedica dos artículos a este renovado interés y explica este fenómeno en virtud del ambiente de incertidumbre y desasosiego que hombres y mujeres experimentamos. Tal parece que nuestro mundo simbólico posmoderno necesita la construcción imaginaria de la "madre" para con ella retomar la imagen consagrada de mujer como madre, que en los últimos tiempos ha sufrido un serio deterioro. Lo anterior puede corroborarse si tomamos en cuenta que en los países post-industrializados las tasas de natalidad se han mantenido en cero.

Kristeva es sensible tanto a la angustia de las mujeres



contemporáneas por encontrar un espacio propio dentro del orden simbólico, como a la necesidad de volver a sacralizar las imágenes e incorporar lo mítico a la producción humana para, quizás, con ello paliar la fragilidad del ser humano ante la muerte. Su respuesta a este dilema la encontramos en varios de sus artículos dedicados a la mujer, entre ellos se destaca: "Stabat Mater"³, "Women's Time"⁴, "Chinese Women"⁵ y otros.

En conclusión, la amenaza tecnológica invade todos nuestros espacios y tiempos vitales, pero ningún peligro mayor que aquél que representa para el mundo simbólico el poder prescindir de hombres y mujeres para la reproducción de la especie por medio de bebés de probeta, inseminaciones o de cualquier otro recurso artificial. No es gratuito por tanto la



preocupación por ofrecer alternativas significativas a la mujer y al hombre para poblar de nuevo la tierra de imágenes, símbolos y representaciones basadas en una historia de amor construida sobre la diferencia y reivindicar el lugar simbólico de la madre. En sus escritos remite constantemente a la relación simbiótica con la madre y enfatiza el papel del inconsciente como depositario de las experiencias anteriores a la emergencia del lenguaje. La memoria guarda los recuerdos de este tiempo en el registro de sonidos, ritmos, cadencias que forman parte del inconsciente del sujeto y que están ubicados en un tiempo anterior a la emergencia de la palabra, del habla y del discurso. En la historia del sujeto hablante se renuncia al cuerpo materno como tal, se reprime el deseo incestuoso, pero éste por contigüidad, cuerpo-madre-sonido se desliza hacia el significante, hacia el signo, hacia el orden semiótico y desde allí llama al goce creador.

Para Kristeva, la mujer se inscribe dentro del orden semiótico, en aquél que establece los modos de significación a través de los deslizamientos del significante y que son característicos de procedimientos metonímicos. El hombre, en cambio, se inclina por los modos de significación propios de la metá-

fora. Esto podría estar marcando dos recursos para la significación, la metáfora como perteneciente al orden simbólico, y la metonimia como parte del orden semiótico. Por ambos procedimientos, el sujeto masculino o femenino busca trastornar el orden simbólico para acceder al goce estético y con ello transformar y enriquecer la historia de la cultura. Para ello, sin embargo, se hace necesario que se rompan las normas, se permitan las desviaciones, se ejerzan las rupturas, se busquen nuevas asociaciones. En síntesis, sin represión no hay cultura y sin transgresión no hay creación. La paradoja de doble bisagra represión/transgresión y adentro/afuera simultáneamente permite el juego dinámico sociocultural. Si esto es así ¿por qué establecer la lucha de poder entre dos modos de significación? y como ya apunta Kristeva: ¿Por qué no inscribirse en el orden simbólico empleando como el texto poético la reconciliación sin sintetizar dos espacios y tiempos diferentes?

Por este motivo Krist/eva fusiona signo, significante, semiótica, y mujer. Eva nos llama al lugar del cuerpo, del goce, al orden semiótico mientras que como Krist conduce al sujeto femenino desde dentro del orden simbólico a la palabra liberadora, a inscribir una tercera alternativa que sin sintetizar dos espacios y tiempos los reconcilie en la diferencia.

Las prácticas estéticas han representado la tercera vía posible para ingresar al orden simbólico sin renunciar a ser madres y mujeres, asimismo sin recurrir al culto mariano, sino a través de la creación buscar que el sentido materno y femenino cobren sentido dentro de nuestro mundo fragmentado y desmitificado. El proceso estético ha servido como un alero para entrar, salir y transitar del orden simbólico al semiótico, de la voz anónima, a la voz gozosa, reconciliadora.

Kristeva es la palabra que libera al discurso femenino de la imposición de las formas dominantes para lograr que el deseo por emular, por igualar las formas lógico-científicas se enriquezca al contacto con el goce manifiesto en el ritmo, el sonido, el color, las formas, en otras palabras en la exploración de otro orden diferente: el femenino. La palabra de Cristo respeta el orden simbólico del Dios-Padre pero abre la posibilidad para que emerja otro espacio donde el amor y el verbo humano tienen cabida. Kristeva, en su función de Eva, desplaza la palabra humana al sitio de "mujer", de cuerpo, de carne para engendrar un nuevo orden, que sin destruir las formas simbólicas (Dios-padre-lenguaje sigue imperando) incorpora al discurso formas inconscientes, semióticas. Y por esa vía, ofrece a la mujer la redención a la disyuntiva madre o mujer para dejar que brote una tercera alternativa que incluye el gozo de la reproducción, de la Escritura y de la reconciliación amorosa en la diferencia entre sexos. ♦

Bibliografía

- Kristeva, Julia, "Semiótica 2", Ed. Fundamentos, Madrid, 1981.
- "The Kristeva Reader", Ed. Columbia University, New York, 1986.
- "Desire in Language, A Semiotic approach to Literature and Art", Ed. Columbia University, New York, 1980.
- "El texto de la novela", Ed. Lumen, Barcelona, 1981.
- "Historias de Amor", Ed. S. XXI, México, 1988.
- "Poderes de la perversión", Ed. S. XXI, México, 1988.

³ "Historias de Amor", *Stabat Mater*, Ed. S. XXI, México, 1988.

⁴ "The Kristeva Reader", *Women's Time*, Ed. Moi Toril, Ed. Columbia University Press, New York, 1986.

⁵ *Idem*.

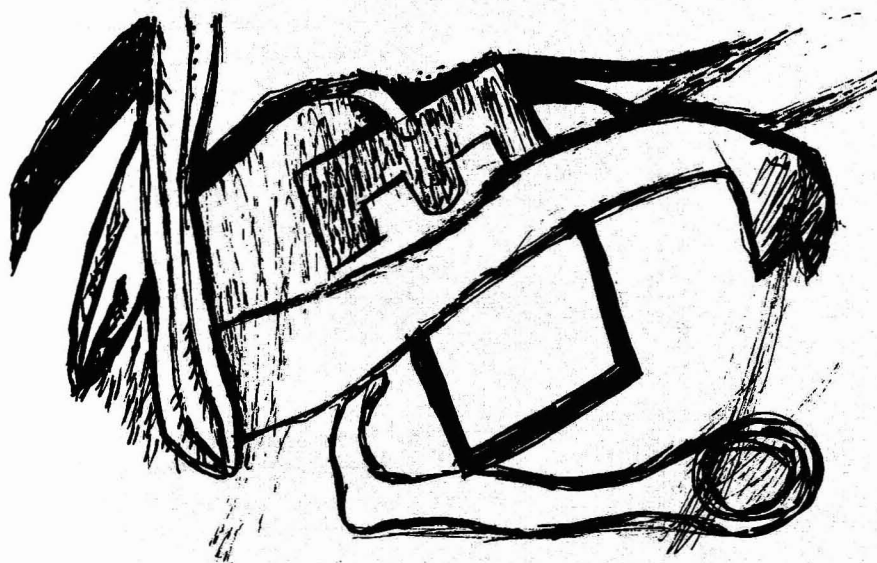
El niño este (o el arte de ser Senel Paz)

A esta hora imprecisa que ha anclado sobre los techos de La Habana, entre paredes blancas, cerámicas, libros y serigrafías, vigilado de cerca por un equilibrista en su cuerda floja, bajo un ventilador de techo que echa más ruido que fresco, en una butaca de malaca, me espera Senel Paz —autor de *El niño aquel* (cuento) y *Un rey en el jardín* (novela), guionista de *Una novia para David* y *Adorables mentiras*. No ama las entrevistas, pero es débil ante el acoso de los amigos. Y uno se aprovecha.

Luis Manuel: Siendo posiblemente el más popular de los narradores cubanos de las recientes promociones, cabe hacerle una pregunta: *¿En qué medida confluye la nueva narrativa con las preocupaciones, los intereses y la estética de los nuevos lectores? ¿Es el producto literario en sí, la difusión, la promoción, o qué, lo que ha provocado una cierta distancia entre el lector y el creador?*

Senel: Sobre algunas de estas cuestiones, sólo tengo meras impresiones: A veces hay lector y muy buen lector, y otras, no lo hay. Ya tu enunciado de popularidad presupone un lector. Pero si me preguntaras por un escritor popular en Cuba, diría García Márquez. Y entre los cubanos, el Indio Naborí, Enrique Núñez Rodríguez y quizás también Miguel Barnet. La popularidad de los otros, y en especial de los que pertenecemos a más recientes promociones, cabe en un círculo de lectores más especializados, que se mueven dentro del ámbito de la cultura.

¿Qué puede hacer a un escritor popular?



Dentro de eso hay cosas que meten miedo. Ser un escritor popular no tiene que coincidir para nada con la buena literatura; y viceversa: ser popular no te condena a ser un mal escritor. Para que un escritor sea popular hay factores importantes: los temas, las historias y, determinante, el estilo. En el ámbito cubano y latinoamericano, creo que en lo referido al estilo hay un gusto por la literatura sentimental, que acude a las emociones y los sentimientos. Una literatura que tenga una dramaturgia cercana al teatro, al cine, que genera algún tipo de tensión. Y también un estilo con peculiaridades muy reconocibles y en particular una musicalidad. Pienso en los casos de Guillén, Cofiño, Onelio. Casi siempre literaturas sencillas o aparentemente sencillas. Y esto es una introducción, lo que quería decirte es que creo que la comunicación es un valor importante para la literatura, pero no definitivo; y se puede convertir en un cáncer cuando se quiere lograr a toda costa. Pero cuando los escritores res-

ponsables son agraciados con la popularidad sin proponérselo, bienvenida sea.

Como si te bajara el santo de la popularidad.

Exacto, pero sin dejar de ser consecuente consigo mismo. Buscarla creo que es un grave peligro, porque se tiende a dejar de escribir como uno escribe, para complacer un gusto. Creo que la prosa de Lezama reúne muchas características para ser una prosa popular. ¿Por qué no lo es? Porque necesita un lector de una formación cultural de media a alta. Pero tiene una prosa inconfundible y musical, sensual. Se puede decir de un párrafo suyo: «Esto es un Lezama».

Incluso es posible que a la larga Lezama termine siendo más popular que Frederic Forsythe, pero depende de la perspectiva histórica desde la que lo mires. El chacal tendrá 50 millones de lectores ahora, y dentro de siete siglos conti-

nuará en los 50 millones, mientras Lezama ya ande por los 100 millones. Habría que medir cuántos lectores vamos a tener para siempre. Pero sin que eso sea una preocupación esencial ni una intención.

La popularidad cumple con una fórmula muy vieja: sencillez y acudir más a los sentimientos que a la razón. Creo que mi literatura tiene algunos rasgos que le permitirían ser de muchos lectores, por razones de tema, estilo (musicalidad), el elemento del humor, la carga emotiva y, al menos en lo que he publicado hasta ahora, una lectura sencilla (aunque puede ser técnica y estilísticamente más complicado de lo que parece). Hay otra literatura cuyo encanto reside en la complejidad, en la dificultad de decodificarla, y es una de las tendencias contemporáneas más fuertes. No es mi proyección más natural, pero tampoco soy indiferente a esos juegos con la estructura y el lenguaje. Pero aun en textos con esas cualidades, persiste en mí una cierta voluntad de claridad. Aunque aparentemente el lector de hoy es más racional, yo noto que las formas clásicas —el cuento en tercera persona, por ejemplo, con exposición, nudo y desenlace— son eternamente efectivas.

Quizás el lector racional encuentra en esa literatura un escudo contra ese racionalismo que impone la cotidianeidad. A veces hasta una novela empalagosa es necesaria. Hay como un déficit vitamínico, una hipoglucemia que viene a suplir.

Es un rasgo esencial del ser humano y quizás sea eso lo que le falta a la literatura más cerebral. Aunque el talón de Aquilés de la prosa más sensorial suele ser la falta de profundidad, pero no creo que sea algo consustancial a ella.

He notado también que el lector común detesta el palabreo descriptivo e incluso reflexivo, y prefiere los diálogos, las acciones, el devenir de la propia historia, no sus contextos o interdigitaciones. Y creo que es en cierta medida el lector que nos devuelve el cine. Es lo que decías de la dramaturgia.

También hay un lector más especializado que espera de la literatura placeres mucho más intensos y complejos. Un lector mucho más profesional. En general uno recoge la opinión de que el lector se ha reducido pero al mismo tiempo se ha convertido en más inteligente y más exigente. Hay alta literatura que llega a ser popular. Mira el caso de Martí: es muy popular en su significación histórica, pero se conoce más la figura que la literatura. Y si alguna literatura de Martí es popular, es lo que escribió para niños y los *Versos sencillos*, que ya no son tan sencillos, y quizás algunos discursos y piezas orales. Martí requiere un alto nivel de preparación por su lenguaje y por su sintaxis.

Lo que más se conoce es Martí en piezas. Cualquiera podría citar quince frases de Martí, pero pocos sabrán de dónde salieron. Oye, ¿y sobre la distancia que podría haber entre la nueva narrativa y los nuevos lectores?

Eso es una pregunta que lo deja a uno con la luz apagada. ¿Cuáles son sus intereses? Es algo muy subjetivo.



Primero habría que saber de esos lectores, ¿cuáles son los que a ti te interesan?

Habría que empezar por el principio: la campaña de alfabetización. Todos saben leer. Pero a partir de ahí tienen lugar problemas objetivos, prácticos. Las escuelas en el campo, por ejemplo. Creo que sólo en Jagüey hay 60. Tendríamos que tener 60 buenas bibliotecas, lo que es un problema enorme. Por tanto, el hábito de lectura en un estudiante que, por otra parte, tiene un programa atestado, es un sueño. Paradójicamente, hay un problema de formación de lectores. Y eso se encuentra no sólo en los de pre; también en los estudiantes universitarios.

A veces hasta malformación de lectores en una literatura de mala o discutible calidad, o literatura que caducó hace mucho.

Y la formación de los profesores de literatura, la promoción y apreciación de la literatura y el arte. Eso implica incluso capacidades materiales y organizativas que posiblemente rebasen las posibilidades reales. Y cuáles son los intereses de esos lectores potenciales. A veces se confiere más prestigio social e intelectual a los temas sociales e históricos, y se ponen a un lado los sentimentales, íntimos. En el cine, si tomamos por interés del público la asistencia a las salas, los temas más «superficiales» han sido los que más público han atraído. No es lo mismo una película de éxito en una semana de cine o un festival, que en los ciclos normales de distribución. A nosotros se nos mezcla eso con cuál es la función de la literatura: En un congreso parece que la literatura tiene una alta función, vital para la sociedad; pero a ratos a uno le parece comprender que la función de la literatura y del arte es entretener, suavizar la vida. Eso pasa en el cine. Obras que reflejan la vida y los problemas, muy buenas, pero nadie las va a ver. Prefieren *Cujo*, el *perro asesino*. Orientarse por eso es la locura. Lo único que puede orientarlo a uno es uno mismo. Pienso que el público siempre agradece al artista que le haya ofrecido una experiencia auténtica. Ser popular, tener éxito es algo para lo que hay que

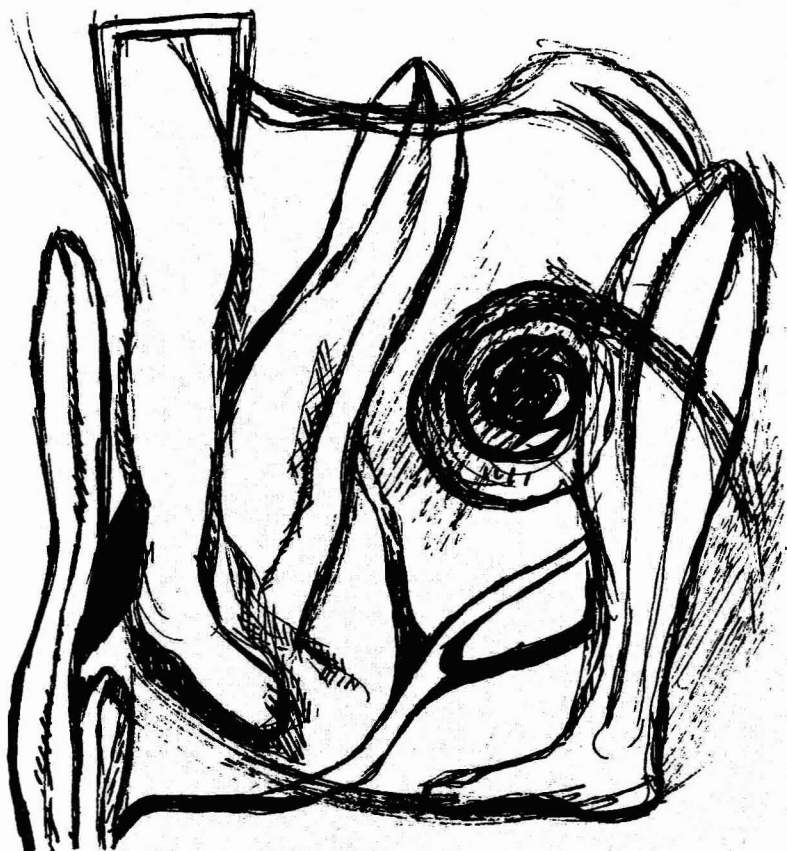
estar preparado. A mí no me produce placer. Por suerte un escritor no es un actor, ni está inmerso en eso que se llama popularidad. Una cosa al parecer tan bella, puede convertirse en la peor tragedia del mundo. Hay que tener una personalidad preparada para eso. No es mi caso. A mí me desconcierta y me descontrola que alguien me conozca o se acerque a mí ya con ideas de mi persona. Es como ya estar en deuda con él, con esa admiración. He salido un par de veces por la TV y la gente se acercaba a mí para contarme historias, con la aspiración de que yo las contara de otra manera. Y trataban de «hablarme bonito», no en su lenguaje corriente, que es el propio. Y eso es una tragedia: perder el lenguaje de la gente, el modo de decir (la selección posterior es de uno).

¿Por dónde anda el buen camino de la narrativa cubana? ¿Van los narradores por él o han tomado algún desvío? ¿Qué acusan las más recientes promociones?

Creo que el camino es hacia una conquista superior del lenguaje, una experimentación y búsqueda mucho más amplia. Anda también en una mayor objetividad, serenidad y profundidad en el análisis de la realidad cubana. El mismo hecho de meditar sobre el país ha dejado de ser una decisión consciente, una alteración de la espontaneidad. Se ha creado una relación cómoda, orgánica, entre la escritura y la realidad, de modo que todo aquello de literatura comprometida, de autocensura, ha sido superado y el acercamiento es más fresco, más sincero. Incluso algunos escritores ante la dificultad de enfrentar la realidad, nos abstuvimos, en términos de «si no lo voy a hacer bien, si no tengo resueltos mi amor y mis dudas, mejor me abstengo», como otros escritores se acercaron a esa realidad desde una óptica demasiado política, demasiado histórica, y que también...

Hicieron un poco literatura de denuncia.

Buscando premeditadamente una literatura vinculada a los destinos del país, lo que es válido únicamente si lo haces desde la literatura. Hoy creo que hemos



llegado a esa realidad a través de la literatura. Y por eso estamos en mejores condiciones que nunca antes para hacer buena literatura, donde lo que sea cuestionador, político, el amor, el canto, se integren armónicamente.

He notado en gente muy joven que esa voluntad de denuncia va cediendo paso a la asimilación de la sociedad como un todo con sus virtudes, defectos y conflictos. Realidad de la que la literatura es reflejo e instrumento de análisis, pero nunca el manifiesto para cambiar aquello.

Los autores más jóvenes están acertando a resolver ese problema desde el principio. Ha sido un problema muy complejo de resolver en la literatura cubana, dada la conmoción que significa una Revolución, donde volverte a colocar con objetividad y madurez, sin exaltación, ha sido casi traumático más cuando se ha creído en el uso de la literatura para llenar un vacío en la discusión de problemas sociales o políticos; con lo que se ha adulterado su naturaleza. Muchos de esos factores han desaparecido, pero otros no.

¿Crees que entramos en una situación nueva con la falta de papel: una literatura condenada a la oralidad o a proyectarse hacia el exterior?

Eso es un problema más grave para el escritor que para el lector. Lo sería para el lector si ese período se extendiera mucho. Puede que signifique un retraso, pero suponiendo que el lector se dedique a leer sólo la literatura publicada hasta el 90, ya tendría buen trabajo. Podría producirse una fase de desactualización, pero no sería un daño irreparable si hubiera mecanismos eficaces de distribución y acceso a la literatura existente. Diez años sin literatura cubana, redescubriendo o descubriendo a Proust, a Joyce, serían fructíferos. Para los autores es otra cosa, porque publicar un libro es completar un ciclo, enfrentarse a la crítica y los lectores. Por lo demás hoy tú puedes encontrar escuelas donde grupos completos de estudiantes no han leído en los últimos 5 años ni una obra de narradores cubanos contemporáneos. Tampoco la publicación en el exterior sería una solución para los autores, porque se verían privados de su lector natural, incluso de su crítico natural.

Si bien la más generalizada reacción internacional hacia la literatura cubana es el desconocimiento, ¿en qué medida puede o podría nuestra literatura confluir con la avidez de un lector potencial que en América Latina está creciendo?

Tengo la impresión (no la certeza, para la cual no poseo datos) que el lector en América Latina también se ha ido haciendo elitista. Cuando uno piensa que en Ciudad México una edición de la obra de un gran escritor consta de 3000 ejemplares, y los precios de esos libros, y los niveles de vida, se da cuenta que la lectura ha quedado para determinados estratos de la sociedad, que posiblemente no incluyen ese lector al que uno aspiraría. ¿Quién es el lector? Bueno, sea quien sea, la carta de triunfo radica en la calidad de la literatura. Es cierto que el interés por Cuba es un factor, pero que se agota muy rápido...

En las primeras diez páginas si no valen la pena.

La gente que lee literatura no lo hace buscando información, aunque hoy hay un retorno de Cuba como foco de atención, lo contrario de lo que ocurrió hace unos pocos años. El mercado es favorable pero no perdurable. Pero coincide con que hay muy buenos síntomas de calidad en la literatura cubana contemporánea, que nos permitirían ganar el espacio que nos merecemos, sin exagerarlo, dentro del lector latinoamericano y mundial. A los consabidos nosotros se están sumando nuevos nombres (las listas nunca son largas) y confío en que los escritores cubanos se van a ganar un lugar. Y si las editoriales extranjeras vieran buscando, encontrarían. Lo primero es abrir la puerta y eso se decide con los textos. La propia poesía tiene mucho que ofrecer. Pero a veces nos gusta, preferimos pensar que si la literatura cubana no tiene más impacto en el extranjero, se debe al aislamiento político. Y eso no me parece correcto. El cine cubano tuvo mayor espacio desde el momento que se constituyó en un cine más interesante. Aunque haya aislamiento, que también ocurre entre Venezuela y Colombia o México. Mas fácil

es hallar en Quito el último best-seller de Europa y Estados Unidos que las mejores o más actuales obras de los países colindantes. La época del post-boom ha conllevado un desmantelamiento de la comunicación interliteraria entre nuestros países e incluso la comunicación entre autores, cosa que no pasaba hace diez o veinte años. No conocemos a nuestros iguales. ¿Quién es el Luis Manuel o el Senel de Argentina, de México? Y existen. Yo lo descubrí en México: Un grupo de escritores con obra, incluso con una posición social en las universidades. Están creadas las condiciones para un nuevo lanzamiento de la literatura latinoamericana. Tiene que haber una revisión inmediata. Y tendrán que aparecer los mecanismos promocionales, porque el boom no fue sólo un fenómeno literario, sino también editorial, comercial, de promoción. Lecciones que no hemos aprendido. Europa es otro caso, porque su interés hacia América Latina ha disminuido y está fijándose continuamente en sí misma.

Este post-boom pudiera tener una ventaja: al carecer de esa atención inmediata de Europa, nuestras literaturas se



verterían en nuestros países. Creo que el boom estuvo quizás excesivamente dirigido hacia Europa.

Lo que pasa es que regresaba, reboraba en toda América. Hoy lo que incide en México, no rebota hacia Venezuela. En general la circunstancia es desventajosa.

A lo que se suma la baja de la industria editorial latinoamericana.

Muy penetrada por transnacionales europeas. Pero hay una ventaja: Ha transcurrido un período suficientemente largo de silencio como para que aparezcan las preguntas ¿Qué hay al cabo de quince años? Y la sorpresa agradable es poder decir que sí, que hay algo.

A propósito de tu premio "Juan Rulfo", de la difusión que ha tenido la novela Las iniciales de la Tierra de Jesús Díaz, por ejemplo, yo he repetido a varias personas que eso no sólo me alegra por ti y por Jesús, por el cuento y por la novela, sino también por todos nosotros, dado que abre un foco de interés hacia Cuba. Lo importante es justificar esa atención mediante la calidad de nuestras obras.

Es muy bueno contar con mecanismos de promoción ágiles y eficientes, para cuando venga la buena oportunidad saber aprovecharla, y para encontrar un espacio en la mala época, pero la última palabra la tiene siempre la calidad de los textos. Ahora mismo hay varios cubanos ganando premios en España, tanto en poesía como en prosa.

En El lobo, el bosque y el hombre nuevo, que ganara el "Juan Rulfo", han visto o creído ver una novela (es un decir, porque se trata de un relato) de aprendizaje, una exculpación de la homosexualidad, y hasta una hipercritica (qué palabreja más fea) a la Revolución, que concluye de un modo raro, con pioneros y flores. Si hubiera de rotularlo, me remitiría a él como alegato contra la intolerancia, pero hasta eso me desdibuja el relato, donde lo temático es menos trascendente que lo conmovedor, humano y tan próximo, de sus situaciones y personajes. ¿Cuáles son las opiniones

más disparatadas que has recibido sobre el cuento, cuáles las más inesperadas y, por fin, cuál es la tuya?

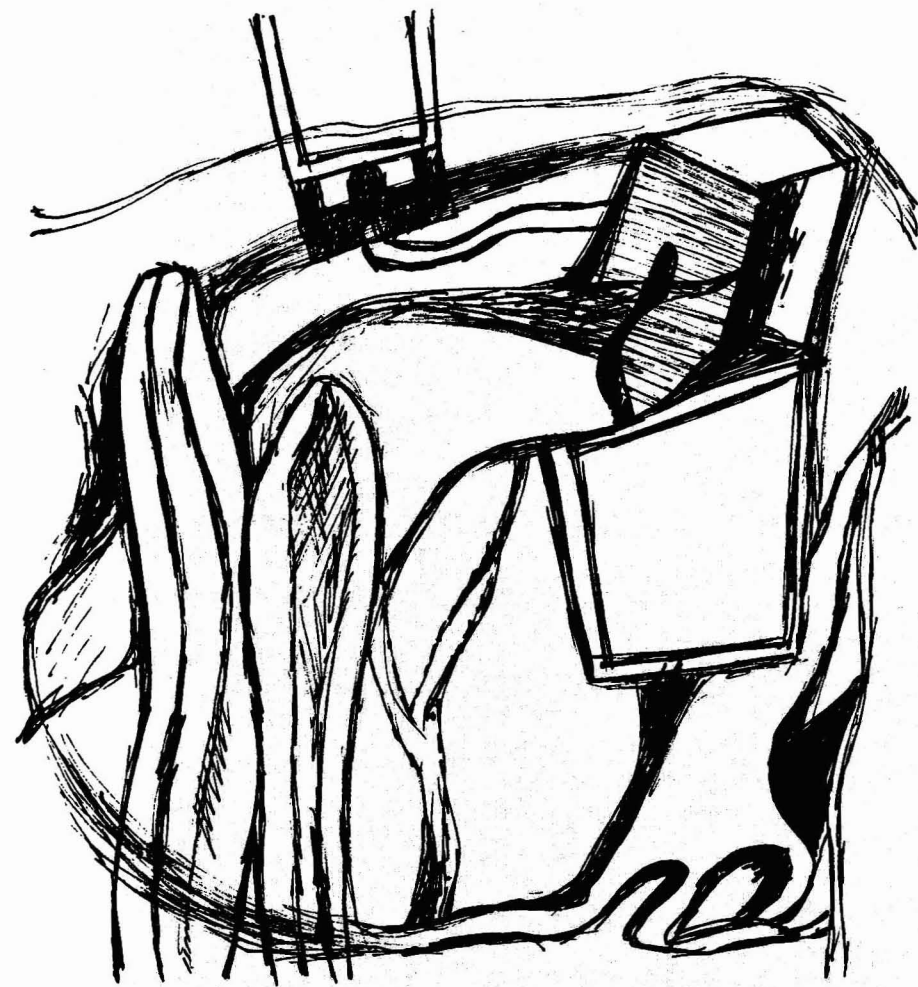
Mi opinión está redactada sin que le sobre ni una coma en la opinión tuya. Ha habido opiniones disparatadas y también inesperadas. Parto de que a pesar de su difusión tan limitada (dos mil y tantos ejemplares en Cuba en publicaciones especializadas en contraste con los 100 000 ejemplares de México) este cuento ha gozado de una alta popularidad, pasándose incluso de mano en mano copias y fotocopias. La valoración más disparatada ha sido la de gato por liebre, en el caso de lecturas prejuiciadamente politizadas: El cuento tiene el final que tiene para poder decir lo que dice. Esto es, el cuento es hipercrítico pero con un final que le permite pasar. Y dos: pongo lo del medio para poder decir el final, siendo entonces un cuento de apoyo irrestricto al gobierno, ante todo diciendo que en Cuba se puede escribir un cuento como éste. A veces me parece necesaria una declaración al principio de todo lo que escribo: "Ojo con el gato y la liebre". Yo no practico el camuflaje de determinados criterios para que me pasen por la aduana. Mi operación literaria es limpia. El que se deja pasar gato por liebre es porque quiere.

En México, Venezuela y Francia, ¿cuáles han sido las opiniones predominantes?

El de la calidad literaria del texto. Que he logrado, con Diego, un personaje importante en la literatura cubana.

Como en su momento el "Premio David" o el "Premio de la Crítica", pero a una escala superior, la obtención del "Juan Rulfo" es una catapulta. Y a propósito, ¿dónde queda ese lugar intermedio entre el orgullo sin pacaterías por lo alcanzado y la inconformidad crónica con la propia obra de todo creador en crecimiento? ¿Cuál es su dosis de agonía? ¿Cómo funciona ese cachumbambé que roza en sus extremos la pedantería y la autoflagelación?

En mi caso el cachumbambé se inclina hacia la autoflagelación. Mi inconfor-



midad es crónica, aunque trabajar me ha dado buenos resultados. Y que conste, prefiero aparentar ser pedante que falsamente modesto, que es la peor de las pedanterías. Creo que cada uno de mis libros ha sido lo mejor que en ese momento he podido hacer. No sería justo que yo lo analizara ahora. Cuando los escribí no escribía mejor que eso. Este cuento del Rulfo es mi nivel actual. No los tacho de "ensayos" mientras mi "gran obra" está guardada. Lo que he ido publicando me ha dado sucesivas satisfacciones. Pero no logro gozar los éxitos. Mi primera reacción es esconderme en el cuarto como los niños. Aunque ya he aprendido a fingir alegría y entusiasmo para no parecer anormal. Los premios me producen verdaderamente un extrañamiento, y eso ocurre con el libro publicado. Ni como periodista ni como escritor soy capaz de leer mis libros publicados. La relación con el objeto que es el libro no se produce, ni con la promoción, ni con las entrevistas...

Gracias en nombre de ésta.

Bueno, ya por lo menos las afronto con toda seriedad. Pero aún no sé como responder a las felicitaciones.

(Senel acostumbra a hacerse el bobo y suele insistir en que es ni más ni menos que un espontáneo de pura cepa, incapaz de elucubraciones teóricas, pero todos los que lo hemos leído, y aún más, los que le hemos visto la cara de zorrillo cuando suelta alguna observación sobre el arte de narrar, desconfiamos de esa "ignorancia feliz" que el niño este —tratando de hacerse pasar aún por el niño aquel— quiere vendernos. Por eso aquella tarde (mañana o noche, quién se acuerda) le pregunto:

¿Qué ha añadido la vida, las lecturas (y a propósito, ¿qué lecturas?) a ese niño que ha ido adulteciendo casi a regañadientes?

¿La vida? Me ha añadido la vida, y amor a la literatura y paciencia.

¿Y las lecturas?

Eso es un secreto profesional, en primer lugar para darle trabajo a los críticos.

Ya que hablabas de la paciencia; creo que a ti como escritor, la paciencia de volver y reescribir y madurar, no te ha faltado. Desde tu primer libro.

Pero eso no ha sido por paciencia, sino por brutalidad. Soy muy torpe y trabajo por acercamientos.

¿Existen vasos comunicantes entre tu labor como narrador y tu labor como guionista? ¿Cómo funcionan?

Sí. Muchos. Y en ambas direcciones, al extremo de que pienso escribir una novela corta a partir del guión de *Adorables mentiras*. El cine me aportó elementos que eran deficitarios en mi literatura: la dramaturgia, los diálogos y la tensión. Incluso no me interesaba, por ejemplo, que un texto tuviera progresión dramática, aunque pudiera darme cuenta de que lo requiriera. Siempre me interesaron más los personajes que las historias. Incluso el cine me ha influido en la prosa al hacerme consciente de elementos de otras artes menos usados por la literatura. Quieras o no, el cine te obliga a pensar en todas las artes. Si en literatura es grave adentrarse en una estructura que no hayas premeditado, e ir la descubriendo, en cine es un suicidio. Y aunque no he llegado a resolverlo tampoco en el cine, ha influido en que piense más en eso que antes. Estoy convencido de que los elementos narrativos propios de la literatura que antes me eran menos interesantes, me son ahora más necesarios en el cine. Y de paso se me han quedado en la literatura. Si antes me interesaba la intensidad poética, ahora sumo a eso la intensidad dramática. Se me ha revelado también una facilidad para el humor a través del diálogo. Hasta entonces era más a través del lenguaje. Y el humor para mí es involuntario, es mi herencia (provengo de una familia sumamente cómica y he conocido a muchísimos humoristas anónimos). Mi humor nunca es buscado, me sale. Y tengo constantemente que estar quitando humor. Una

película para mí implica el universo de una novela, es una novela que no se escribe, que elude el enfrentamiento con el lenguaje; aunque el argumento presenta dificultades también muy altas para mí, que me siento más cómodo en el diálogo y en la estructura.

Entonces, ¿cómo trabaja Senel Paz? (esta dosis de chisme es lo que más atrae a los lectores de entrevistas, pero eso no se lo dije, porque él, como periodista, lo sabe). ¿Planeas hasta los detalles para después escribir en un rafagazo súbito? ¿Vas trazando el plan de la obra a medida que avanzas en la escritura? ¿Tienes horario o eso queda al tiempo disponible y los azares? Puedes añadir vicios, manías, traumas de chiquito y hasta anécdotas.

Yo creo en la utilidad de hacerse un plan y si es posible dibujar previamente el argumento; pero no es lo que yo hago. No puedo. Descanso mucho en el fogonazo, en los estados de ánimo. O más bien, en los estados de gracia. La sorpresa juega para mí un papel fundamental. Escribir sin saber a dónde voy. Y si tengo un planeamiento previo, la historia suele coger por otro rumbo. Escribo más con la nariz que con la razón. A olfato. A golpes de presentimiento. Pero trabajar por acercamientos es muy trabajoso. La razón toma su lugar después, durante la reescritura final.

¿Tienes un horario fijo para escribir?

No. Puedo escribir excelentemente a cualquier hora y puedo hacerlo durante cualquier período de tiempo. Dicen que eso varía con los años, pero a mí lo que me ha ocurrido es que ahora necesito más condiciones (silencio, tranquilidad, buena iluminación); entre otras cosas debe ser porque las tengo. La música no me ayuda salvo excepciones. Soporto pequeñas interrupciones para tomar un trago, un té; pero las interrupciones me hacen mucho daño, me ponen de mal humor; y yo soy una persona diseñada para el buen humor, con muy poca capacidad para desintoxicarme del mal humor. Me bloquea. Me destruye el estado de gracia, el placer in-

tenso que es trabajar, no sólo escribir, sino trabajar en general. Eso me debe venir de mi extracción campesina. Necesito escribir solo y preferiría escribir en cueros. Poder actuar mientras escribo. Y no soporto, por supuesto, que alguien lea lo que escribo. Me paraliza. Esto es un retroceso en mi capacidad para escribir a toda prueba, como cuando era reportero de Camagüey y tecleaba en la redacción del periódico, o cuando concluí *El niño aquel* en la beca, en medio de unos juegos deportivos, no recuerdo cuáles.

¿Tú puedes sentarte a escribir por disciplina y cuquear a ese estado de gracia o tiene que nacer espontáneamente?

Puedo sentarme y cuquearlo. Lo que no puedo es escribir pensando que a las once me toca ir a comprar las papas.

Rebeca Chávez (cineasta y esposa de Senel, lo que equivale a practicar el multioficio): Pero no porque tú las compres.

Pero me desconecta. Y eso es difícil.

Aquí se han quemado ollas, se ha botado el agua y él ni cuenta se ha dado.

Una vez puse a llenar un tanque y me enteré que se había botado cuando bajé los pies y sentí plaf, cómo se me hundían.

Escribir debe cansar tanto por la concentración que exige.

Yo me agoto emotivamente cuando sufro o disfruto mucho con los personajes. Necesito entonces una pausa.

¿Qué te induce a escribir?

Muchas cosas, pero puede ser un libro, una lectura, aunque no tenga nada que ver con lo que yo escriba. Hay autores que no puedo hojear porque inmediatamente me mandan a escribir.

¿Eso es también un secreto para los críticos?

Y para los colegas. ◇

Eloy Urroz

Las plegarias del cuerpo

(Segundo día)

Entonces Judá dijo a Onán: "Cásate con la mujer de tu hermano y cumple como cuñado con ella, procurando descendencia a tu hermano". Onán sabía que aquella descendencia no sería suya, y así, si bien tuvo relaciones con su cuñada, derramaba a tierra, evitando el dar descendencia a su hermano.

Génesis 38, 8 y 9.

El cuerpo hace caridad al alma. Es su labor cuando ha fallado y deja de ser sustancia. Entonces busca sólo repetirse y prolongarse. El hombre vive así de caridad, la obtiene de su propio cuerpo y del consuelo que le obsequia el otro.

Mientras la carne se desgasta busca instaurar, repitiéndose, ese estado perdido en que el espíritu aún descansa sobre las aguas, y flota, liminar. Esa disposición del cuerpo la perdí a los catorce. Si descansé tranquilo sobre los hombros de Epifania o de alguien más, apenas la noche anterior había extrañado la sustancia, la había hundido en las aguas. Si antes convivían alma y cuerpo, si al cabo fui los dos, había violentado ayer una sustancia idéntica, ansioso por escindirla. En adelante habrían de ser dos distintos, alma y cuerpo recuperándose, congraciándose uno con otro. Era la historia de todos, lo adiviné esa mañana: nuestra propia historia de amor. Pero ¿cómo podrían ser así las historias de amor que el mundo y los hombres contaban? ¿Cómo podían ser así, deplorables, sin razón? En resumidas cuentas, las historias de amor eran la misma historia absurda, abyecta, que Alguien tramó y que se repite inmemorial, detestable: perderse y recobrase, hundirse y flotar. Tan verdadero que se hace insoportable.

Pensaba en esto recostado en la cama, tieso, con los párpados obstinadamente cerrados a pesar de la claridad que se filtraba por cualquier parte. Oía el ventilador susurrar en el techo. Distinguía pasos afuera en el corredor, las voces de mis tíos, mis padres, mi hermana, mis primos, todos ellos en el bullicio y la preparación del desayuno ese verano. De repente un grito desajustado me hirió en la obstinación del cansancio: mi abuela me llamaba. No hice caso. Continuaba bajo las sábanas sin atender el ruido y el contacto ajeno que era el mundo para mí. Soñar, seguir soñando la mañana entera sin detenerme ni

vacilar en mi cansancio. Rehuir la claridad y los contornos difíciles de fuera, adustos. Seguir encogido hasta la noche y el nuevo amanecer, pedía sólo eso; aguardar empecinado el silencio, la voz de mi abuela callada, eternamente callada. Pero no hizo caso, porfiada como estaba en despertar mi cuerpo, oí el chirrido de la puerta y entró. Movié a Mauricio, me di cuenta. Tenía que abrigarme contumaz en el sueño, mantener esa preciosa parálisis del cuerpo y el severo rictus bajo las sábanas. No me atreví a pestañear. Imploraba al mundo continuar durmiendo. Mi abuela quería desligarme del tiempo, de otro muy anterior, quizá al de Epifania yaciente, dormida a mi lado cuando yo tenía once años. Rumié aparentando inocencia. No era cierto. No había inocencia y estaba por completo alerta.

—Basta abuelita —le dije conteniendo la voz sin ser grosero.

—El desayuno está listo —dijo con voz satisfecha—. No vamos a esperarlos toda la mañana. Es muy tarde y deben aprovechar el día.

—No tenemos hambre, señora —era la voz de Mauricio a través de las sábanas, una voz embadurnada de sueño.

—Ya sabes que tu madre y tu tía se molestan, Federico —repitió la voz desencajada de mi abuela.

—Ahora vamos —contesté ásperamente.

Mi cuerpo respondía cada vez que posaba ella la mano sobre las sábanas como obligándome, un tacto que me impulsaba a levantarme y no toleraba. Esa mañana era otro, no lo sabía ella y no tenía por qué averiguarlo. Un otro escindido.

—Está bien, ya me voy —dijo mi abuela alejándose—. Pero no se tarden.

—Si señora... —la respuesta de Mauricio buscaba limar asperezas, cortesía impuesta que me movió a risa. Su voz traspasó las sábanas que lo envolvían como en un último quejido. Otro más y no podría continuar como estaba, concentrado y perseverando en su sueño. Lo comprendí perfectamente, no lo pude aguantar y solté la carcajada.

—¿De qué te ríes, imbécil? —me dijo.

—De mi abuela —contesté.

—¿Sí? ¿Por qué de tu abuela?

—Bueno, de mi abuela y de ti.

—¿Qué de mí?

—Nada, tu sueño. El mío ha sido fingido. Hace una hora que no puedo dormir. Sólo pienso.

—¿En qué piensas?

—Nada particular. Lo de anoche.

—Así que madrugaste pensando en lo que pasó. No dijiste nada en el camino de vuelta, Fede.

—Me quedé dormido.

—Sí, ya sé. ¿Pero cómo estuvo, valió la pena?

—Sí —no podía decir otra cosa, la respuesta era obligada.

Lo más grave era no saber si había valido la pena o no. Era obligación decir que sí pero también decirlo podía no ser cierto. Me empeciné unos segundos y quise acordarme. La mente en blanco, la memoria de las sensaciones como un hueco. Debía pasar el tiempo y aun así serían poco identificables. Escribirlas tal vez un día como forma de recuperación. Aún no sé, no me atrevo a darle una respuesta a esa pregunta de Mauricio. Le digo que sí porque es evidente. Debo descubrir rescoldos, indagar en lo íntimo y mi respuesta es ahora ambigua: un puñado de páginas escritas que sólo atisban, desdibujan mal y ante mí comparecen.

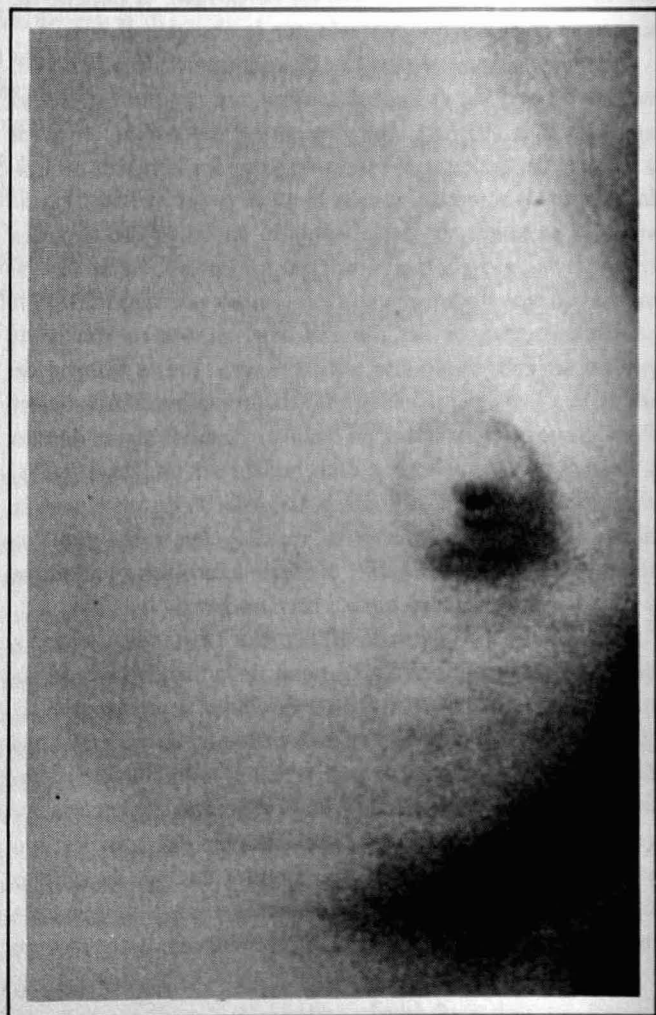
La casa que alquilaban mi padre y mi tío David era una antigua oficina de dos pisos. Por todas partes se notaban fragmentos desconchados de pared. A pesar del color deslavado por la lluvia, conservaba un aspecto añejo y marítimo, una de esas casas grandes que cualquiera imagina leyendo un pasaje sobre La Habana. Hay veces que la imaginación puede superponerse a la realidad, la recubrimos y la engañamos al haber leído o visto algo semejante, un parentesco mínimo que logra hacer de pronto que mistifiquemos lo vivido. Me sucede así con la enorme casa de dos pisos en La Paz, no logro separarla de una lectura que hice unos años después: *El verano feliz de la señora Forbes*. En el cuento, dos niños matan a su tutora en una casa veraniega. No recuerdo más. No he querido revisar siquiera el relato. Tengo miedo, no quiero desnudar la memoria de mi casa y de aquella otra superpuesta. No me importa saber ningún detalle y no quisiera descubrir mi error. La realidad vivida es fábula, la imaginación se interpuso alguna vez y no puedo separarme de ella. Para mí la casa junto al muelle es la misma —añeja, marítima— que en algún pasaje describió su autor (si es que lo hizo) hasta el embeleso.

Puede existir a la entrada de la casa una franja de tierra para aparcar los automóviles que miro invadidos de polvo. Quizá una terraza amplia con varias sillas desvencijadas y una mesita al frente que nadie usa. Desde allí se contempla el mar. A la izquierda se observa el muelle contiguo a un astillero siempre sin gente. Nunca hay trabajo, se les ve en el muelle bebiendo cerveza; son las personas que cuidan durante el año las embarcaciones, los capitanes o pescadores, nunca los hombres del astillero. Surtos hay varios yates norteamericanos y algunos veleros muy nuevos que miro navegar las pocas navidades que pasamos en La Paz. A la derecha hay un grupo de piedras hacinadas, son la punta final de un almacén o una fábrica que no se construyó nunca. A mitad del mar se ve un conjunto de troncos sujetos en desnivel, una suerte de trampolines surgiendo a lo alto. Están atenazados con sogas blancas que los marineros usan y que no se deshilachan con la sal. En la punta de esos grupos de troncos sin uniformar, unos más altos que otros, se miran copos de nieve, que no son sino excrementos de gaviotas que todo el año vienen a posarse o gua-

recerse allí. Tal vez para eso están hechos y yo no lo sé. También dan relieve, sin saberlo, a este mar. Una vez encima, haciendo clavados con los amigos y los primos, muchos años atrás, descubrí que no había olor y que las heces que blanqueaban las puntas sobre el agua eran tersas casi como nieve. Añoré mucho tiempo volver a poner las palmas de las manos allí. No recuerdo por qué no lo hice. No he vuelto.

La casa está un poco apartada del centro de la ciudad de La Paz. Se llega por una larga calle deshabitada y sin tránsito que nace del malecón. No hay luz eléctrica de faroles por ese camino y el asfalto está lleno de baches y agujeros que no permiten circular. Sólo se ven algunos camiones de carga pasar entre semana de la fábrica o al astillero. Mis tíos y sus dos hijos ocupan el segundo piso, dos recámaras amplias comunicadas a través del baño. Hay un largo pasillo exterior que da vista al mar y, a la orilla, una terraza. Luego una escalera que conduce al patio interior o al rellano justo al lado de una puerta protegida por un mosquitero. Es la entrada posterior a nuestro piso. Allí la cocina, la sala de estar con un televisor muy viejo que miramos por las noches, un corredor donde convergen varias recámaras, dos de ellas con baño.

No sé exactamente cómo nos arreglamos y dispusimos de suficiente espacio esos largos veranos junto al mar. Era costumbre ir a La Paz con mi padre y la familia de mi tío David. Entre ambos habían comprado un yate algo viejo pero que podía muy bien llevarnos por tres o cuatro días a excursionar por



playas vírgenes. Allí la arena se mantenía intacta, llena de un resplandor que hería por su ausencia humana. No distinguíamos entre una playa y una isla, no importaban los contornos y la geografía. Llegar a esos rincones en auto era tarea imposible y pocas embarcaciones fondeaban allí, quizá iban más lejos.

Nosotros le creímos al Veracruz cuando decía que era una isla ausente, nueva, sin descubrir. Azorados y sin esperar siquiera a que mi tío o mi padre anclaran, saltábamos y competíamos a nado hasta tocar la orilla. Entonces nos atrevíamos a explorar la isla desierta. Con su pelo ensortijado, oímos al Veracruz darle un nombre, cavilábamos en su ocurrencia y sus buenos inventos, pero el nombre estaba allí, puesto desde antes en esa carta marítima preventora de bajos o escollos. Nos asombraban esas largas dunas de arena donde pasábamos el día revolcándonos, la transparencia del mar por el que caminabas largos tramos sin mojar apenas las rodillas, de repente una anguila obstruyendo el paso y obligándonos por un instante a permanecer quietos, el salto fugaz y perfecto de una mantarraya a la que no distinguimos sumergida, alguna aguamala de un azul turquesa que se confundía en el agua, el cielo puro, sin nubes, y el sol encandilado en los hombros.

Por la noche, si el Veracruz veía bien y aceptaba, nos quedábamos mis primos y algunos amigos, mi hermana y yo a acampar. Nos preparábamos para dormir a la intemperie. El Veracruz nos hacía una enorme fogata y yo sabía que mi madre observaba las llamas desde el yate, quizá le advertía a mi papá de algún peligro o le decía algo a su hermana Frida. Era una lástima ver cómo caía la noche y se esfumaba el mar, a las ocho no se podía ver nada. A un palmo de la mano no revelábamos las caras de los otros y el Veracruz entonces encendía los leños que habíamos juntado por la tarde. Los hacinaba y los prendía. La hoguera duraba tantas horas que nosotros no la oíamos chisporrotear y apagarse.

Acucillados o sentados sobre la arena lisa, contábamos historias; el Veracruz las decía inmejorablemente y podíamos sumergirnos en ellas oyendo el quejido del mar y las olas buscando acercarse. El mundo se demoraba mientras, reunidos por horas, adivinábamos el contorno del yate dormido. Yo atisbaba los rostros entre las llamas con la misma sensación del que se expone y tiene cerca el caos o lo informe. Aspiraba el aire dimanado en lo oscuro y sobrevenía la angustiosa intuición que es la carencia de lo humano.

Sin darme cuenta de que se había levantado, sentí el peso de Mauricio cayéndome encima; su cuerpo demoliendo la quietud de la noche.

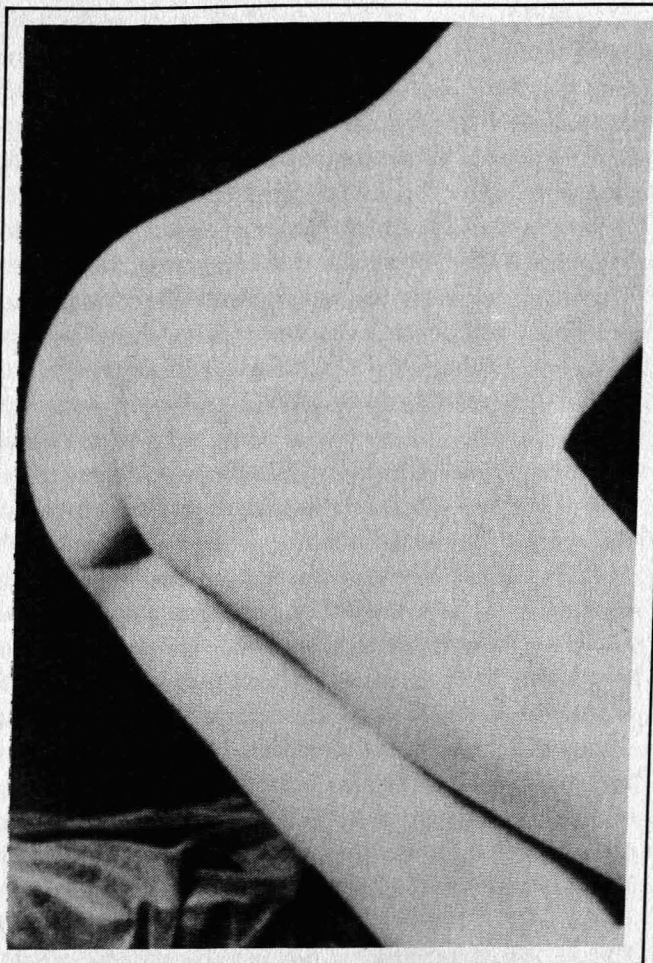
—Basta, despiértate —me dijo descubriendo las sábanas—. Vamos a desayunar antes que vengan otra vez y se enojen —Y mirando el reloj que hay sobre el respaldo, gritó a mi oído:— Cabrón, ya pasan de las once.

Observo su cara pero no lo atiendo.

—No tengo hambre, no chingues —le contesto.

—No importa, yo sí tengo hambre. Levántate antes que tu abuela venga otra vez.

Bostezo y me estiro después de que Mauricio se quita. Me duele horriblemente la nuca, no sé si es el golpe o la mala posición en el sueño. Nos ponemos unos shorts y unas camisas delgadas y salimos del cuarto. Se oyen los gritos y el alboroto



que hacen los primos en la cocina. Miro a mi madre que prepara algo junto a la estufa.

—Otra vez desvelados —dice.

—No tanto, mamá —respondo.

—No tanto, señora —repite Mauricio como un eco.

—¿A qué horas llegaron? —pregunta la voz inoportuna de mi hermana.

—Temprano —contesto y luego me arrepiento de responderle a ella que no merece por su edad ningún trato.

—Temprano, temprano —oigo la voz de mi padre molesto.

No digo nada. Prefiero no contestar. Mi tío David mastica. Los demás empiezan a discutir los planes del día que quieren pasar en el centro. Mi padre vuelve al periódico. Oigo la voz de mi tía Frida que nos dice:

—Siéntense a comer. Hay huevos a la mexicana, quesadillas, frijolitos, fruta, ¿qué quieren?

—Yo nada, gracias —contesto sentándome a un lado de Emilio, su hijo.

—Gracias, yo ahora me sirvo —dice Mauricio.

Sabemos que a ambos nos gusta Frida; también le gusta a Jaime, a Hugo y a Héctor mi primo. No tiene más de treinta y cinco y se conserva muy bien: cada verano es el mismo para ella y para los que miramos cómo se pone, escrupulosa, el bronceador. Lo unta como si supiera muy bien que la observan. Quizá lo sepa. Mis primos, los dos menores que yo, y mi hermana, no pueden imaginar nuestros ojos lascivos y nuestros comentarios. El verano pasado comencé a oír las ocurrencias de mi primo Héctor, antes yo sólo buscaba a Frida de ma-

nera afectuosa, tierna, como a la hermana de mi madre, muy parecida a ella pero mucho más joven, más atractiva, mejor conservada. No había reparado en lo que me seducía su presencia hasta que, tembloroso, me quedé solo con ella.

Eran los últimos días del verano pasado. A las cinco o seis de la tarde una lasitud placentera caía sobre los cuerpos y los amodorraba. Había una humedad proveniente del mar y del muelle cuando llegué y no oí a nadie en la casa. Me asomé a las recámaras del primer piso, subí al otro y sólo encontré a mi tía recostada en la cama, un ventilador apuntaba. Vestía un camisón corto y se hacía algo en las uñas de los pies. Mi actitud era la misma, natural, serena: ella era para mí el reverso de mi madre, su semejante, y yo apenas reparaba en su cuerpo, lo distinto que éste me hacía frente a ella. Me pidió que la ayudara; me senté en el borde de su cama y comencé a frotar sus uñas con una lima. Ella se estiró, recargó sus brazos en la almohada en señal de cansancio. Por momentos me miraba, presentí o imaginé que me miraba. Creí que su deleite era observarme y mi sexo de pronto se abultó. No supe si ya lo habría notado. Me puse nervioso frente a esa mujer que continuaba siendo mi tía. Seguí mi tarea sin perturbarme, por momentos veía sus piernas desnudas, las pantorrillas torneadas, el camisón flojo. El calor de la tarde empezó a sofocar y oprimir la recámara. A pesar del ventilador sentí dilatarse los poros de mi piel; me sudaba la camisa y la frente. Tenía una mano posada bajo el empeine de su pie, deteniéndolo en el aire, muy frágil, como un cristal fino y rompedizo que debía limar arduamente y no dejar caer. La suavidad del quehacer quizá la avergonzó y sólo escuché cuando me dijo: "basta, gracias Federico". Me despedí como pude sin atreverme a mirarla disimulando con una mano el sexo. Bajé a saltos las escaleras hasta tocar el rellano, vi cómo no había llegado nadie. Entré a la casa, pasé el corredor y me metí en el baño. Sentado en la taza, empapado de sudor, me masturbé. Entonces comprendí las ocurrencias de Héctor y los demás, pero no les diría nada. De vuelta, en la ciudad de México, me dediqué a mi práctica pensando en Frida, haciendo memoria lúcida de cada detalle en el cuarto mientras limaba sus uñas: cada paso y las secuencias por donde atisbaba mi recuerdo eran de una violenta voluptuosidad. Me hería y abundaba en ese placer hasta agotarme. Había caído en el deseo del pie de Frida y no abrigaba en lo íntimo otro sentimiento que volver pronto en verano a La Paz.

Esta vez mi atención estuvo volcada en mis amigos y en las fantasías más disparatadas de Héctor. Compartía con ellos su impaciencia y su ardor por mi tía. Cuando ella no se daba cuenta posábamos los ojos sobre su cuerpo. Yo la contemplaba largamente caminar por el muelle y las excursiones del yate se hicieron distintas para mí, sólo esperaba con impaciencia que se asoleara junto a mi madre, sus movimientos cuando se untaba el aceite o hablaba con alguno, los besos que le daba a mi tío David. También cuando salía de un camarote a secar con la toalla los cuerpos de Aarón o de Emilio, sus hijos. Las últimas semanas me quedé en casa cuanto pude. Regresaba temprano del mar esperando no ver a nadie y hallarla. Era una lucha a muerte por encontrarla sola en la casa.

Mauricio come rápido y no se detiene sino para mirarme de

rejo. Se han levantado de la mesa y sólo mi abuela está sentada frente a nosotros.

—¿Tú no vas a comer nada, Federico? —preguntó.

—No gracias —lo repito por enésima vez en la mañana.

Mi madre y mi tía lavan los trastes. Se les oye hablar y reír. No quito la mirada de ellas mientras tomo de la mesa un jugo y sorbo. Desde el vano de la puerta oigo el grito de mi padre y mi tío:

—Apúrense mujeres, estamos en el coche.

—Yo no voy, me siento mal, no dormí anoche —dice mi tía; y dirigiéndose a mi madre—: Creo que mi iré a recostar, Raquel.

—¿Qué, no oyen niños? —dice mi abuela levantándose despacio de su silla—. Apúrense que los van a dejar.

—Yo mejor voy al muelle. Me dijo el Veracruz que iba a estar por ahí.

—Si tú no vas yo no voy —oigo a Mauricio.

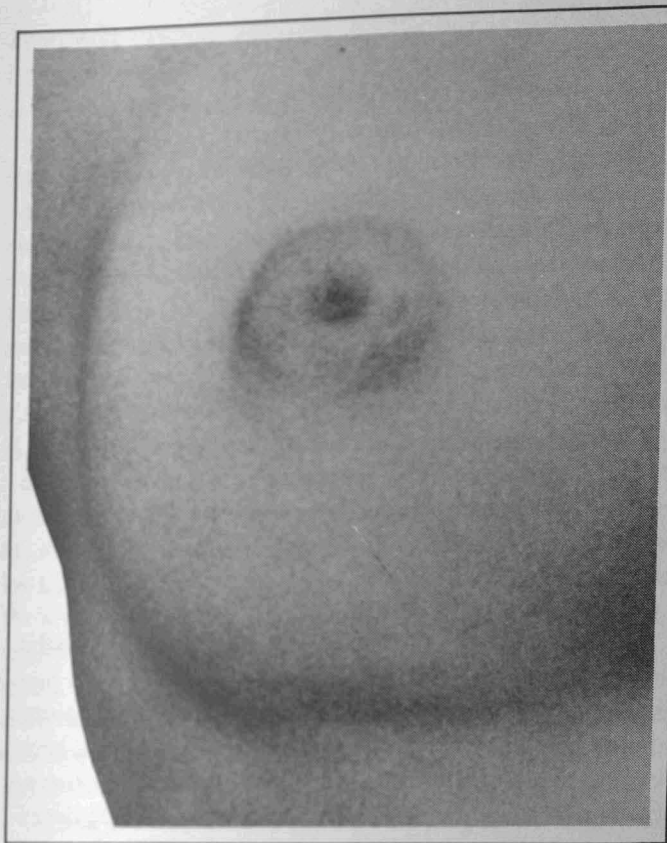
Sentí un calosfrío y aparentando tranquilidad, le digo:

—No, tú vete, querías comprar algo.

Sólo quedan Frida y mi abuela en la casa. Me dirijo al muelle al tiempo que los miro marchar; tal vez encuentre al Veracruz dormitando la siesta o pescando. Entre la polvareda veo a Mauricio hacerme una seña por el vidrio del auto, sonrío y me enseña los dientes. No sé que pueda significar ese gesto. ¿Lo de anoche, el secreto de Jaime, Hugo, Héctor, él y yo? ¿Sabía acaso por qué me quedo? ¿Se lo piensa decir a los demás? No, creo que no puede sospechar por lo que ando al acecho.

Ni siquiera piso el muelle, pierdo de vista el auto y doy la media vuelta. Cruzo el terreno polvoriento donde dejan los coches, después del patio. Me detengo en el solar y todavía no me decido. Por fin subo al cuarto de mis primos en busca de algo que ahora mismo tengo que inventar.

Hace pocos meses se fue Epifania. No hubo razón, o la recuerdo apenas. Aquel hombre se la llevó para siempre. Hoy no hay nadie en casa, sólo una mujer sin nombre, de un pueblo impronunciable, que lava la ropa. Sé que está allí, absorta, en el cuarto de planchar, trabajando. Olvidada del mundo y de que existe. Trabaja tenaz, inconsciente. La observo; no logro permanecer un segundo a su lado. Estoy solo en la casa porque es como si ella no existiera; aún más: yo he decidido que no existe. El espacio es inmensurable si estoy quieto, si no actúo. Paseo por todos lados y no logro consumir la soledad. Hay un hartazgo de soledad en mi cuerpo. Me acerco otra vez a ese cuarto donde Epifania solía oficiar al calor; desde los vidrios empañados contemplo a la nueva mujer, de espaldas a mí. Ni siquiera me oye. Estoy parado aquí afuera, tras ella, y no lo sabe. Esta mujer está sola, es mayor y no puedo compartir mi soledad con ella. Me angustio, me voy, no paro de rondar el jardín. Mengua la tarde y una lasitud extraña invade mi cuerpo. Sólo hay placer allí, en el raro dolor que me invade. Quiero llorar y no sé hacerlo, llorar por alguien.



Abro la puerta y entro a casa. Los muebles, las mesas, los cuadros, todo está en orden e inmóvil. Me impaciento. Subo los escalones, escucho el timbre del teléfono. Descuelgo, nadie. No logro consumir la soledad, entrar a sus resquicios profundos. Epifanía se fue y es la obsesión que me consume y no olvido. No dejó la casa, ella lo sabe: me dejó a mí, sobre la cama, yaciente, aguardando por las noches sus caricias. Preferió a aquel hombre del que ella un día me habló y del que nunca volvió a pronunciar una palabra. Y del que tampoco yo le pregunté. La esperaba sencillamente por las noches, esperé siempre unos pasos. Los oigo, alguien sube, abre la puerta del cuarto y me reza una oración: *Baruj Atá Adonái*. Es mi madre, no eres tú. No sabe que debieras ser tú y no ella la que sube por las noches a cubrirme. Me aferro a su cuerpo, le suplico y no la dejo ir. Por fin sale del cuarto y es como si salieras tú. Ambas se van con un hombre. Otra vez el espacio es inmensurable si estoy quieto y no actúo. Las ventanas y las lámparas del techo están inmóviles, en su sitio. Me impaciento. Doy vueltas y no consumo tanta soledad, tanta angustia atenzándome; engendro sólo pesadumbre y no lloro porque jamás sabré llorar por nadie.

Camino a la recámara de mis padres y entro. Voy al vestidor, he cerrado ambas puertas. Junto al ropero se encuentra el baño, hay allí un enorme espejo frontal y la estancia se refleja completa. Me acerco, tengo once años. Me observo, me detengo absorto en la imagen, no soy yo, íntegro: eres fatuo, estás encarnado, no eres yo. Me parece demasiada simulación, pensar que soy yo y entonces sucumbo despacio, un poco livido pues no soy yo precisamente el que estoy en el reflejo. Hay morbidez; el que miro no sabe que existe morbidez y tristeza bajo los cuerpos. Yo apenas lo descubro, empiezo a develar el mío, el que miran siempre los demás, el que sólo conozco por

los ojos ajenos: me lo dicen ellos si los quiero descifrar. Sobre el lavabo una mano encuentra un lápiz labial. Lo percibo, no lo miro. Cilíndrico, alargado, metálico. Lo destapo con la punta de los dedos. Encuentro sus ojos, seguramente son cuatro tropezando pero yo sólo contemplo dos. Nace la intuición de que les gusto, sí, les gusto, me piden algo. Alzo la mano que coge el lápiz labial y me pinto los labios. El que se pinta es otro, otra. Se pinta para gustarme a mí. Lo hace delicadamente, no quiero mancharme. Me guía otra mano, la que ahora veo, más audaz. Observo sus labios rojos, cómo se abultan. Tiene una boca hermosa, frágil y poco húmeda. Estoy absorto en lo que hago, en sus manos blancas y delicadas. Ella se pinta los labios por primera vez, es muy joven aún, acaso tiene mi edad. Hay ternura en sus ojos, compasión, retraimiento. Como yo, está muy sola, no sabe qué hacer con su cuerpo y busca agradarme. Por eso se pinta los labios. Me veo: qué bella es. Me inclino y aparto por un momento la mirada de sus ojos, ya no sé si me mira, aún no sabe que lo hago por ella. Tomo otra pintura, con la punta de los dedos, apremiado, la destapo y la acerco hasta el borde de mis ojos. La miro, aguarda. Extiende las cerdas negras del cepillo, peina en espiral, hacia afuera, las pestañas caídas. Lo hago un poco mal, se limpia. Con esmero repite el movimiento. La veo más bonita. Otra vez bajo la mirada, ella la baja, pudorosa, y rebusco entre los frascos y los tubos de mi madre. Saco de un estuche un polvo rojo muy delgado; junto hay un rosa tenue. Ella sabe cómo me gusta el color distendido sobre la piel de los párpados y pasa meticulosa por ellos la esponja. No tengo los ojos acostumbrados y siento que me arden; veo que a ella le arden también. Se empolva las mejillas, aspiro sin querer y me sofoco un instante: ella tose. Guardo todo y lo acomodo en el lavabo pulimentado y frío. Noto la tensión y la impaciencia en mis manos. ¿Lo verá ella? ¿Sospechará de mi prisa o también ella la tiene, muy íntima, amorosa, sin decírmelo?

Me acerco otra vez, ella lo hace, se encuentran nuestros ojos y sólo pienso que es más hermosa que antes. Le brilla el rostro y no logro despegar la vista un minuto de la filigrana escondida de sus dientes. Me desvisto, me desabrocho el pantalón, me bajo el cierre. Tiro los zapatos a un lado. Me deshago de los pantalones sucios, de la camisa, de los calcetines y el calzón. Me dirijo hacia el ropero, estoy ansioso, no quiero que vaya ella a impacientarse, note mi ausencia o se fije en mí al hacer cosas distintas. Todavía no entiende que lo hago por ella. Abro las repisas de mi madre y poco a poco saco algunas prendas que no había visto antes. Un corsé de seda, unas medias, una mascada, un sostén negro y unos calzones. Voy a otro ropero donde cuelgan los vestidos. Los paso rápido, los miro apenas. Sé muy bien cuál es el que ella debe llevar: el que más disfruto ver puesto a mi madre. Por fin doy con él y lo quito de su gancho. Es rojo, muy oscuro, y va de acuerdo con las sombras que se ha puesto y el rubor.

Los dos estamos solos. Me pongo el corsé negro con breves tirantes a los lados. Su contacto es terso y me cubre el frescor insospechado de la tela. No volteo; no permito que ella me mire y no quiero darme cuenta si lo hace, si a hurtadillas me espía. Cuando ella acabe de ataviarse y me llame iré a verla. Me pongo las medias y tropiezo al subirlas. No importa, me

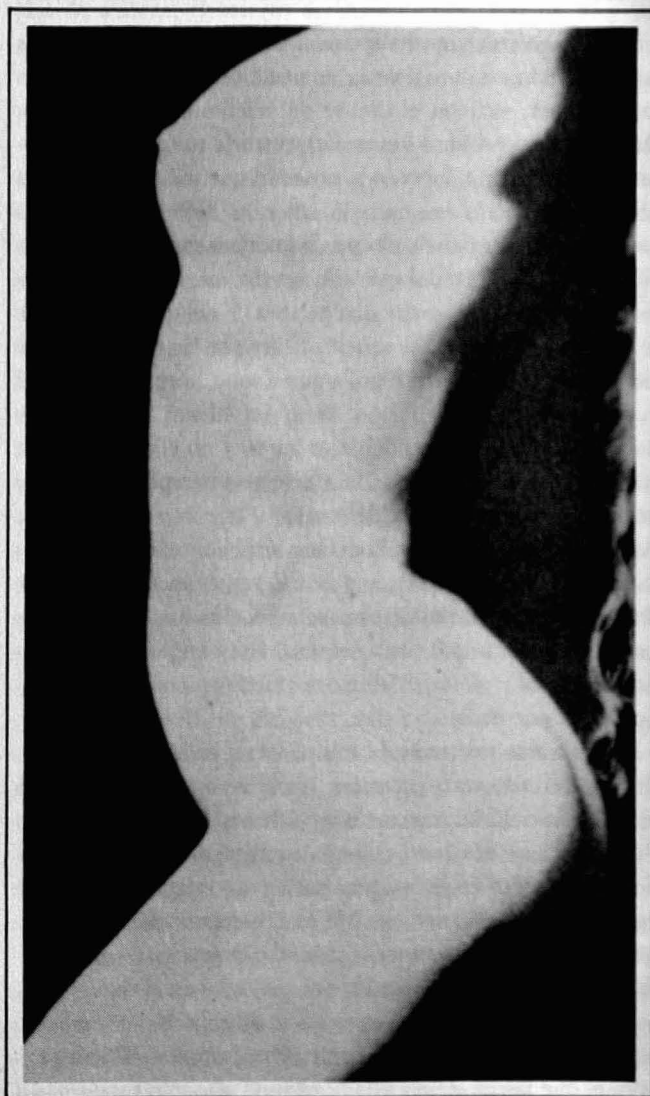
incorporo, obedezco a mi prisa. Estamos solos en el vestidor dentro de la recámara de mis padres. El espacio es inmensurable si estoy quieto y no actúo, lo sé. Por eso no me detengo; me pongo de inmediato el brassiere y lo ajusto; tomo del rincón los calcetines que están con mis zapatos, los hago una bola y con ellos relleno el sostén. Me encojo y alzo de la alfombra el corsé, la seda está fría y logra atravesar las medias y tocarme la piel. Me pongo el vestido por encima, me dirijo otra vez al ropero, de rodillas busco unos zapatos de tacón y sentado en el suelo me los pongo. Miro la mascada a mi lado y la cojo; se me cae luego de ponermela y la dejo allí con las demás prendas. Respiro hondo, trato de calmarme, necesito aire. Estoy nervioso y no hay razón, no debe haberla, ella aguarda, sí, volteo y la veo lejana, mirándome desde lo más hondo. A la distancia sus ojos parecen más hermosos aún. No aguardo, me acerco un poco y trastabillo. Quiero impresionarla y no sé cómo hacer, le sonrío y ella también sonríe. Se ha vestido sólo para mí; cuando no miraba se atavió para agradarme, para contemplar largamente su cuerpo núbil y deseable. Me quiere, me desea, busca salvarme. Comprende más que nadie mi desesperación, la ruina de saber que estoy solo. Conoce mi soledad y mi vehemencia, mi pesadumbre de los últimos meses y su causa: Epifanía. Me da tristeza saber que lo comprende; me ama, sí, y por primera vez siento la nostalgia de algo, quizá sea por alguien que me amó antes, tal vez porque jamás me amaron. Lo que ella ha hecho, y su deseo, son para mí, para que al fin la posea y ser yo el primero. No sé cómo hacerlo, no conozco otro cuerpo más que el de Epifanía, a quien amé siempre vestida.

Tengo los ojos fijos y atónitos, entiendo que ella espera, aguardó a que mis padres me dejaran solo: nadie me ama, sólo ella; ahora lo sé y está por fin allí, frente a mi cuerpo pequeño. Subo al lavabo y empujo algunas cosas. Caen, las oigo, no importa. La miro sobre el lavabo a ella también, sus piernas, es casi una niña. Me acucillo como hace ella. Tiene el rubor puesto y se ha encendido más, no ha dejado de observar cómo la contemplo, cómo aguardo su cuerpo tembloroso y enjuto. Me levanto el vestido y veo sus piernas delgadas, lampiñas; se dejan ver a través de las medias. Sujeto el borde mismo del vestido con la boca, lo muerdo. Me recargo en ella y retiro la mano pronto: es muy fría, prefiero no tocarla. Me acercaré a ella sin sentirla. La amo, es quizá la primera a quien amo realmente y me duele. Desde que la reconociera allí, en el vestidor, tengo el diminuto miembro duro.

Como mi madre, con sus mismas ropas, ella se ha vestido y pintado para mí. Del estrecho corsé sale mi verga. De pronto la miro a ella levantarse el vestido, la sigo y aguardo a que se decida y lo haga, sin embargo ella espera con obediencia mis movimientos. Tallo la mano contra mi miembro, lo sobo torpemente, busco acercarme a ella un poco, arrimar mi cuerpo lo más posible sin tocarla. Nuestros ojos se encuentran: hay amor verdadero y dulzura en los suyos, me conoce, sé que me ama, y es indefinible mi excitación. Hay un deseo profundo en su cara, en sus pestañas que ha alargado para mí y ahora están tiesas, las siento. No aguanto más, suelto el vestido que muerdo, ella lo suelta también, y pongo mi boca sobre sus labios. No sé besar y hace frío al contacto. Ella soporta mis

labios frágiles y poco húmedos. Sigo friccionando mi sexo y con la mano libre vuelvo a levantar el vestido, ella lo hace, y por fin sé que estoy a punto de descargar, lo se por mi respiración. Mi cuerpo resiste por un segundo, jadeo, no sé por qué lo hago, la miro: sufre, me lastimo un poco. Hace una mueca, me quejo. Hay un murmullo acompasado. Escucho pasos subir la escalera, es un ruido formidable. Comprendo qué sucede: la miro asombrarse. Estoy saliendo, sí, me desperdigo sobre ella, sobre el lavabo, contra el espejo. Oigo golpes en la puerta. Fricciono un poco más la mano, levanto la vista y la descubro a ella, sus ojos descubren los míos. Escucho la voz de mis padres, inconfundible, que golpean más fuerte. Oigo mi nombre y ella exánime dice: "Ya voy, ahora abro". Sabe perfectamente que la quiero, que la amo. Bajo como puedo del lavabo y me dirijo hacia la puerta. Se ha ido.

Al llegar al descansillo del segundo piso me siento débil, atenazado el cuerpo, sin fuerza apenas para mover los pies. Me acerco a los visillos sucios del cuarto de mi tía. Me asomo y la veo recostada. Lleva puesta la misma ropa que le había visto en la cocina. Descubro la pereza mortal de su cuerpo agitado por la respiración. Muy pronto se ha quedado dormi-



da. El ventilador le apunta el rostro y mueve ligeramente su largo cabello, por un instante el aire sacude sus pestañas. Duerme o aparenta el sueño.

Bajo torpemente, entro a la cocina y tomo una rebanada de queso que está sobre la mesa. Prefiero salir. Mi abuela duerme en alguna recámara, hay un silencio y una sola respiración en la casa. Es enorme el vacío: el de alguien que la ocupa y, sin embargo, una mudez habitándola, el hueco que dejan los cuerpos yacientes. Están allí compartiendo contigo y a la vez ausentes del mundo. Su presencia es la del sueño, la del espectro del sueño, y no comparten con nadie la mortalidad. Están, sí, pero en otro lugar, apartados; no ocupan tu espacio, viven el sueño del cuerpo, nada más.

En la exasperación del letargo salgo al muelle. Encuentro el astillero olvidado, un astillero sumergido en otro tiempo y como a punto de extinguirse en el calor. Lo cruzo y camino por los tabloncillos mohosos donde están sujetas las embarcaciones. Me acerco a la última, el yate está solo. Le grito al Veracruz, seguramente duerme. Salto a la popa luego de jalar fuertemente las sogas. Las pequeñas puertas del compartimento están cerradas. Toco en las ventanillas y no me responde nadie. Doy la vuelta al yate y cansado me tumbo en la borda. Me duermo.

Oigo la voz festiva del Veracruz. Le pregunto la hora. Hablo con él y recuerdo a Frida: la razón por la que estuve esperando y decidí no ir con los demás a la ciudad. Debía volver a casa y mirarla sin perder la ocasión. Terminaban los días cerca del mar y quedaban largos meses de irritación por no haberla espiado. El Veracruz rió entonces mostrándome sus dientes descascarados y removiendo en el gesto su cabello sucio.

Crucé el muelle, en algún sitio resbalé en la humedad de las tablas y me hice daño. Pasé el astillero y encontré a una pareja bebiendo botellas enormes de cerveza. Seguí hasta la franja empolvada entre los autos. Al llegar atrás, en el patio, dudé un minuto. ¿Y si ella ahora estuviese abajo platicando con mi abuela o ayudándole en algún quehacer, obligada? ¿Y si continuaba dormida? Me acerqué al rellano, muy cerca de la cocina, y por los cristales no vi a nadie, seguía igual la casa, en su letargo, desamparada. Aspiré hondo, sentí encogidos los pulmones. Me asfixió el polvo y quise toser. Hacía un calor indescriptible. Comencé otra vez a subir los escalones, más allá de la mitad de la escalera oí el ruido lejano, el chorro gigante de la ducha. Me temblaron por un momento las piernas y con esfuerzo pude subir sin hacer ruido; nadie me oía y mi sigilo era absurdo. La abuela no podía subir, estaría aún dormida y al despertar se empeñaría en su labor. Continué por el corredor pasando la recámara de mis tíos hasta asomarme a la terraza. Volteé hacia los lados y no había autos en las calles; lejos distinguí a la pareja de bebedores y al Veracruz que los acompañaba y reía con ellos. De pronto él giró y creí ver un guiño. ¿Me había descubierto? ¿Acaso sabía de mi deseo impaciente? ¿Se lo contaría a ellos y estaría burlándose de mí, de este ardor obstinado por Frida? Ahora luego de todos estos años, estoy seguro de que él también miraba complacido el cuerpo de mi tía asoleándose en la borda, y tal vez el cuerpo de mi madre.

Después de observar si un auto venía, giré y a ocultas entré

a la recámara de mis primos. Oía con claridad el caer del agua, imaginaba su rompimiento en los hombros desnudos de mi tía. Cerré la puerta tras de mí y en el hosco silencio quebrado por el chorro, me acerqué a la puerta del baño que también daba acceso a la otra recámara. Conozco con detalle lo que ahora debo hacer. He aprendido los pasos y las señales a seguir. Me laten las sienes, percibo cómo se alteran las venas del cuello; hay un hormigueo insistente en mi pecho. El mundo sucede, está por suceder ante mis ojos y espero. Contengo la respiración cuando oigo las llaves de la regadera y el sonido del agua parar, detenerse en sus hombros. Estoy hincado frente a la puerta, me arde un poco la rodilla, tengo un ojo puesto en la pequeña hendidura que alguien ha hecho de un golpe. Ella se seca dentro del confin de la regadera y ese fragmento no alcanzo a mirarlo, sólo después la contemplo, cuando ella viene al umbral y su cuerpo queda vivamente iluminado y sé que *no debo descubrir la desnudez de la hermana de mi madre, es carne de mi madre**. La descubro aunque el espacio es angosto y su piel parece rozar levemente el borde de madera. Por centímetros la toco. Un vapor caliente se desprende del baño y lo huelo: es el olor de su cuerpo. Frida está allí, enfrente mío; el sitio queda empañado. Alzo ligeramente la vista para encontrar la redondez inaudita de sus senos. Las areolas del centro aún más redondas, una circunferencia perfecta y rosada que aprieta delicadamente con los dedos. Las veo enhiestas, los pezones puntiagudos. Sólo ahora me atrevo a pensar que ella sabía que la estaba observando, que su cuerpo reclamaba ansioso la seguridad de mis ojos puestos sobre él. Bajo los shorts siento mi pene abultado. De espaldas a mí la miro levantar una pierna en la taza del inodoro, ella se seca con minucia asombrosa, el vapor que se ha acumulado amortigua su piel, gotas minúsculas de agua ruedan por su espalda vigorosa y bronceada. Contemplo sus caderas, sus flancos se mueven, quizá me llaman o saben de mi mirada fija en ellos, también de mis ojos puestos en sus nalgas duras y más blancas que el resto del cuerpo. Se pasa con demora o delicia la toalla. La observo detenerse entre las piernas y agachar la cabeza. Se seca el pubis que es un bulto negro y cerrado. Quitó la toalla, se inclina un poco más y se revisa. Sostiene unos cuantos segundos su mano allí. Ante la intensa luz que rompe el vapor la contemplo y es real, lo más real que he visto. Toma la toalla y con las dos manos en alto, estirando su cuerpo, la pasa por su cabello mojado. Cierra los ojos y hay gozo, estoy seguro, en su cara. Se seca y yo no dejo de apartar la vista de su cuerpo completo, puro y bien dibujado, el suceso que es verlo y casi poder sentir en las yemas la carne y poder estrujarla. Apenas respiro, debo ser cauteloso y no romper este encanto. Pongo mi mano y descubro mojados los shorts. Quito la vista de la hendidura. Con cuidado extremo me levanto. Me apoyo en el seguro de la puerta... ◇

Abro. Me observa mi madre. ◇

* Levítico 18, 13.

Eduardo Mendoza

Adriana Sandoval

En México se conoce poco a Eduardo Mendoza. Su importancia en España quedó firmemente establecida desde la aparición de su primera novela, *La verdad sobre el caso Savolta* (Seix Barral, 1975), que ganó el Premio de la Crítica. A partir de entonces, Mendoza ha publicado las siguientes novelas (también tiene teatro): *El misterio de la cripta embrujada* (1979), *El laberinto de las aceitunas* (1982), *La ciudad de los prodigios* (1986), *La isla inaudita* (1989), y *Sin noticias de Gurb* (1991), siempre con Seix Barral. Para establecer la importancia que en el ámbito español tiene este escritor barcelonés (nacido en 1943), basta mencionar que el resultado de una encuesta realizada en España, en noviembre de 1991, fue que, entre las novelas aparecidas en el posfranquismo, el primer lugar lo ocupa, precisamente, *La verdad sobre el caso Savolta*. *La ciudad de los prodigios*, del mismo Mendoza, se ubica entre los diez primeros lugares de la misma encuesta.

La verdad sobre el caso Savolta mezcla archivos políticos, supuestamente objetivos, con una tradicional tercera persona, mas partes en primera, desde el punto de vista de uno de los personajes (Javier Miranda), un hombre pusilánime y de no muchas luces, del que no pocos sacan ventaja. Además de la trama policial —como luego se verá en sus demás novelas, particularmente en *La ciudad de los prodigios*—, a Mendoza le importa mucho Barcelona, que aquí se ubica a principios de siglo, en el curso de la Gran Guerra.

No es raro encontrar en las novelas de este escritor personajes excéntricos, incluso locos, que desempeñan un papel importante. El primero de ellos, en *La verdad*, se llama Nemesio Cabra Gómez. Asimismo, parecen escenas y personajes de los bajos fondos barceloneses, que Mendoza utilizará posteriormente.

En *El misterio de la cripta embrujada*, inscrita en la tradición picaresca, así como dentro del género de la novela policiaca, salta a la vista un tono paródico y humorístico que desemboca en una crítica moral y social.

El narrador, que se autodefine, "y no de una forma alternativa sino cumulativamente", como "un loco, un malvado, un

delincuente y una persona de instrucción y cultura deficientes", es un pícaro catalán del siglo xx. Se le ha encargado, a cambio de su libertad, que desentrañe el misterio de las niñas desaparecidas. La situación es claramente absurda desde el inicio. La fuerte vitalidad del personaje le permite salir airoso de situaciones aparentemente imposibles. Mendoza parodia la proverbial sabiduría popular de los pícaros ignoros haciendo el suyo capaz de reflexiones como la siguiente: "me metí en la cama y traté de dormirme, repitiendo para mis adentros la hora en que quería despertarme, pues sé que el subconsciente, además de desvirtuar nuestra infancia, tergiversar nuestros afectos, recordarnos lo que ansiamos olvidar, revelarnos nuestra abyecta condición y destrozarnos, en suma, la vida, cuando se le antoja y a modo de compensación, hace las veces de despertador".

Así Mendoza construye un espacio entre las supuestas características del narrador, las peripecias en las que se ve envuelto, el ambiente y las anécdotas procaces, los bajos fondos, y el lenguaje que utiliza, lleno de tecnicismos, giros dieciochescos, argots, amplias descripciones, con un tono altamente retórico aunque nunca fatigoso, en donde se instala a sus anchas el humor. El resultado es una hilarante sátira de la sociedad española contemporánea y una parodia de los lugares comunes de las novelas y folletines policiacos. Al propio tiempo, la novela es un intento de recuperación, sumamente idiosincrático, de la Barcelona que Mendoza vivió, antes de su autoexilio como intérprete en las Naciones Unidas en Nueva York (1973-1982), de cuyo léxico y retórica se ha nutrido para sus fines literarios.

La ciudad de los prodigios, su cuarta no-

vela, retoma a un personaje de corte picaresco: Onofre Bouvila, vendedor ambulante de una loción para hacer crecer el pelo que también reparte propaganda anarquista. Así, en una construcción, Onofre muestra algunos folletos a los trabajadores. A la pregunta de "¿Qué traes ahí, chaval?", Onofre responde con soltura y naturalidad: "Es por si queréis hacer la revolución" (p. 44). Todo ello sucede en Barcelona entre 1888 y 1929, fechas de las dos Exposiciones Universales celebradas en la capital catalana.

La novela más reciente, *Sin noticias de Gurb*, relata, desde la primera persona, la búsqueda de un extraterrestre (Gurb) que se ha perdido en Barcelona, de parte de su compañero de viaje. La localización de Gurb se dificulta, dado que estos seres son capaces de modificar su apariencia adoptando la de cualquier humano.

El punto de vista del extraterrestre le da a Mendoza una distancia narrativa hacia los humanos en general, y en particular, los habitantes de la capital de Cataluña, desde la cual ejerce su habitual sentido del humor. Basta un ejemplo del primer encuentro del compañero de Gurb con los humanos: "Un dato sorprendente es que cuando yacen estirados continúan midiendo exactamente lo mismo. Algunos llevan bigote; otros barba y bigote. Casi todos tienen dos ojos, que pueden estar situados en la parte anterior o posterior de la cara, según se les mire. Al andar se desplazan de atrás a delante, para lo cual deben contrarrestar el movimiento de las piernas con un vigoroso braceo. Los más apremiados refuerzan el braceo por mediación de carteras de piel o plástico o de unos maletines denominados Samsonite, hechos de un material procedente de otro planeta. No debo volar ni andar sobre la coronilla si no quiero ser tenido por excéntrico. Nota: mantener siempre en contacto con el suelo un pie —cualquiera de los dos sirve— o el órgano externo denominado culo" (pp. 8-9). La adaptación del narrador extraterrestre al mundo humano es paulatina e hilarante.

Desde su primera novela, Mendoza ha manejado algunos de los elementos que han prevalecido en su ya nada despreciable producción novelística. Le interesa la intriga, el suspenso, la novela detectivesca, los bajos fondos, personajes locos, excéntricos, tontos y lumpen, la ciudad de Barcelona, la política —desde un punto de vista totalmente sacrílego e irreverente—; todo ello, con una fuerte dosis de humor negro y desde una mirada altamente irónica. Eduardo Mendoza es un escritor contemporáneo que no merece pasar inadvertido en el ámbito literario mexicano. ♦



Gabriel García Márquez: seis rosas peregrinas

Claudia Albarrán

Lo primero que fascina del último libro de García Márquez es su cuerpo: el tamaño de la caja, ni chica ni grande, que se acomoda fácilmente a las manos del lector, al bolso, al bolsillo de la chaqueta; el color verde que enmarca y protege al ramo de rosas; la blancura del cesto -maceta y basurero a la vez; el papel, el tipo de letra. Fascina también encontrarnos en el prólogo con un escritor de carne y hueso: obsesivo, insaciable, vicioso de la escritura, sí, pero a la vez indeciso, titubeante, lleno de incertidumbres. El prólogo da cuenta de ese peregrinar durante más de veinte años por cuadernos, notas, apuntes, borradores, cestos de basura; de ese tejer y destejer historias en búsqueda del relato o del libro de relatos perfecto. "Siempre he creído -escribe García Márquez- que toda versión de un cuento es mejor que la anterior. ¿Cómo saber entonces cuál es la última? Es un secreto del oficio que no obedece a las leyes de la inteligencia sino a la magia de los instintos, como sabe la cocinera cuándo está la sopa. De todos modos, por las dudas, no volveré a leerlos, como nunca he vuelto a leer ninguno de mis libros por temor de arrepentirme. El que los lea sabrá qué hacer con ellos. Por fortuna, para estos doce cuentos peregrinos terminar en el cesto de los papeles debe ser como un alivio de volver a casa". De alguna manera, todo este largo proceso de selección y decantación al que fueron sometidos los relatos queda simbolizado en la portada del libro: doce rosas rojas nacen del basurero, atiborrado de versiones e intentos fallidos. Pero cabría preguntarse si la simetría y la belleza de las rosas que ilustran la portada corresponde también a los cuentos que integran el libro. El único punto de enlace de los textos es que narran las extrañas aventuras que le ocurren a los latinoamericanos en Europa; son rincones de un abigarrado mapa mundi que, gracias a la mirada del escritor colombiano, cobran vida, relieve, dimensiones humanas. Los espacios acartonados por el trazo firme del geógrafo se desparraman en parques, callejuelas, cafés, cementerios y plazas para dar lugar a las más raras y extraordinarias aventuras. Pienso, por ejemplo, en el hombre que por toda Roma carga auestas el féretro con el cuerpo incorrupti-



ble de su hija muerta para su beatificación ("La santa"); en la vieja prostituta que enseña a su perro el laberíntico camino que lleva al cementerio con la sola ilusión de que, al morir, alguien visite su tumba ("María dos Prazeres"), o bien, en Nena Daconte, de cuyo dedo brota un hilo de sangre que colorea todo lo que encuentra a su paso ("El rastro de tu sangre en la nieve"). *Doce cuentos peregrinos* es, pues, un libro de aventuras que trastoca por completo la fisonomía de las ciudades, la vida cotidiana de los personajes que las habitan. Sin embargo, no todos los cuentos son rosas rojas ni sopas en el punto exacto de su cocimiento. Algunos no llegan a abrir sus pétalos y, aunque dejan ver esa pureza intocable de los botones, guardan recatadamente un secreto que escapa a la mirada de quien los contempla; no explotan la veta abierta en la cotidianeidad de los personajes y permanecen grises, apáticos, unidos al autismo de las ciudades. No podemos decir que no fraguan, sino que no se abandonan con el desparramo con el que lo hacen los tres textos que hemos mencionado antes o como "El avión de la bella durmiente", "Sólo vine a hablar por teléfono" y "El verano feliz de la señora Forbes". En estos seis cuentos García Márquez alcanza la perfección anunciada en el prólogo y hace de la ironía un instrumento digno de cualquier cirujano plástico. Es en ellos, quizá, en donde tendríamos que encontrar la razón que lo llevó a decir: *Doce cuentos peregrinos* es "el libro de cuentos más próximo al que siempre quise escribir". ♦

Gabriel García Márquez, *Doce cuentos peregrinos*, Diana, México, 1992, 245 pp.

ondo de Cultura Económica

Arturo Uslar Pietri

LA CREACIÓN DEL NUEVO MUNDO



Arturo Uslar Pietri
La creación del Nuevo Mundo



Esta obra reúne varios escritos del autor sobre Hispanoamérica, su originalidad cultural, la búsqueda multicentennial de su identidad, su contradictorio pasado, su difícil presente y las vías posibles de su porvenir.

De venta en librerías



Ríos de sal, de Ignacio de Alba

Armando Pereira

Por lo general, un primer libro de poesía, sobre todo cuando se trata del primer libro de un joven poeta, se mueve en un terreno pantanoso: o bien se abandona a una entrega inocente y descarnada o bien se estira en la más farragosa pedantería. *Ríos de sal* de Ignacio de Alba ha sabido evitar ese doble escollo. No se trata ni del fárrago de citas y espurios reconocimientos literarios ni tampoco de mostrarnos unos intestinos siempre a flor de piel. Aunque de una manera incipiente, y por momentos prime-riza, Ignacio de Alba conoce el oficio. Sabe que la poesía, para acceder a la subjetividad del otro, del lector que aguarda al otro lado de la página, debe ser ante todo imagen, debe propiciar un mínimo conocimiento del hombre y del mundo a través de la imagen. Y, en gran medida, este libro lo logra. No se trata, es cierto, de un conocimiento inédito o inaugural; tampoco lo pretende. Busca, más bien, aportar un gesto, un guiño, un acento, que de alguna manera profundice o aclare algo que ya conocíamos o vislumbrábamos.

Su cometido entonces es menor, pero no por ello menos loable. Más que intentar descubrir un universo nuevo o insospechado, su aspiración es mostrar una perspectiva, una vertiente, un aspecto no lo suficientemente denotado de algo que de una u otra forma hemos experimentado todos. Se podría decir que *Ríos de sal* nos ayuda a ver de otra manera lo ya visto. Y eso es algo que siempre habrá que agradecer a un poeta, sobre todo a un poeta que comienza.

Se trata de poemas breves que, más que condensar un cúmulo de metáforas complejas y entrecruzadas, intentan alcanzar una sola imagen. Son quizá como una ventana abierta para mirar un rostro, un cuerpo, a veces tan sólo una silueta que diluye sus contornos contra el fondo de un crepúsculo gris e incierto. Son poemas que hablan por su brevedad, pero hablan con fuerza.

Más que de una poesía de largo aliento, habría que hablar entonces de una poesía que crece y se consolida por su brevedad: imagen que condensa una visión, por momentos alucinada, de algo que está (o pudo estar) ahí, frente a nosotros, pero que al tratar de asirlo se difumina: como el humo, como el agua, como el viento: esas mate-

rias cuya huella, en nosotros, es tan sólo la huella de una ausencia.

Tal vez uno de los valores que habría que rescatar de este libro es el hecho de no proponernos nunca la visión de un universo acabado y perfecto. Ignacio de Alba prefiere —y compartimos enteramente esa preferencia con él— los contornos difusos, las sombras, las figuras apenas presentidas, las ausencias que rasgan la piel con una palabra inaudible. De esas ausencias —lo inasible, lo fugaz, lo etéreo—, que también

nos constituyen, es de lo que ha tratado de dar cuenta *Ríos de Sal*.

Es cierto que en sus poemas hay ecos de Rimbaud, Lautreamont o Vallejo, pero su resonancia por momentos se confunde con el Gorostiza de *Canciones para cantar en las barcas*. Sin embargo, habría que señalar también que ya, en este primer libro de poemas de Ignacio de Alba, se presiente una voz propia —unas veces dubitativa, vacilante, insegura; otras veces decidida, resuelta, enérgica—, pero que en todo momento busca incursionar, con sus propios recursos, por caminos nuevos e inexplorados. Es a esa búsqueda de una voz y un camino propios, que ya se presienten en los poemas de este libro, a lo que quisieran apostar estas notas. ♦

Ignacio de Alba, *Ríos de sal*, México, Ed. Praxis, 1992, 62 pp.

Contrapunto a cuatro voces en los caminos del aire

Helena Beristáin

La lectura de esta antología se presta especialmente para dar pie a muchas reflexiones de diversa índole; sobre todo respecto al mensaje de los cuatro poetas, y en cuanto a la novedosa estructura del libro, al mucho trabajo que representa y a la intención de la editora, implícitos en el conjunto. Y digo editora, porque toma a su cargo todas las responsabilidades de un material publicado por la UNAM, ya que selecciona, traduce, redacta la introducción, organiza, investiga sobre el contexto contemporáneo de los autores, y agrega opiniones y dedicatorias recíprocas o de críticos, comentarios aclaratorios ajenos y propios, y notas que explican problemas específicos de cada texto. De todo lo cual resulta un trabajo muy original, que es verdaderamente un modelo de antología, y que propicia una lectura profunda y contextualmente interpretativa. Hay mucha imaginación, inventiva, sabiduría y generosidad (característica de una vigorosa vocación para la enseñanza) en este libro. Su innovadora urdimbre responde a una calculada intención que, aunque es explicitada por la autora, rebasa nuestras expectativas.

Los sabios son, entre otras cosas, grandes maestros. Si alguien sabe mucho y no lo enseña, no es realmente un sabio sino un erudito. Dos sabios indiscutibles han expre-

sado opiniones inolvidables para mí, con respecto al "ser" del maestro. El Rey Don Alfonso décimo en *Las siete partidas* dice que al maestro toca leer los libros:

Bien et lealmente deben los maestros mostrar sus saberes a los escolares leyéndoles los libros y faciéndogelos entender lo mejor que ellos pudieren.

Y Galdós, en su novela *El amigo manso*, dice: "No hay enseñanza sin la divina amistad".

Leer los libros es, sobre todo para el maestro universitario (después de hacer paladear al estudiante la deleitosa lectura impresionista), guiar la lectura analítica en el sentido de la interpretación contextual, entregando simultáneamente al alumno la herramienta necesaria para que él realice esa misma clase de lectura sin auxilio, para que enseñe a otros a leer.

Lectura es el nombre de una estratégica disciplina vital que conduce a acendrar la calidad del hombre, radicada en la historicidad del devenir humano. Tal calidad histórica proviene de que el hombre es el animal que posee conciencia y comprensión de la vida y la muerte; conciencia y comprensión cuyo perfeccionamiento es motivo suficiente para que vivir valga la pena de vivir.

Pues bien, en la estructura de esta antología está presente Tatiana Bubnova, precisamente representando el papel de generosa amiga lectora o, en otras palabras, de maestra.

Los cuatro poetas antologados fueron contemporáneos, se conocieron, y están vinculados por su personalidad libérrima, por su carácter disidente, por su talante subversivo y por el trágico destino que estas particularidades comunes les impusieron.

El comunismo, la utopía final, resumen de todas las utopías, es decir, el sueño de la razón que imagina el "lugar que no existe", aparentemente fue alcanzado en este siglo por algunas naciones; pero fue alcanzado (hasta ahora lo sabemos) como quien logra un suplicio, pues fue sufrido —que no vivido— por décadas, en sociedades donde su soñada realización tropezó con la realidad de una vigilia macabra.

Apenas ahora tenemos noticia de la tortura denunciada desde entonces por las más aquilatadas sensibilidades poéticas producto de la cultura rusa de esa etapa que, vista sólo desde fuera, producía una ilusión de verdad, mientras que experimentada desde dentro significaba ser desaparecido o ser marginado y sumergido dentro del pantano de la persecución; significaba el terror, la deportación, el presidio, el estrangulamiento de la queja desgarradora, la excomunión de la sociedad estalinista, la asunción del destino maldito del poeta acallado, puesto que su esencia está precisamente en su voz, condenada a enmudecer o a discurrir clandestinamente por escondrijos.

Lo que realmente ocurría a estos poetas se daba dentro de un gran silencio de la sociedad amenazada. Y es mucho todavía lo que se desconoce y paulatinamente se irá sabiendo. Por ello es mayormente necesario todo el trabajo (antes descrito) realizado por Tatiana Bubnova. Por eso la selección, la traducción, el estudio introductorio, las notas propias y las ajenas, son incorporados como el pertinente marco contextual que propicia la lectura en el sentido al que alude el Rey Don Alfonso. Y la agregación de estos datos complementarios está motivada por la "divina amistad", generadora de la actitud enseñante que orienta los afanes del maestro en el sentido de las necesidades del estudioso.

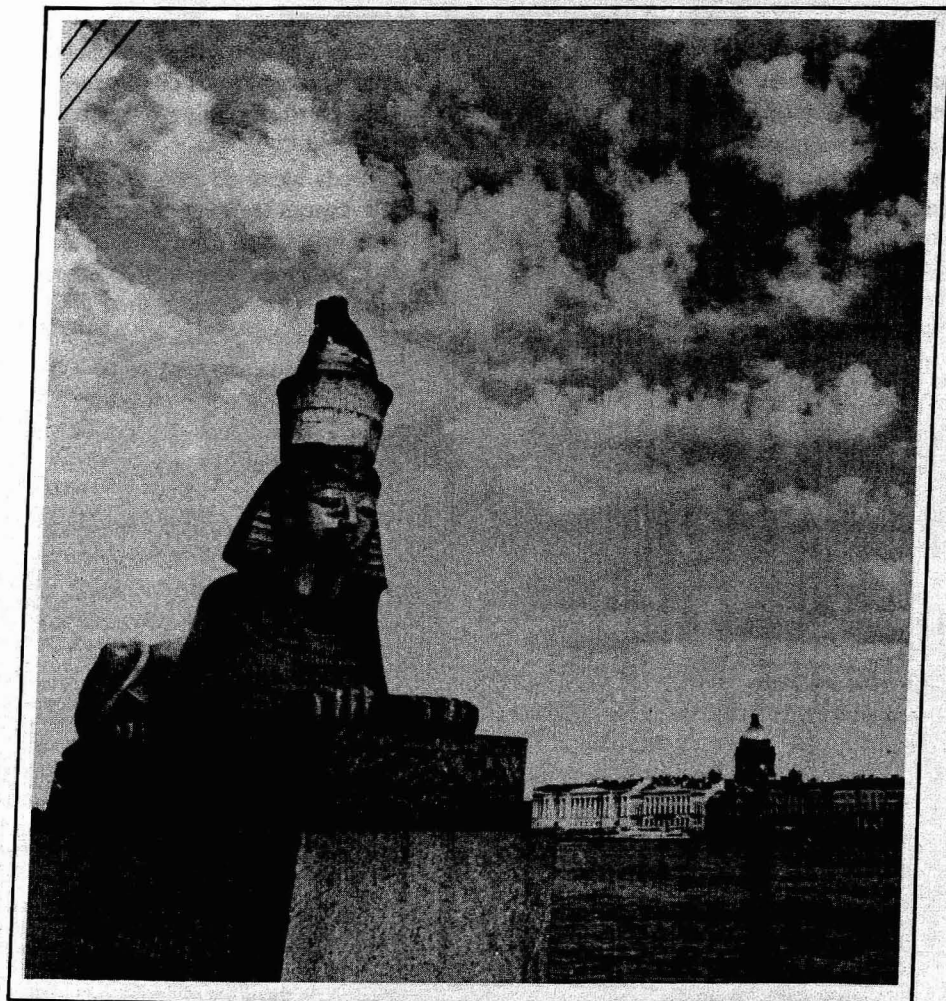
Así pues, cualquier persona puede afrontar este libro como experiencia estética sin más, o para descifrar, comprender, interpretar, llegar más allá de la letra, al caldo de cultivo cultural de donde procede, y a la meta, al blanco al que apuntaba la denuncia.

Porque nos pertrechan para luchar contra ese gran silencio, y ese gran desconocimiento de aquella realidad. Son parte significativa las referencias cruzadas entre los mismos cuatro poetas, y entre ellos y sus críticos contemporáneos.

El trabajo de investigación de T. Bubnova nos descubre lazos amorosos, de camaradería, de mutua lectura comentada: coincidencias de oficio o de perspectiva; rasgos convencionales (o anticonvencionales) que comparten algunos de los autores; dedicatorias y recíproco estímulo. Tales elementos constituyen una maraña de vinculaciones que nos sitúa todos esos datos en un horizonte que corresponde, en común, a los artífices del mismo momento de la misma cultura.

Pero, sobre todo, la autora nos descubre cómo los poetas comparten el mismo suplicio asignado por las supremas jerarquías de la burocracia a toda voluntad anticonformista y disidente, en aquel infierno social donde perecieron millones. Y este descubrimiento debería servirnos para reorientar la búsqueda (en la parte divina de los entresijos del alma humana) de la armonía y la justicia dadas en esta vida y en este planeta.

T. Bubnova nos procura, pues, en una nutrida y compacta introducción, mucho de lo que se precisa para comprender e interpretar los poemas, y hace explícitos sus motivos y su dadivosa intención, conforme acarrea los datos que son resultado de sus pesquisas: Por qué los elige a ellos y no a otros poetas. A qué corresponde su criterio de selección. Cómo realizó las traducciones. Y debido a qué, en sus explicaciones, reina ese criterio que delata su propio conocimiento. Como resultado, el lector se atreve a acechar el texto, expectante, aguzando la atención que ambiciona rescatar algo del aliento original, la cadencia, el fraseo musical que vehicula y enfatiza el mensaje. Por ejemplo en Ajmátova, en alguna singularidad sintáctico-semántica sospechosa de quiasmo y que de seguro no es casual: "Este siempre anda derecho, ...en círculo aquél camina..."; o de conduplicación: "Y el mundo entero ha sido su herencia - y él supo compartir con todo el mundo"; o en alguna onomatopeya: "Un poema, como repentino fragor, - irrumpe..."; o en la consecutividad enumerativa de oraciones breves que desfilan con su rotundo acabado entre la puntuación ceñida que subraya sus límites tajantes como los de una sentencia:



"En el entierro de una época - no se canta el fúnebre salmo.- Crecerán sobre su túmulo - abrojos, ortigas y cardos.- Los sepultureros trabajan - afanosos: les urge acabar"; y en el calculado efecto de desorden promiscuo dado por la enumeración caótica:

En la sombra morada descansan los traspacios, - las plataformas, las hojas, los leños, las nubes. - El silbo de locomotora, el crujir de una cáscara de sandía, - una tímida mano dentro de la cabritilla perfumada.

En otro caso, por ejemplo, en Osip Mandelstam, captamos cierta frecuentación de construcciones sintáctico-semánticas de igualdad relajada: "Hemos de morir en la diáfana Petrópolis, - aquí, donde gobierna Proserpina" ... "Nos toca morir en la diáfana Petrópolis, - donde tú ya no reinas, sino Proserpina"; o bien: "En las concordancias de un coro de doncellas - cada esbelta iglesia tiene su propia voz. - En los arcos pétreos de la catedral de la Dormición - reconozco unas altas y arqueadas cejas". Figuras, éstas, dispuestas a distancia y de modo asimétrico, por lo que contrasta la analogía semántico-sintáctica con la simultánea oposición distribucionalmente indistinta.

En cambio, en Mandelstam lo que mayormente impresiona es el sentido fincado en el material semántico, el estado de ánimo generado por una situación (en este caso escritural) como en el poema que habla del otro:

Tres veces bendito sea quien introduce en su canto un nombre. - El canto adornado de un nombre - vive más que los otros: - entre sus iguales será señalado con una cinta en la frente, - con una banda que cura la desmemoria, - que preservara de los olores demasiado fuertes y embriagantes, - sea olor a la intimidad de un hombre, - sea olor a pelaje de una bestia robusta, - sea simplemente olor a tomillo molido entre las palmas de las manos.

En este autor suele destacar la rara atmósfera de sus peculiares vivencias:

Jamás volveré a verte, - miope cielo de Armenia. - Ya no miraré, entornando los ojos, - hacia la tienda de campaña del monte Ararat, - en la biblioteca de los maestros alfareros - jamás volveré a abrir - el libro huevo de la hermosa tierra - en el cual estudiaron los primeros hombres.

Surgen en él percepciones *sui generis* de la naturaleza, suscitadas por movimientos rutinarios:

El aire puede ser oscuro como el agua, y todo lo viviente - nada en él como un pez, empujando con las aletas la esfera - densa, elástica, tibia; - es un cristal: en su interior giran las ruedas, se espantan los caballos, - se vuelve a labrar con horquillas, tridentes, palas, arados. - El aire está tan densamente amasado como la tierra: - no se puede salir de él, y es difícil entrar.

Asoman remembranzas donde la escena es rescatada con todos los sentidos:

Cuando yo era más joven, salía - con mi impermeable de hule - a los anchos paseos de bulevar, - allá donde andan gitanillas de falda larga, - y pasea un oso arrestado - en calidad de disidente eterno de la naturaleza misma. - Y olía, a más no poder, a lauroceraso.

Como siempre ocurre con la gran poesía, nos invaden impresiones peculiares que poseen, sin embargo, un estatuto de universalidad: "Ya salen de los saturados cines - las multitudes apáticas y venosas. - Parece que han sido cloroformadas - y necesitan con urgencia oxígeno"; y compartimos con Mandelstam una trágica experiencia de soledad:

...¿adónde habré de ir? - (...) ¿Será que me marean las puertas cerradas? - Quiero mugir ante cerrojos y candados. - (...) Me tropiezo comiendo el aire muerto. - y, febriles, levantan el vuelo los grajos. - (...) Y yo les sigo y grito, sofocado. - hacia cualquier cajón helado de madera: - ¡Dadme un lector! ¡un consejero! - ¡un médico! - ¡Una charla en la espinosa escalera!

En fin, participamos de su pasión por la conducta de calidad ética y por la congruencia, por el ejercicio del libre albedrío, como en el poema que le acarrió la desgracia y la muerte:

Si nuestros enemigos me aprehendieran, - y la gente dejara de hablarme; - si me privaran de todas las cosas del mundo: - del derecho a respirar, a abrir las puertas, - a afirmar que el ser seguirá siendo - y que el pueblo, como juez, juzga; - si se atrevieran a tenerme como una fiera, - si tiraran mi comida al suelo - no me quedaría en silencio, no callaría mi pena. - No: he de trazar en el papel lo que soy

libre de trazar;

y que termina diciendo:

Stalin seguirá destruyendo la razón y la vida.

En el caso de Marina Tsvetáieva también es posible rescatar, ya que no juegos de fonemas, sí distribuciones, repeticiones, oposiciones que subrayan el sentido, amén de una singularidad fincada en la entonación, avisada por exclamaciones, paréntesis, comillas, interrogaciones, presencia de la segunda y la tercera personas gramaticales, y congruente con su tendencia a dialogizar el discurso lírico, al grado de desarrollarlo mediante la figura de la "sujeción", que enlaza preguntas y respuestas.

Por último, en la lectura de los poemas de Pasternak, además de las elecciones formales que coadyuvan al efecto de sentido hacia el que nos conduce el poeta, aparte de la multitud de experiencias sensoriales que convocan la intensidad de nuestra atención, presentimos la densidad, la polisemia, la dificultad que nos fue anunciada en la introducción, y sospechamos cuáles son las líneas donde fue necesaria, precisamente por eso, la traducción literal. Pero de que se han sorteado con éxito los temidos obstáculos, al lector no le cabe duda, cuando topa con pasajes de soberbia belleza que obliga a permanecer leyendo y releendo: "el pavimento estaba candente. - La frente de la calle era morena, - y el canto rodado miraba de reojo al cielo. - el viento, como barquero, remaba en los tilos"; y luego: "Prometiéndome tormenta, se movían - las cejas de los arbustos, - y el cielo se cuajaba, al caer - en un trozo de la hemostática árnica." Y como conocemos el perfecto bilingüismo de la esforzada traductora, su notable dominio del español y su erudición en cuanto toca a la historia y a la teoría literarias, ni siquiera nos extraña que se recupere tanta substancia durante la lectura, junto con la sensación de íntima proximidad respecto de la vivencia comunicada por cada poema. ♦

Contrapunto a cuatro voces en los caminos del aire. Tatiana Bubnova. (Introducción, versiones, documentación complementaria y comentarios). Pequeña antología de cuatro poetas rusos: Anna Ajmátova, Osip Mandelstam, Boris Pasternak, Marina Tsvetáieva. México, Seminario de Poética del Instituto de Investigaciones Filológicas. UNAM, 1991.



GACETA UNAM



Información universitaria

Publicaciones
Entrevistas
Ciencia
Arte
Cultura



Dirección General
de Información

Se distribuye
lunes y jueves
550-59-06

EL COLEGIO DE MÉXICO

Alejandra Massolo
(compiladora)
Mujeres y ciudades.
Participación social,
vivienda y vida
cotidiana

Romana Falcón
(introducción y
selección)
**Actores políticos y
desajustes sociales**
Serie Lecturas de
"Historia Mexicana"

**Fernando Escalante
Gonzálbo**
Ciudadanos imaginarios
Memoria
de los afanes y
desventuras de la virtud
y apología del vicio
triunfante en la
República Mexicana.
Tratado de moral
pública.

Celma Agüero Doná
**África: inventando el
futuro**

PROXIMA APARICIÓN
Francisco Zapata
**Atacama: desierto de la
discordia**

Distribuidor exclusivo

Voices of Mexico

MEXICAN PERSPECTIVES ON CONTEMPORARY ISSUES

As the world's borders
fade, the warmth of Mexico's
modernity and vitality
lights up Latin America and
beyond. New and exciting
forces gain momentum
as older values are
reshaped and reaffirmed.
Voices of Mexico,
the most important
English-language
quarterly in Mexico,
brings you opinion
and analysis of the
world's currents as
they flow through Mexico.



Address publicity and subscriptions to:
Miguel Angel de Quevedo 610
Col. Coyoacán
04000 México, D.F.
Tel/Fax (905) 554-65-73.

La revista

Universidad de México

También está a la venta en todas las sucursales de

Sanborns



HUMANIDADES

Ciudad Universitaria, D. F., noviembre 11, 1982

Algo acerca de los libros LAS ILUSTRACIONES EN LOS LIBROS

Ensayo de la Tercera Vuelta
Instituto de Investigaciones Filosóficas

En algunos de los libros, escritos a mano, suelen aparecer ilustraciones, pero éstas se generalizan, han sido en el siglo XIX. Las más sencillas y bellas aparecen con los evangelios, en las que figuran en colores algunos Cristo, los apóstoles, los evangelistas y los animales del Apocalipsis. También aparecen en los libros de canto, que son obras de concordancias. Las letras iniciales de los párrafos son generalmente mayúsculas pintadas de rojo con minúsculas en negro, en Bizancio, en



Letra 3 Capital ornada. Libro de Canto a. XVII. Luis Legido.

y con el cual se conservan en Uppsala. Libro muy típico de la época de la imprenta.

MEXICO: TIERRA DE NADIE, SOTANO DE TODOS

Ensayo de la Tercera Vuelta

El Simposio Internacional de Neoplatonismo (7-12 de septiembre, 1972) en Puerto de la Cruz, Tenerife, Islas Canarias, fue organizado por la

Sociedad de Neoplatonismo (de Francia), la Universidad de La Laguna y el Museo de Ciencias Naturales, Tenerife, España.

Esta ha sido la primera ocasión en que se organiza este Simposio fuera de Europa, y que, no obstante, mantiene una memoria e

El teatro universitario XLVII-XLIX. LOS MAESTROS DEL EXILIO ESPAÑOL

Héctor Azar

Instituto de Investigaciones Filosóficas

Decimos hoy... Otro más de las formidables aventuras que la carrera teatral me ha depurado, se rememora el miércoles 21 de este Burlesco octavo, marcado a la medida de J. J. Juan Cevallos, Director de la Facultad de Filosofía y Letras. Me refiero al inicio de un curso que representó ante los jóvenes de la carrera de Arte teatral, titulado *La Revolución Mexicana y el teatro*, inserto en la cátedra magna y extraordinaria *Los maestros del teatro español*.



EN ESTE NUMERO

LAS ILUSTRACIONES EN LOS LIBROS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

MEXICO: TIERRA DE NADIE, SOTANO DE TODOS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

EL TEATRO UNIVERSITARIO XLVII-XLIX. LOS MAESTROS DEL EXILIO ESPAÑOL (Héctor Azar)

SOLO PARA NOSOTROS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

CONVOCATORIAS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

CONFERENCIAS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

LA UNIVERSIDAD EN EL TIEMPO (Ensayo de la Tercera Vuelta)

CURSILLOS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

ENCUENTRO A UN ANIVERSARIO (Ensayo de la Tercera Vuelta)

EXPOSICIONES (Ensayo de la Tercera Vuelta)

INDICADORES ECONOMICOS INTERNACIONALES (Ensayo de la Tercera Vuelta)

EL TRATADO DE LIBRE COMERCIO EN EL IV INFORME DE GOBIERNO (Ensayo de la Tercera Vuelta)

TRES AÑOS DE ECONOMIA Y EL ACTUAL COMERCIO DE LIBRE COMERCIO (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)

Y MÁS (Ensayo de la Tercera Vuelta)



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
COORDINACION DE HUMANIDADES
DIRECCION GENERAL DE FOMENTO EDITORIAL



**SISTEMA DE LIBRERIAS DE
FOMENTO EDITORIAL DE LA UNAM**

LIBRERIA CENTRAL CU

Corredor Zona Comercial, Ciudad Universitaria,
C. P. 04510, México D. F. tel. 622-0271



LIBRERIA JULIO TORRI

Centro Cultural Universitario, C. P. 04510,
México D. F. tel. 622-6424



LIBRERIA PALACIO DE MINERIA

Tacuba No. 5, Centro D. F. tel. 518-1315



LIBRERIA JUSTO SIERRA

San Ildefonso No. 43, Centro D. F. tel. 702-3254 ext. 225



LIBRERIA ENEP ACATLAN

Av. Alcanfores y San Juan Totoltepec, San Mateo
Naucalpan, C. P. 53240 Edo. de México



LIBRERIA ENEP ARAGON

Av. Central y Rancho Seco, San Juan de Aragón,
C. P. 57170 Cd. Nezahualcóyotl, Edo. de México
tel. 796-0488 ext. 152



LIBRERIA ENEP IZTACALA

San Juan Iztacala, Fracc. Los Reyes Tlalneantla,
C. P. 54160 México D. F.



LIBRERIA ENEP ZARAGOZA

Col. Ejército de Oriente, Deleg. Iztapalapa
C. P. 09230 México, D. F.



CASA UNIVERSITARIA DEL LIBRO

Orizaba y Puebla Col. Roma, México D. F.
tel. 207-9390

**NOVEDADES EDITORIALES
UNAM**

**CAPILLAS ABIERTAS AISLADAS DE
MEXICO**

Artigas, Juan Benito

2a. reimpresión: 1992, 255 p.



**ESPACIO Y FORMA EN LA VISION
PREHISPANICA**

Novoa Magallanes, César

1a. edición: 1992, 198 p.



**LOS RETABLOS POPULARES EXVOTOS
PINTADOS**

Sánchez Lara, Rosa María

1a. edición: 1990, 88 p.



**EL NUEVO SANTANDER Y SU
ARQUITECTURA. TOMO II**

Franco Carrasco, Jesús

1a. edición: 1991, 527 p.



**EDICIONES DE Y EN ARTES VISUALES.
LO FORMAL Y LO ALTERNATIVO**

Kertofel, Graciela; Martín, Manuel

1a. edición: 1992, 102 p.



Ventas de mayoreo:
Atención a librerías, bibliotecas,
centros de documentación y
empresas distribuidoras de
publicaciones

DIRECCION GENERAL DE FOMENTO EDITORIAL
Av. del IMAN No. 5 Ciudad Universitaria, México D. F.
C. P. 04510 Tel. 622-6572
Directo: 550-7473

50%
DE DESCUENTO A
UNIVERSITARIOS

Radio **UNIVERSIDAD**

xeun 860 A.M. 96.1 F.M.

PROGRAMACIÓN PARA EL MES DE DICIEMBRE

¿Con qué frecuencia imagina?

Con 96.1 FM. RADIO UNIVERSIDAD. LA MÚSICA.

Usted ¿con qué frecuencia rompe mitos?

Con 96.1 FM. RADIO UNIVERSIDAD. LA MÚSICA

A partir del 16 de noviembre, **NUEVA PROGRAMACIÓN MUSICAL DESDE LAS 13 HORAS**
96.1 FM. RADIO UNIVERSIDAD. LA MÚSICA

FM Lunes a Viernes

13:00 Programación Musical en **Disco Compacto**.
15:00 EFEMÉRIDES MUSICALES. Un día como hoy en la música.
15:10 CONCIERTO VESPERTINO.
Programación Musical en **Disco Compacto**.
17:00 CLAVES Y NOTAS. Por Uwe Frisch.
Retransmisión.
18:00 LA GUITARRA EN EL MUNDO. Por Juan Helguera. **Lunes**.
CLÉRIGOS, JUGLARES Y TROVADORES. Por Juan Arturo Brennan. **Martes**.
HACIA UNA NUEVA MÚSICA. Por Ana Lara y Graciela Agudelo. **Miércoles**.
MÚSICA COMPARTIDA. Por Javier Platas. **Jueves. En vivo**.
PENSAMIENTO MUSICAL EN LA HISTORIA. Por Fernando Álvarez del Castillo. **Viernes**.

19:00 PANORAMA DEL JAZZ. Por Roberto Aymes. **Lunes, miércoles y viernes**.
CONCIERTO SONNY CLASSICAL. Por Manuel Díaz Suástegui. **Martes y Jueves**

NUEVOS PROGRAMAS, NUEVOS HORARIOS.

14:00 CLASICOS EN DIGITAL. Coproducción con Librería Gandhi. Por Arturo Colmenares. **Martes y Jueves**.
18:00 LA ÓPERA EN RADIO UNIVERSIDAD. Programación en Disco Compacto. **Sábados**.

19 de Diciembre. "Maometto Secondo" de Gioacchino Rossini.

26 de Diciembre. "El Pastor Fido" de George F. Haendel.

2 de Enero 1993. "Atalanta" de George F. Haendel.

9 de Enero 1993. "Falstaff" de Antonio Salieri.

15 de Enero 1993. "Nerón" de Arrigo Boito.

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

ha publicado:

Enero-febrero, 1991 ♦ 480-481

Las ciencias en la UNAM

Marzo, 1991 ♦ 482

Poesía brasileña

Abril, 1991 ♦ 483

Depresión y
melancolía

Mayo, 1991 ♦ 484

Comunicación en
México

Junio, 1991 ♦ 485

Las humanidades en la
UNAM

Julio, 1991 ♦ 486

Nuevos caminos de la
astronomía. El eclipse

Agosto, 1991 ♦ 487

Las Naciones Unidas

Septiembre, 1991 ♦ 488

La Independencia
americana

Octubre, 1991 ♦ 489

Poesía norteamericana
contemporánea

Noviembre, 1991 ♦ 490

Retrato de Arturo

Diciembre, 1991 ♦ 491

Desafíos de las ciencias
sociales

Enero-febrero, 1992 ♦ 492-493

Praga. La ciudad mágica

Marzo, 1992 ♦ 494

Crítica de la novela
latinoamericana

Abril, 1992 ♦ 495

César Vallejo

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

La revista *Universidad de México* puede adquirirse en las siguientes librerías

♦ PARNASO COYOACÁN

Carrillo Puerto 2

♦ DISTRIBUIDORA MONTE
PARNASO

Carrillo Puerto 6

♦ LIBRERÍA IBERO

Prolongación Paseo de la Reforma 880

♦ LIBRERÍA GANDHI, S. A.

Miguel Ángel de Quevedo 134

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Temeridad no siempre cumplida es llamar "nueva" a la más reciente época de una publicación de gran linaje. De ahí que prefiriéramos denominar a esta etapa de la revista Universidad de México: "vieja nueva época". Vieja por haberse sustentado en una revisión y recuperación de sus mejores momentos. Nueva por dos razones: asumir la sin ambages como revista de las artes, las humanidades y las ciencias, esto es, revista de la cultura universitaria y del país; y, además, dotarla de una nueva forma de organización (editores especializados, consejo editorial participativo, sección monográfica, editores invitados, etcétera). Bajo tal impulso preparamos 43 números, incluidos el de diciembre de 1992 y el número doble de enero-febrero-1993. De la pertinencia, alcance y fortuna de este proyecto editorial sólo podrán dar cuenta los lectores.

Aprovechamos la ocasión para agradecer puntualmente el apoyo brindado por los editores: León Olivé (humanidades) y Miguel José Yacamán (ciencias); por los integrantes del Consejo Editorial: José Luis Ceceña, Beatriz de la Fuente, Margo Glantz, Ruy Pérez Tamayo, Sergio Pitol, Arcadio Poveda, Vicente Quirarte y Luis Villoro; por los sucesivos Secretarios de Redacción: Vicente Quirarte y Armando Pereira; y por los colaboradores directos de la revista: Jorge Pablo de Aguinaco, Carmina Estrada, Natalia Henríquez Lombardo, Martha Huízar, Javier Martínez, Adriana Pacheco, Patricia Perrilliat, Bernardo Recamier, Humberto Rodríguez, Silvia Ruiz, Nancy Sanciprián, Julio Trujillo, Héctor O. Aguilar, Adriana Gutiérrez y Eloy Urroz. Agradecemos a los sucesivos Coordinadores de Humanidades a quienes ha correspondido la responsabilidad de Universidad de México, durante este periodo: Roberto Moreno de los Arcos y Julio Labastida Martín del Campo.

El presente índice recoge los nombres de los colaboradores en las distintas áreas, los títulos de los artículos publicados y de las secciones monográficas, así como los nombres de los editores invitados. Índice al que deberá acompañarse el correspondiente a diciembre del presente año.

Fernando Curiel Defossé

Director de la revista Universidad de México

ÍNDICE DEL VOL. XLIV MARZO-DICIEMBRE 1989

Autor	Título	No. Rev.	Pág.
Alardín, Carmen	Noche múltiple	467	52
Alcázar, Jorge	La música como el ideal de la literatura	464	45
Arrufat, Antón	Medida del reloj	456	29
Antaki, Ikram	Maimónides	463	53
Anzieu, Didier	Las edades del hombre y la creación	464	39
Arreola, Juan José	Don Julio en su torri de marfil	461	10
Ávila, Norma	En los confines del universo	467	76
Ávila Gil, Salvador	Poesía trágica y decadente	466	76

Autor	Título	No. Rev.	Pág.
Bachmann, Ingeborg	<i>Poemas</i>	467	4
Bañuelos, Juan	<i>Oratorio bajo el volcán</i>	460	40
Barrientos, Juan José	<i>Entrevista imaginaria con Gabriel García Márquez</i>	461	42
Batis, Huberto	<i>Vuela el día</i>	461	11
Blanco, Alberto	<i>Singularidad</i>	463	36
Bonaparte, Napoleón	<i>Voces de la Revolución Francesa</i>	462	39
Borbolla de la, Oscar	<i>El paraguas de Wittgenstein</i>	464	26
Boullosa, Carmen	<i>Prisionera</i>	463	53
Brennan, Juan Arturo	<i>Maestro de la Europa central</i>	458-459	62
Brody, Tomás	<i>Los determinismos de la física</i>	463	23
Bunge, Carlos F.	<i>Átomos y moléculas</i>	463	47
Buxó, José Pascual	<i>El otro sueño de Sor Juana</i>	467	43
Caicedo, Adolfo	<i>Ifigenia cruel: tradición y libertad</i>	460	23
Campos, Marco Antonio	<i>Entrevista. Iannis Ristos: escribir con la bayoneta en el costado</i>	465	57
Carballo, Emannuel	<i>Torri de la A a la Z</i>	461	12
Cardenal, Ernesto	<i>Estrellas y luciérnagas</i>	466	4
Cardoza y Aragón, Luis	<i>Torri de la A a la Z</i>	461	12
Carrera, Ignacio	<i>El humanismo y la pintura mural mexicana</i>	466	41
	<i>Me apasiona la inteligencia. Entrevista a Inés Arredondo</i>	467	68
Casar, Eduardo	<i>Torri contra el marfil</i>	461	12
Castañeda, Antonio	<i>Instantáneas de Tulasi</i>	464	44
Celorio, Gonzalo	<i>Cincuenta años del exilio español en la UNAM</i>	467	54
Cohen, Sandro	<i>Discordia y armonía crítica</i>	460	47
Colom, Roger	<i>Entre ficción y realidad</i>	463	73
Conde Ortega, José Francisco	<i>Crónica de una existencia presurosa</i>	463	71
	<i>El arte del siglo XX</i>	460	46
	<i>Julio Torri en la alameda</i>	461	13
	<i>Una consulta indispensable</i>	466	75
Córdova, Arnaldo	<i>Vieja Revolución ¿Nueva historiografía?</i>	466	18
Cross, Elsa	<i>Los poemas de Antár</i>	463	51
Curiel, Fernando	<i>Reyes en Madrid</i>	460	35
	<i>Epitafio</i>	461	13
Curiel, Guadalupe	<i>450 años de imprenta en México</i>	467	26
Chávez, José Ricardo	<i>La isla de las sirenas</i>	461	14
Chisalita, Ruxandra	<i>Manole el constructor: un mito de creación y sacrificio</i>	458-459	20
Chumacero, Ali	<i>Collage acerca de Julio Torri</i>	461	14
Dallal, Alberto	<i>Issa y el diablo</i>	462	41
Deniz, Gerardo	<i>Sin ser discípulo</i>	461	15
	<i>Centinela</i>	463	3
Desmoulins, Camille	<i>Voces de la Revolución Francesa</i>	462	39
Díaz y de Ovando, Clementina	<i>El gran teatro nacional baja el telón (1901)</i>	462	9
Elizondo, Salvador	<i>Aviso i.m. Julio Torri</i>	461	16
Escalante, Evodio	<i>Los laberintos de la dialéctica en las novelas de José Revueltas</i>	466	65
Espejo, Beatriz	<i>El sueño de Torri</i>	461	16
Espinosa de los Monteros, Santiago	<i>El buen ojo de Alfonso Reyes</i>	460	45
Estrada, Luis	<i>¿Qué es la materia?</i>	463	4
Fernández, Guillermo	<i>14 de abril</i>	465	49

Autor	Título	No. Rev.	Pág.
Fernández, Martha	<i>Ciudad de México: sismos y movimientos</i>	463	57
Fernández, Sergio	<i>Torri de la A a la Z</i>	461	16
Flores, Malva	<i>Huye la luz</i>	457	57
Fuente de la, Beatriz	<i>La destrucción del arte prehispánico a través del tiempo</i>	462	30
García Barragán, Elisa	<i>Los otros defensores: ecos de una epopeya</i>	462	16
García Cantú, Gastón	<i>Epigrafe de junio</i>	461	17
	<i>Vieja Revolución ¿Nueva historiografía?</i>	466	18
Garciadiego, Javier	<i>Vieja Revolución ¿Nueva Historiografía?</i>	466	24
García Ramírez, Fernando	<i>El saxofón bajo</i>	456-459	68
	<i>Anti-ícaro</i>	461	17
Garrido, Felipe	<i>No abras la puerta</i>	461	17
Gervitz, Gloria	<i>Leteo</i>	463	52
Glantz, Margo	<i>Torri de la A a la Z</i>	461	18
	<i>Lengua y conquista</i>	465	45
Gómez Arias, Alejandro	<i>Infancia y adolescencia de un hijo de la Revolución</i>	466	49
Gonzalbo, Pilar	<i>Hijos de la Conquista, Familias novohispanas del siglo XVI</i>	465	23
González Acosta, Alejandro	<i>José Ma. de Heredia: la visión de los críticos</i>	467	19
González Dueñas, Daniel	<i>El cine imaginario (XIII)</i>	458	60
González Galván, Manuel	<i>Agonías de arquitectura y urbanismo</i>	463	65
González-Polo, Ignacio	<i>Barroco vs. Neoclásico en la arquitectura novohispana</i>	467	11
Gutiérrez Vega, Hugo	<i>Los soles griegos</i>	462	4
Guzmán Burgos, Francisco	<i>El lugar de Julio Torri</i>	461	18
Henríquez Lombardo, Natalia	<i>Silvio Zavala y la historia del trabajo en México</i>	462	54
Hernández, Felipe de Jesús	<i>Una duda</i>	461	18
Hernández, Francisco	<i>En las pupilas del que regresa</i>	461	4
Homero, José	<i>Las fronteras de la voz</i>	463	73
	<i>En ofrenda de mí mismo a mí mismo</i>	466	73
Huerta, David	<i>19 de julio</i>	464	4
Knight, Alan	<i>Vieja Revolución ¿Nueva historiografía?</i>	466	20
Kostolányi, Deszö	<i>El traductor cleptómano</i>	458-459	26
Lara Zavala, Hernán	<i>Ah Kin Chi</i>	465	50
Lavín Cerda, Hernán	<i>Praga y Viena en las visiones del Cadáver Valdivia</i>	458-459	48
	<i>Retrato del padre</i>	416	18
	<i>La interminable carencia</i>	465	62
Lazcano Araujo, Antonio	<i>La vida en el universo</i>	464	5
Leñero, Carmen	<i>Los encantados</i>	461	19
	<i>Dar en el clavo</i>	462	46
León González, Francisco	<i>Vigencia de Julio Torri</i>	461	20
León-Portilla, Miguel	<i>Espejo y palabra: presagios del encuentro</i>	465	6
León-Portilla de, Ascensión	<i>Los exiliados, la imprenta y el libro en México</i>	467	27
Lichtenstein, Alfred	<i>Poemas</i>	462	40
Litvak, Jaime	<i>Computación y literatura, ¿otra revolución?</i>	467	33
López Colome, Pura	<i>Poema</i>	463	55
Macías, Elva	<i>Indicios</i>	463	51
Madrid, Rafael	<i>25 grabaciones sobresalientes de 1988 (4a parte)</i>	458-459	72
Magris, Claudio	<i>Mitteleuropa: realidad y mito de una palabra</i>	458-459	29
Manrique, Jorge Alberto	<i>Patrimonio monumental en crisis</i>	462	6
Marquet, Antonio	<i>El laberinto de Martín Ramírez</i>	462	51

Autor	Título	No. Rev.	Pág.
Martínez, José Luis	<i>Los últimos ensayos breves de Alfonso Reyes</i>	461	20
	<i>Julio Torri de la A a la Z</i>	461	20
	<i>Hernán Cortés: la declinación y el fin</i>	465	9
Martínez Assad, Carlos	<i>Vieja Revolución ¿Nueva historiografía?</i>	466	20
Matute, Alvaro	<i>Los actores sociales de la Revolución Mexicana en 20 años de historiografía</i>	466	10
	<i>Vieja Revolución ¿Nueva historiografía?</i>	466	21
	<i>La piel del mar</i>	465	33
Maya, Lucía y Vicente Quirarte	<i>Dos poemas</i>	458-459	51
Merwin, W. S.	<i>Vieja Revolución ¿Nueva historiografía?</i>	466	21
Meyer, Eugenia	<i>Vieja Revolución ¿Nueva historiografía?</i>	466	22
Meyer, Lorenzo	<i>Te escribo desde un país lejano</i>	465	2
Michaux, Henri	<i>Voces de la Revolución Francesa</i>	462	38
Mirabeau, Honoré-Gabriel	<i>El marqués de Bolívar</i>	458-459	69
Miranda Ayala, Carlos	<i>Milán Kundera y el estilo centroeuropeo</i>	458-459	8
Misurella, Fred	<i>La pérdida del patrimonio arqueológico</i>	462	25
Molina Montes, Augusto	<i>Artífice de la entrelínea</i>	462	49
Monsalvo, Sergio	<i>La mujer sin disimulos</i>	466	71
	<i>Poemas</i>	464	29
	<i>Adrián Bellon: la luz es un obstáculo</i>	461	25
Morábito, Fabio	<i>Poema</i>	463	52
Moreno Villareal, Jaime	<i>En el trigésimo aniversario de los Brashinskys</i>	463	42
Moscona, Miryam	<i>Los dibujos de Diego Rivera para ilustrar</i>	458-459	59
Moshinsky, Marcos	<i>Los de abajo</i>	463	63
Moyssén, Xavier	<i>La destrucción de la arquitectura en nuestro tiempo</i>	461	20
Noelle, Louise	<i>Historia del escepticismo</i>	460	38
Oliva, Carlos	<i>La ofensa y el castigo</i>	463	30
Olivé, León	<i>Los cambios conceptuales de la física</i>	464	33
	<i>La vida y la muerte: un análisis filosófico a la luz de la biología</i>	461	20
	<i>Torri de la A a la Z</i>	465	20
Osorio Romero, Ignacio	<i>Cartas de particulares</i>	462	54
Otte, Enrique	<i>Tentaciones de la ciencia</i>	466	69
Pacheco, Adriana	<i>El secreto de la vida y la biología molecular</i>	464	16
Padilla, Hugo	<i>L'honnête homme o la realidad mexicana de una imagen francesa</i>	461	21
Palacios, Rafael	<i>El rezo del mundo</i>	460	49
Panabière, Louis	<i>En la taberna de timor</i>	461	21
	<i>Narrar es cruzar historias</i>	464	52
	<i>Peregrinos de Aztlán</i>	461	46
Paredes, Alberto	<i>El libro como objeto y escritura</i>	466	72
Patán, Federico	<i>Perote</i>	467	62
	<i>Claro de luna</i>	467	61
	<i>Amado Nervo en el corazón de dos exilios</i>	457	33
Peralta, Elda	<i>Alfonso Reyes de frente y de perfil</i>	460	29
Perea, Héctor	<i>Julio cumple cien años</i>	461	21
Peña de la, Luis	<i>Las dos orillas del exilio hispano-mexicano</i>	467	56
	<i>anticipos y olvidos</i>	462	11
	<i>Algo de luz sobre la materia</i>	463	19
Pérez Pascual, Rafael	<i>El caos determinista: los límites de la predicción científica</i>		

Autor	Título	No. Rev.	Pág.
Pérez Tamayo, Ruy	<i>Las musas de Darwin</i>	461	47
	<i>La vida en condiciones anormales: la enfermedad</i>	464	21
Piña Williams, Victor Hugo	<i>El tamaño de la brevedad</i>	461	22
Pitol, Sergio	<i>La versión de Schnitzler</i>	458-459	4
	<i>Esperar a Godot eternamente</i>	464	50
Poniatowska, Elena	<i>Las costureras</i>	464	29
Poveda, Arcadio	<i>Materia oscura o... ¿de qué está hecho el universo?</i>	463	38
Quirarte, Vicente	<i>Tres visitas a López Velarde y un álbum fotográfico</i>	462	53
	<i>Nuevos títulos de la biblioteca de letras</i>	462	54
	<i>Tiempo de Ballenas</i>	462	54
	<i>Decálogo del perfecto lector de Julio Torri</i>	461	22
	<i>El poeta lee en la piedra</i>	464	54
	<i>La piel del mar</i>	465	33
	<i>El trastierno comienza en altamar</i>	467	77
Ramírez, Axel	<i>La Revolución Mexicana y su impacto en la comunidad chicana</i>	466	57
Rangel Guerra, Alfonso	<i>Alfonso Reyes: las funciones formales de la literatura</i>	460	39
Renán, Raúl	<i>Belleza miniada</i>	461	22
Revueltas, Eugenia	<i>Si desde lejos</i>	467	22
Reyes, Alfonso	<i>Cartas fluminenses. Los comienzos en Río. 1930-1932</i>	460	10
	<i>Cartas a la Habana</i>	460	44
Reyes, Juan José	<i>Kundera: una alternativa para la modernidad</i>	458-459	66
Rivas, Humberto	<i>Definir el grano de la voz</i>	460	52
	<i>Un andamiaje sencillo</i>	465	63
Robles, Martha	<i>Reyes y Vasconcelos: entre la concordia y el rayo</i>	467	24
Ruiz, Bernardo	<i>Esa mañana, Julio Torri</i>	461	23
Ruiz Esparza, Jorge	<i>Una mirada a lo invisible</i>	462	50
Ruiz-Vázquez, Silvia	<i>La física es una ciencia viva</i>	463	44
	<i>Sociedades protestantes y Revolución en México</i>	467	78
Samperio, Guillermo	<i>Trashumante potril</i>	461	24
Santín, Leticia	<i>Rumbo de Reyes</i>	462	54
	<i>Independencia cultural en la Revolución Mexicana</i>	466	61
Sarukhán, José	<i>Reflexiones sobre el neodarwinismo</i>	464	11
Semo, Enrique	<i>Vieja Revolución ¿Nueva historiografía?</i>	466	39
Solares, Blanca	<i>Daniel Cohn Bendit: para alcanzar otras orillas</i>	458-459	53
Soto, Sergio	<i>Entre bambúes</i>	467	73
Stellino, Beatriz	<i>Poema</i>	463	56
Stoopen, María	<i>Un complicado juego de espejos</i>	467	74
Trejo Villafuerte, Arturo	<i>Poesía completa de Efraín Huerta</i>	461	48
	<i>Nostalgia de un recuerdo grato</i>	464	55
Toledo, Alejandro	<i>Diario de un rostro</i>	462	47
Tonizza, Fulvio	<i>Materada</i>	458-459	44
Torri, Julio	<i>Lecciones</i>	461	29
Toussaint, Marianne	<i>Marruecos</i>	463	55
Vidales, Aura María	<i>Canto a la luz</i>	463	56
Villegas, Gloria	<i>Vieja Revolución ¿Nueva historiografía?</i>	466	22
Villoro, Carmen	<i>Agosto</i>	463	56
Villoro, Juan	<i>La ciudadela asaltada</i>	463	70
Volkov, Verónica	<i>El fuego y el mar</i>	463	56

Autor	Título	No. Rev.	Pág.
	<i>Epílogo</i>	461	24
Waldman, Gilda	<i>A beneficio de inventario</i>	458-459	71
	<i>Rescate del submundo</i>	460	51
	<i>Enigmas de la divinidad</i>	464	51
Xirau, Ramón	<i>Luminosa Ifigenia</i>	460	17
Yacamán, Miguel José	<i>Los cuasicristales: nuevos conceptos de la física y viejos conceptos del arte</i>	463	15
Zaitzeff, Serge I.	<i>Alfonso Reyes y Rafael Cabrera: contactos epistolares</i>	460	19
	<i>Julio Torri y su gambusino</i>	461	35
Redacción	<i>Los papeles de Julio Torri</i>	461	6
	<i>El día de la autonomía universitaria</i>	462	44

ÍNDICE DEL VOL. XLV ENERO-DICIEMBRE 1990

Aceves, Bertha	<i>Literatura: creación y crítica</i>	468	15
	<i>La Edad Media del amor</i>	473	51
Aguilar Cabrera, Héctor	<i>Revistas culturales de los ochenta</i>	468	63
	<i>Andrés Iduarte y José Vasconcelos: crónicas de infancia</i>	471	21
Aguilar Gómez, Eduardo	<i>Varia poesía</i>	475	52
Aguilar, Luis Miguel	<i>Varia poesía</i>	475	5
Aguilera Díaz, Gaspar	<i>Homenaje a Pessoa</i>	473	3
Alatorre, Antonio	<i>Literatura: creación y crítica</i>	468	20
Albarrán, Claudia	<i>Salamandra: roja palabra del principio</i>	475	33
Alegría, Fernando	<i>La espada desnuda</i>	473	4
Amara, Giuseppe	<i>Las Ménades de Lavín Cerda</i>	477	56
Anda, Enrique X. de	<i>La ciudad de México entre 1990 y 2010: La ilusión del porvenir</i>	476	57
Andueza, María	<i>Poesía náhuatl prehispánica</i>	468	73
	<i>Jaime Gil de Biedma, inventor de su identidad</i>	477	62
Anhalt, Nedda G. de	<i>Literatura: creación y crítica</i>	468	15
Argüelles, Juan Domingo	<i>Varia poesía</i>	474	5
Armél, Aliette	<i>He vivido la realidad como un mito</i>	478	39
Arteaga, Julieta	<i>Varia poesía</i>	474	6
Azuela, Antonio	<i>Presagio: una encuesta sobre la ciudad de México</i>	476	43
Balandrano, Arturo	<i>Presagio: una encuesta sobre la ciudad de México</i>	476	43
Bañuelos, Raúl	<i>Varia poesía</i>	474	6
Baranda, María	<i>Varia poesía</i>	474	7
Bartolomé, Efraín	<i>Varia poesía</i>	474	6
	<i>Casa paterna I</i>	477	3
Basila, Guadalupe	<i>Varia poesía</i>	474	7
Bautista, Hilda	<i>Varia poesía</i>	474	8
Bellinghausen, Hermann	<i>Varia poesía</i>	474	8
Beristáin, Helena	<i>Literatura: creación y crítica</i>	468	16
Bogarde, Dirk	<i>Voces en el jardín</i>	479	4
Boils, Guillermo	<i>Presagio: una encuesta sobre la ciudad de México</i>	476	43

Autor	Título	No. Rev.	Pág.
Bonifaz Nuño, Rubén	<i>Grandes rutas del espacio social</i>	476	55
Borbolla, Oscar de la	<i>Bestiario alterno</i>	472	35
Botton, Flora	<i>El dilema de un escritor chino</i>	479	61
	<i>Cambio y tradición en la familia china contemporánea</i>		
Boullosa, Carmen	<i>Llanto</i>	479	11
Bradú, Fabienne	<i>Rueca: una pensión para universitarias</i>	474	38
Bustamante, Jorge A.	<i>Frontera norte. Del mito al hecho hay mucho trecho</i>	471	4
Cabrera, Isabel	<i>El lado oscuro de Dios</i>	472	15
Cabrera Vargas, Ma. del Refugio	<i>Los nahuas, la historia y la geografía</i>	477	60
Camarena, Margarita	<i>Presagio: una encuesta sobre la ciudad de México</i>	476	45-50
Campos, Marco Antonio	<i>Árboles</i>	469-470	4
	<i>Poesía y estética</i>	475	3
Capistrán, Miguel	<i>Literatura: creación y crítica. Un apéndice</i>	468	78
Carballo, Emannuel	<i>Literatura: creación y crítica</i>	468	16
Cardoso Pires, José	<i>Viajar, derrumbarse del sueño</i>	478	37
Carlos, María	<i>Alquimia de la piedra</i>	476	60
	<i>Inventar el amor</i>	477	66
	<i>La vida como escándalo: Alberto Moravia</i>	478	66
Castañón, Adolfo	<i>Varia poesía</i>	475	52
	<i>Las montañas azules</i>	479	13
Castillo, Ricardo	<i>Varia poesía</i>	475	50
Cayuela, Ricardo	<i>Varia poesía</i>	474	8
Cervantes, Francisco	<i>Un bien orientado 'Norte de aguas'</i>	469-470	82
Gioran, E. M.	<i>Encuentros con Beckett</i>	472	51
Cohen, Sandro	<i>Literatura: creación y crítica</i>	468	16
	<i>Varia poesía</i>	474	9
Conde Ortega, José Francisco	<i>Respuestas y correspondencias.</i>		
	<i>Algunas historias de la literatura mexicana</i>	468	10
	<i>Bestiario alterno</i>	472	35
	<i>Una revista que busca la excelencia</i>	474	55
Cornell, Joseph / Jorge Esquinca	<i>Ars combinatoria</i>	468	41
Coronel, Juan	<i>Varia poesía</i>	474	9
Cortés, Gabriela	<i>Los nahuas</i>	477	24
Cortés, Luis	<i>Varia poesía</i>	474	9
Costa, Horacio	<i>Sarduy: la escritura como épure</i>	475	41
	<i>Antología de la joven poesía brasileña</i>	482	11-25
Cruz, José Luis	<i>De poesía en voz alta a la vanguardia exhausta</i>	473	11
	<i>Una función espiritual. Entrevista a Juan Soriano</i>	474	42
Cruz, Servando de la	<i>De volcanes y erupciones</i>	469-470	27
Cruz Parcerro, Leonardo	<i>Varia poesía</i>	474	10
Cuellar, Margarito	<i>Varia poesía</i>	474	9
Curiel, Fernando	<i>Literatura: creación y crítica</i>	468	16
	<i>Bestiario alterno</i>	472	37
	<i>Manifiesto</i>	476	42
	<i>Para documentar una amistad (Correspondencia Guzmán / Reyes)</i>	477	44
Char, René	<i>Bestiario alterno</i>	472	37
Chisalita, Ruxandra	<i>El lado oscuro del amor</i>	468	76
	<i>La tragedia de una mujer con lenguaje</i>	471	52
Dallal, Alberto	<i>Cuestión de vocaciones</i>	469-470	50
Derbez, Alain	<i>Varia poesía</i>	474	10
Díaz Chávez, Oscar	<i>Varia poesía</i>	474	11

Autor	Título	No. Rev.	Pág.
Díaz de la Serna, Ignacio	<i>La Mona de Dios</i>	477	49
Díaz Enciso, Adriana	<i>Varia poesía</i>	474	10
Díaz y de Ovando, Clementina	<i>Un 15 de septiembre caliente (1878)</i>	476	13
Domínguez, Christopher	<i>Literatura: creación y crítica</i>	468	16
	<i>La ciudad tan oscura</i>	469-470	73
Domínguez Náñez, Freddy	<i>Varia poesía</i>	475	52
Eguía, Gabriela	<i>Varia poesía</i>	474	10
Epelstein, Rina	<i>Las resonancias internas del color</i>	475	29
Escalante, Evodio	<i>Literatura: creación y crítica</i>	468	16
Espejo, Beatriz	<i>Literatura: creación y crítica</i>	468	29
Espinasa, José Ma.	<i>Literatura: creación y crítica</i>	468	25
	<i>Varia poesía</i>	474	11
Espinosa, Elia	<i>Evocaciones orgánicas de la geometría</i>	477	33
Esquinca, Jorge	<i>Varia poesía</i>	474	12
	<i>Bestiario alterno</i>	472	35
Estrada, Josefina	<i>A la sombra del sabino</i>	479	18
Fábregas Puig, Andrés	<i>La plurirregionalidad de la frontera sur</i>	471	9
Fernández, Elvira	<i>El color es un personaje</i>	469-470	57
Fernández, Fernando	<i>Varia poesía</i>	474	13
Fernández, Sergio	<i>Peque</i>	469-470	61
Fernández Varela, Jorge	<i>Reflexiones sobre la estética urbana</i>	476	51
Ferrando, Gerardo	<i>Presagio una encuesta sobre la ciudad de México</i>	476	43
Fix-Samudio, Héctor	<i>Presagio: una encuesta sobre la ciudad de México</i>	476	46
Flores, Daniel	<i>A un año de un eclipse total de sol</i>	474	28
Franco, María Luisa	<i>Presagio: una encuesta sobre la ciudad de México</i>	476	44
Fuente, Juan Ramón de la	<i>Las moléculas de la melancolía</i>	475	12
Fuentes, Carlos	<i>Veracruz</i>	478	4
Gallardo, Salvador	<i>Bestiario alterno</i>	472	35
García Alvarez, Juan Carlos	<i>Varia poesía</i>	474	13
García Ponce, Juan	<i>Literatura: creación y crítica</i>	468	30
Gavarre, Benjamín	<i>Varia poesía</i>	474	12
Gil, Mónica	<i>Los primeros dos días</i>	476	37
Glantz, Margo	<i>El té con leche</i>	471	15
	<i>Flores de baria poesía</i>	476	3
Gómez, Arturo	<i>Bibliografía, historia, Ilustración e imprenta</i>	475	55
Gómez Vázquez, Héctor	<i>Paisajes eléctricos</i>	471	17
González Avelar, Miguel	<i>Duranguena</i>	471	20
González de León, Jorge	<i>Varia poesía</i>	474	13
González Dueñas, Daniel	<i>El relámpago y el libro</i>	471	48
	<i>Wim Wenders: el tiempo intemporal</i>	478	62
	<i>Además de febrero y agosto hay</i>		
	<i>algunas cosas que enero no es</i>	479	20
	<i>Homenaje a la realidad. Entrevista a Huberto Batis</i>	479	54
González Gerth, Miguel	<i>El otro lado del mapa</i>	478	3
González Ochoa, César	<i>El lugar de la crítica</i>	478	50
González Rodríguez, Sergio	<i>Literatura: creación y crítica</i>	468	15-40
	<i>Aguaviva</i>	479	24
González Velasco, Rafael	<i>Varia poesía</i>	474	14
Gorn Kacman, Jeannette	<i>Hamlet: una lectura psicoanalítica</i>	479	63
Gros Espiell, Héctor	<i>Amado Nervo en Montevideo</i>	471	42
Grushko, Pável	<i>Poemas</i>	469-470	33
Guzmán Burgos, Francisco	<i>Literatura: creación y crítica</i>	468	15-40

Autor	Título	No. Rev.	Pág.
Hansberg, Olbeth	<i>La naturaleza de los fenómenos mentales</i>	475	17
Helguera, Luis Ignacio	<i>Varia poesía</i>	474	12
Henestrosa, Andrés	<i>Bestiario alterno</i>	472	35-50
Hernández, Felipe de Jesús	<i>Bestiario alterno</i>	472	35-50
Hernández, Francisco	<i>Bestiario alterno</i>	472	35-50
Herrera-Revilla, Ismael	<i>Agua subterránea: recurso y desafío</i>	469-470	23
Hinojosa, Francisco	<i>Nunca en domingo</i>	479	27
	<i>Instantáneas a propósito de Jorge Pablo de Aguinaco</i>	478	33
Hubard, Julio	<i>Varia poesía</i>	474	13
Hurtado, Eduardo	<i>Varia poesía</i>	474	14
Jacobo, José Antonio	<i>Varia poesía</i>	474	14
Jaramillo, Dario	<i>Lírico anónimo sobre Eleusis</i>	468	3
Jitrik, Noé	<i>La escritura como salida</i>	469-470	80
Kaminer, Saúl	<i>Los pájaros del otro lado del mar</i>	472	29
Keoseyan, Nelly	<i>Varia poesía</i>	474	15
Langagne, Eduardo	<i>Varia poesía</i>	474	15
Lavín Cerda, Hernán	<i>Onésimo es distinto</i>	469-470	34
Leñero, Carmen	<i>Varia poesía</i>	474	16
	<i>La chata Sofía y el ave negra</i>	479	29
Leñero, Marisa	<i>El parque Tezozomoc, naturaleza correlativa</i>	479	33
León-Portilla, Miguel	<i>México-Tenochtitlan: metrópoli de la china</i>	476	32
	<i>Bernardino de Sahagún (1500-1590)</i>		
	<i>Un juicio lapidario sobre su historia</i>	479	51
López-Forment Conrardt, William	<i>El murciélago vampiro Desmodus rotundus</i>	472	10
López Moreno, Roberto	<i>Bestiario alterno</i>	472	35-40
López Valdés, Mauricio	<i>Varia poesía</i>	474	15
Lomnitz, Cinna	<i>Predicción de sismos: una ojeada</i>	469-470	11
Lumbreras, Ernesto	<i>Varia poesía</i>	474	15
Macías, Elva	<i>Nodrizia</i>	468	57
Manganelli, Giorgio	<i>Las fábulas de los tarots</i>	478	27
Maristany, Luis	<i>La voz de Lezama Lima</i>	475	53
Marquet, Antonio	<i>La pasión según Roffiel</i>	469-470	83
Martín del Campo, Angelina	<i>Diderot y la Historia filosófica de las dos Indias</i>	469-470	39
Martín del Campo, David	<i>Coco fizz</i>	479	30
Mata, Oscar	<i>La Santa María onettiana</i>	475	25
Mathews, Harry	<i>El catálogo de una vida</i>	478	29
Matos Moctezuma, Eduardo	<i>Una visión de Tenochtitlan</i>	476	3
Mayor, Aurelio	<i>Varia poesía</i>	474	16
Medina, Andrés	<i>La etnografía de México: un cambiante y milenario mosaico de lenguas y culturas</i>	477	10
Mendiola, Víctor M.	<i>Varia poesía</i>	474	16
Mendoza, Elmer	<i>Bestiario alterno</i>	472	35-50
Meza, Julián	<i>Su majestad, la novela</i>	474	53
	<i>Nueva York, capital del siglo XX</i>	478	59
Mier, Raymundo	<i>Literatura: creación y crítica</i>	468	25-40
Monge, Gregorio	<i>Voces de mujeres</i>	468	75
Monsalvo, Sergio	<i>El cuerpo del deseo</i>	471	54
Morábito, Fabio	<i>Varia poesía</i>	474	17
	<i>Poema</i>	479	3
Moreno de los Arcos, Roberto	<i>México: las tres ciudades de la época colonial</i>	476	7
Moreno Toscano, Alejandra	<i>Presagio: una cuesta sobre la ciudad de México</i>	476	43-50

Autor	Título	No. Rev.	Pág.
Moreno Villareal, Jaime	<i>Varia poesía</i>	474	17
Moscona, Miryam	<i>Varia poesía</i>	474	18
	<i>Reencuentro de la mandrágora</i>	471	3
	<i>Entre el paisaje y la bruma</i>	473	55
Navarro, Luis Alberto	<i>Varia poesía</i>	474	17
Negrín, Edith	<i>Los dictadores en la novela hispanoamericana</i>	477	64
Nikiteas, Panayotis	<i>Poema</i>	469	45
Oliva, Carlos	<i>Varia poesía</i>	474	19
Ooka, Makoto	<i>Poemas</i>	472	4
Orozco Torres, Adolfo	<i>El magnetismo terrestre, ¿Nuevos conceptos para una vieja realidad?</i>	469-470	7
Osorio España, Silvia	<i>El desarrollo de una gran urbe</i>	476	61
Padilla, Lizbeth	<i>Varia poesía</i>	474	18
Palazón, María Rosa	<i>Amor versus fascismo: Joaquín y Ramón Xirau</i>	472	23
Paredes, Alberto	<i>Literatura: creación y crítica</i>	468	15-40
Pascual Soto, Arturo	<i>El tajín. La evolución de una antigua ciudad mesoamericana</i>	469-470	46
Patán, Federico	<i>Literatura: creación y crítica</i>	468	15-40
Pereda, Carlos	<i>Sobre el desconstruccionismo</i>	477	53
Pereira, Armando	<i>Literatura: creación y crítica</i>	468	15-40
	<i>Josefina Vicens: las dos caras de la escritura</i>	473	8
	<i>Una década de narrativa mexicana</i>	479	10
Pérez Gay, Rafael	<i>No entiendes nada de mujeres</i>	479	37
Pérez Monfort, Ricardo	<i>Del páramo de huizaches al bosque de pinos</i>	471	49
	<i>Fandango: fiesta y rito</i>	478	45
Pérez Tamayo, Ruy	<i>Ciencia, humanismo y Universidad</i>	468	67
	<i>Cortés: ni monstruo ni santo sino todo lo contrario</i>	476	59
Picazo, Juan Pablo	<i>Literatura: creación y crítica</i>	474	18
Piña Williams, Víctor Hugo	<i>Varia poesía</i>	474	19
	<i>Bestiario alterno</i>	472	35-50
Pulido, Blanca Luz	<i>Varia poesía</i>	474	20
Quirarte, Vicente	<i>Varia poesía</i>	475	51
	<i>El genio de la vida: los poetas mexicanos en sus biografías (1889-1989)</i>	468	45
	<i>La crítica de la literatura mexicana en marcha</i>	468	54
	<i>Epístola a los chiapanecos</i>	473	53
Ramos, Agustín	<i>Nadie</i>	472	19
Ramírez, Josué	<i>Varia poesía</i>	474	19
Rangel Guerra, Alfonso	<i>Alfonso Reyes y el magisterio intelectual de Pedro Henríquez Ureña</i>	472	25-50
Renán, Raúl	<i>Bestiario alterno</i>	472	35-50
Ribes Iñesta, Emilio	<i>La mente: la confusión como mito científico</i>	475	7
Rimbaud, Vitalie	<i>Un viaje a Londres en 1874</i>	471	34
Rivas, José Luis	<i>Varia poesía</i>	475	51
Rivas Iturralde, Vladimiro	<i>Dostoyevski: del chisme al carnaval</i>	472	53
Robles, Martha	<i>Romance del moro</i>	472	33
Rodríguez Guerra, Fernando	<i>Varia poesía</i>	474	21
Romero, Héctor Manuel	<i>La ciudad de México: tiempo histórico y espacios urbanos (1910-1990)</i>	476	24
Ruiz Dueñas, Jorge	<i>Edmundo Valadés: 50 años de El cuento y</i>		

Autor	Título	No. Rev.	Pág.
	<i>75 del narrador</i>	469-470	78
Russek, Dan	<i>Varia poesía</i>	474	20
Ruy Sánchez, Alberto	<i>Los motivos secretos</i>	479	41
Sampedro, José de Jesús	<i>Varia poesía</i>	474	21
Samperio, Guillermo	<i>Reverón en la ruptura</i>	471	26
	<i>Bestiario alterno</i>	472	35-50
Sánchez Puentes, Ricardo	<i>Reflexiones sobre el poder</i>	478	60
Sánchez Vázquez, Adolfo	<i>Humanismo y Universidad</i>	477	4
Sandoval, Mauricio	<i>Lejos de la literatura pero no de la poesía</i>	473	30
Sayeg Helú, Jorge	<i>Presagio: una encuesta sobre la ciudad de México</i>	476	43-50
Schumann Gálvez, Otto	<i>Aspectos de la traducción y de la interpretación en algunas lenguas mayances</i>	477	29
Sefchovich, Sara	<i>Literatura: creación y crítica</i>	468	15-40
	<i>José Emilio Pacheco, crítico</i>	468	58
Sheridan, Guillermo	<i>Literatura: creación y crítica</i>	468	15-40
Sicilia, Javier	<i>Varia poesía</i>	474	20
Solares, Blanca	<i>Sobre cómo leer lo social</i>	471	55
Soler Frost, Pablo	<i>Varia poesía</i>	474	23
	<i>La guerra entre la langosta y el doctor Greene</i>	468	70
Sollers, Philippe	<i>Las variaciones del cuerpo</i>	478	24
Soto, Sergio	<i>Bestiario alterno</i>	472	35-40
Stellino, Beatriz	<i>Varia poesía</i>	474	21
Stoopen, María	<i>Son cerca de cien años de Eduardo Casar</i>	472	55
	<i>La tierra y el agua en la tradición hebrea</i>	478	55
Suárez, Gerardo	<i>La revolución de Wegener: nuevas ideas para una vieja Tierra</i>	469-470	20
Tapia, Ricardo	<i>La química del cerebro y las funciones mentales</i>	475	21
Tassier, Gonzalo	<i>Bestiario alterno</i>	472	35-40
Téllez Landich, René	<i>Varia poesía</i>	474	23
Trejo Fuentes, Ignacio	<i>Literatura: creación y crítica</i>	468	15-41
Trejo Villafuerte, Arturo	<i>Varia poesía</i>	474	23
	<i>Literatura: creación y crítica</i>	468	15-40
	<i>Bestiario alterno</i>	472	35-50
Torre Villar, Ernesto de la	<i>Defensa y elogio de la cultura mexicana.</i>		
	<i>Breves apuntes</i>	469-470	64
Torres Sánchez, Rafael	<i>Varia poesía</i>	474	22
Toussaint, Marianne	<i>Varia poesía</i>	474	22
Ulacia, Manuel	<i>Varia poesía</i>	474	24
Urtubees, Dionisia	<i>Relación de la danza mexicana</i>	469-470	84
Urroz, Eloy	<i>Varia poesía</i>	474	24
Valadés, Diego	<i>Presagio: una encuesta sobre la ciudad de México</i>	476	43-50
Valadés, Edmundo	<i>Bestiario alterno</i>	472	35-50
Valadés, José C.	<i>El porfirismo: historia de un régimen</i>	479	57
Valiñas, Leopoldo	<i>Los indios del norte de México</i>	477	19
Vallarino, Roberto	<i>Varia poesía</i>	475	50
Valle, Alejandro del	<i>Varia poesía</i>	474	24
Valle, Mario del	<i>Domador de piedras</i>	472	50
Vargas, Rafael	<i>Varia poesía</i>	474	25
Vázquez, Martín Eduardo	<i>Varia poesía</i>	474	25
Vega, Néilson Rafael de	<i>Bestiario alterno</i>	472	35-50
Vélez, Gonzalo	<i>Varia poesía</i>	474	25

Autor	Título	No. Rev.	Pág.
Vidales, Aura María	<i>Varia poesía</i>	474	26
Villa, Bernardo	<i>La vaquita, Phocoena sinus, una especie agonizante</i>	472	6
Villareal, José Javier	<i>Varia poesía</i>	474	26
Villareal, Minerva	<i>Varia poesía</i>	474	27
Villoro, Carmen	<i>Varia poesía</i>	474	26
Villoro, Juan	<i>La amenaza elegante</i>	479	45
Vinci, Leonardo da	<i>Bestiario alterno</i>	472	35-50
Volkov, Verónica	<i>Varia poesía</i>	474	27
Von Ziegler, Jorge	<i>Para leer la crítica mexicana</i>	468	5
	<i>Apostilla a 'Literatura: creación y crítica'</i>	474	50
Waldman, Gilda	<i>Literatura: creación y crítica</i>	468	15-40
Wey, Valquiria	<i>Escribir el deseo</i>	475	54
Wingerter, George	<i>Bestiario alterno</i>	472	35-40
Xirau, Ramón	<i>Filosofía: una disciplina frustrada</i>	479	60
Yurkiévich, Saúl	<i>Tejes y manejes</i>	477	32
Redacción	<i>La crítica de la literatura mexicana en marcha</i>	468	54
	<i>Entrevista a Héctor Mendoza</i>	473	16
	<i>Entrevista a José Luis Ibáñez</i>	473	23
	<i>Entrevista a Juan José Gurrola</i>	473	33
	<i>Entrevista a José Caballero, Germán Castillo, Salvador Garcini, Héctor Ortega, Enrique Pineda, Jesusa Rodríguez, Eduardo Ruiz, Luis de Tavira, Carlos Téllez</i>	473	41
	<i>Presagio: una encuesta sobre la ciudad de México.</i>	476	43-50
	<i>Entrevista a Salman Rushdie. El infierno después de los versos (Trad. Claudia Albarrán)</i>	476	43-50
		478	19

ÍNDICE DEL VOL. XLVI ENERO-DICIEMBRE 1991

Aguilar, Héctor Orestes	<i>De la ciudad del Golem a La vida conyugal.</i>		
	<i>Entrevista a Sergio Pitol</i>	480-481	45
Ajmátova, Ana	<i>Poemas</i>	480-481	3
Albarrán, Claudia	<i>Sólo para melómanos</i>	486	61
	<i>La literatura como necesidad sin fin.</i>		
	<i>Entrevista a Juan García Ponce</i>	489	14
Andueza, María	<i>Oscar Zorrilla, escritor</i>	482	70
	<i>La trilogía memorialista de Carlos Barral</i>	488	76
Arista, Cuauhtémoc	<i>Retrato de Arturo</i>	490	56
Asher, Nelson	<i>Antología de la joven poesía brasileña</i>	482	11
Auden, W. H.	<i>Poema</i>	485	3
	<i>Retrato de Arturo</i>	490	59
Avila, Carlos	<i>Antología de la joven poesía brasileña</i>	482	11
	<i>En el centenario de la muerte de Rimbaud</i>	490	49
Ayala Espino, José/ Rolando	<i>Algunos problemas de la economía política</i>		
Cordera	<i>como ciencia</i>	485	21
Barbosa, Frederico	<i>Antología de la joven poesía brasileña</i>	482	11
Barrault, Jean Luis	<i>Galería de espejos</i>	490	52
Bataille, Georges	<i>Poemas</i>	491	3

Autor	Título	No. Rev.	Pág.
Béguin, Albert	<i>Galería de espejos</i>	490	52
Berenzon Gorn, Boris	<i>Luces y sombras de la historia novohispana</i>	485	63
Bernal, Guadalupe	<i>La UNAM y la televisión. Entrevista al rector</i>		
	<i>José Sarukhán</i>	484	20
	<i>Bitácora del canal 22</i>	484	21
Billy, André	<i>Galería de espejos</i>	490	52
Bioy Casares, Adolfo	<i>Fragmentos de memorias</i>	488	33
Blanco, Alberto	<i>Otra forma del silencio</i>	486	33
	<i>Poesía norteamericana contemporánea</i>	489	17
	<i>Leer en el rostro de Rimbaud</i>	490	41-45
Bonifaz Nuño, Rubén	<i>Homenaje a Edmundo O'Gorman</i>	482	10
	<i>Textos latinos de Rimbaud</i>	490	18
Bonvicino, Régis	<i>Antología de la joven poesía brasileña</i>	482	11
Borer, Alan	<i>Un señor Rimbaud que se decía negociante</i>	490	30
	<i>La obra-vida: principios y figuras de demostración</i>	490	77
Bradú, Fabienne	<i>Antonieta Rivas Mercado y el Teatro Ulises</i>	486	48
	<i>La poesía debe asumir una mínima extranjería</i>		
	<i>Entrevista a Fabio Morábito</i>	488	54
Bruneau, Charles	<i>Galería de espejos</i>	490	52
Caeiro, Alberto	<i>Poema</i>	486	3
Campos, Marco Antonio	<i>El señor Mozart</i>	483	37
	<i>Efraín Bartolomé: leal a la tierra</i>	485	62
	<i>Rimbaud en Viena</i>	490	13
	<i>Un mundo hecho para la imaginación</i>		
	<i>Entrevista a Christoph Ransmayr</i>	491	37
Cardoza y Aragón, Luis	<i>Retrato de Arturo</i>	490	56-77
Carré, Jean-María	<i>Galería de espejos</i>	490	52
Carrera, Mauricio	<i>Los novelistas: seductores profesionales.</i>		
	<i>Entrevista a David Martín de Campo</i>	483	50
	<i>Pequeño Pushkin</i>	488	58
Cassou, Jean	<i>Galería de espejos</i>	490	52
Castañón, Julio	<i>Antología de la joven poesía brasileña</i>	482	11
Castoriadis, Cornelius	<i>Los intelectuales y la historia</i>	484	6
Caviglioli, Françoise	<i>Rimb on the road</i>	490	47
César, Ana Cristina	<i>Antología de la joven poesía brasileña</i>	482	11
Clauzel, Raymond	<i>Galería de espejos</i>	490	52
Conde Ortega, José Francisco	<i>Retrato de Arturo</i>	490	56-77
Cortés, Jaime Erasto	<i>Retrato de Enrique Fernández Granados</i>	483	55
Corral, Rose/ Claudia Albarrán	<i>Conversación con Juan Vicente Melo</i>	482	45
Costa, Horácio	<i>Antología de la joven poesía brasileña</i>	482	11
	<i>Cuevas, el retrato y el anonimato</i>	484	32
Cruz González, Irene	<i>Núcleos de galaxias</i>	486	30
Cruz, José Luis	<i>Poesía en voz alta: lástima no haberlo visto.</i>		
	<i>Entrevista a Roni Unger</i>	480-481	73
Curiel de Fosse, Rossana	<i>Autorretrato</i>	484	50
Curiel, Fernando	<i>Navaja</i>	483	38
	<i>Breve instructivo. La obra de Liliana Mercenario</i>		
	<i>Pomero</i>	489	33
	<i>Retrato de Arturo</i>	490	56-77
Cummings, e.e.	<i>Poemas</i>	485	3
Char, René	<i>Galería de espejos</i>	490	52
	<i>Retrato de Arturo</i>	490	56-77
Charry Lara, Fernando	<i>Lucidez y pasión</i>	482	63

Autor	Título	No. Rev.	Pág.
Chaves, José Ricardo	<i>Retrato de Arturo</i>	490	56-77
Cheymol, Mart	<i>Retrato del poeta adolescente</i>	490	45
D'hotel, André	<i>Galería de espejos</i>	490	53
Díaz de la Serna, Ignacio	<i>La mandíbula del tiempo</i>	487	54
Díaz Ruiz, Ignacio	<i>Apostillas al boom novelístico de América Latina</i>	487	47
Dickinson, Emily	<i>Poemas</i>	485	3
Dubois, Christophe	<i>La creación de una lengua nueva</i>	486	58
Duhamel, Georges	<i>Galería de espejos</i>	490	53
Duncan, Robert	<i>Poesía norteamericana contemporánea</i>	489	17
Duron, Jacques	<i>Galería de espejos</i>	490	53
Eliot, T.S.	<i>Sobre Ulises y el mito</i>	484	4
Esquinca, Jorge	<i>Retrato de Arturo</i>	490	56-77
Esteva Maraboto, Luis	<i>Las ciencias de la ingeniería en la UNAM</i>	480-481	25
Fernández de Chacón, Nilda	<i>Gratificaciones inconscientes en la novela policiaca</i>	480-481	71
Fernández Granados, Jorge	<i>Dos sonetos impuros</i>	488	69
Fierro, Julieta	<i>Evolución estelar</i>	486	24
Flores Castro, Mariano	<i>Retrato de Arturo</i>	490	56-77
Fort, Paul	<i>Galería de espejos</i>	490	54
Franco, Lourdes	<i>Literatura mexicana: una revista de crítica</i>	486	62
Fuente, Juan Ramón de la	<i>La investigación científica en la UNAM. Una visión de conjunto</i>	480-481	7
Fuentes, Rafael	<i>Investigar la comunicación en los noventas las perspectivas mexicanas</i>	484	16
Galindo Trejo, Jesús	<i>La astronomía en el pasado prehispánico de México</i>	486	38
García Canclini, Néstor	<i>Políticas culturales y relaciones centro-periferia en los 90</i>	491	15
García-Galindo, Javier	<i>Retrato de Arturo</i>	490	56-77
García Ponce, Juan	<i>Imágenes de Vanya</i>	483	4
Garcíadiego Dantan, Javier	<i>Una efeméride falsa: la supuesta fundación de la Universidad Nacional en 1910</i>	483	41
Garza, Mercedes de la	<i>El pasado indígena en el ámbito de las humanidades</i>	485	18
Garza, Stacia de la	<i>Ser músico en México. 1. Los compositores</i>	485	56
Garretón, Marco Antonio	<i>La evolución de las ciencias sociales en Chile y su internacionalización</i>	491	26
Gauclere, Etiemble y Yassu	<i>Galería de espejos</i>	490	54
Gillet, Louise	<i>Galería de espejos</i>	490	54
Glantz, Margo	<i>La pérdida de la juventud y la muerte en Bioy Casares</i>	488	44
Golding, William	<i>Un blanco móvil</i>	489	3
Gómez, Arturo	<i>Retrato de Arturo</i>	490	56-77
González Casanova, Pablo	<i>Las ciencias sociales en la UNAM</i>	480-481	37
	<i>Los desafíos de las ciencias sociales hoy</i>	491	23
González Dueñas, Daniel	<i>Arthur Penn: a través de un espejo oscuro</i>	480-481	79
	<i>François Truffaut: el espejo flexible</i>	483	59
	<i>Woody Allen: la saga de Zelig (primera parte)</i>	488	70
	<i>Woody Allen: la saga Zelig (segunda parte)</i>	489	61
	<i>Truffaut: memoria del niño salvaje</i>	484	62
González, Enrique Héctor	<i>Instrucciones para desvestir a Jeannie Whight</i>	486	55
González Gerth, Miguel	<i>La muerte de los héroes</i>	487	5
González, Juliana	<i>Humanismo de las humanidades, humanismo de las ciencias</i>	485	12

Autor	Título	No. Rev.	Pág.
González León, Adriano	<i>Play back</i>	484	48
González Mijares, Patricia	<i>Perspectivas del cine mexicano. Entrevista a Nicolás Echevarría, Jorge Fons, María Novaro y José Luis García Agraz</i>	488	63
González-Polo, Ignacio	<i>La posición de los criollos en la Academia de San Carlos (1785-1800)</i>	480-481	67
Gortari de, Hira	<i>Nuevas perspectivas para el estudio de la Independencia de México y la construcción de la nueva nación</i>	488	29
Grass, Günter	<i>Mirada retrospectiva sobre El tambor de hojalata o el autor como dudoso testigo</i>	480-481	4
Gregh, Fernand	<i>Galería de espejos</i>	490	54
Gutiérrez, Beatriz	<i>Leer en el rostro de Rimbaud</i>	490	41-45
Gutiérrez Pérez, Antonio	<i>La globalización económica: alcances y límites</i>	491	12
Gutiérrez Vega, Hugo	<i>Poema</i>	483	3
Guedea, Virginia	<i>El golpe de estado de 1808</i>	488	21
Guide, André	<i>Galería de espejos</i>	490	54
Guillemin, Henri	<i>Galería de espejos</i>	490	54
Guillén, Jorge	<i>Retrato de Arturo</i>	490	56-77
Hass, Robert	<i>Poesía norteamericana contemporánea</i>	489	17
Hernández, Francisco	<i>Graznidos</i>	486	57
Hernández-Vela, Edmundo	<i>Las Naciones Unidas en la encrucijada: cambio o regresión</i>	487	21
Herrera, Ma. del Carmen	<i>La creación del origen en las huellas del tlacuache</i>	488	74
Herrera, Miguel Ángel	<i>La exploración del espacio</i>	486	17
Herrendorf, Daniel E.	<i>La guerra como historia. Esa rara costumbre de amar lo muerto</i>	487	58
Hijar, Alberto	<i>Fernando Leal: una metáfora sobre el poder</i>	491	31
Hinojosa, Francisco	<i>Adolfo Bioy Casares. Si los cuentos fueran casas</i>	488	46
Hubard, Julio	<i>Dos homenajes pasados por agua</i>	487	53
Hugo, Richard	<i>Poesía norteamericana contemporánea</i>	489	17
Huizar, Martha	<i>Las trampas de la biografía. Entrevista</i>	490	43
Ierofiev, Victor	<i>La bella de Moscú</i>	486	11
Iglesias, Adela	<i>La reinención de la infancia</i>	486	61
Jaramillo, Dario	<i>Retrato de Arturo</i>	490	56-77
Jeannet, Fréderick	<i>Retrato de Arturo</i>	490	56-77
Jones, Robert	<i>Poesía norteamericana contemporánea</i>	489	17
Joysmith, Claire	<i>William Golding: el señor de la subversión</i>	489	11
Kahn, Gustav	<i>Galería de espejos</i>	490	54
Kazancigil, Ali	<i>Las ciencias sociales en una perspectiva mundial</i>	491	19
Kemp, Robert	<i>Galería de espejos</i>	490	54
Koenigsberger, G.	<i>Sistemas binarios y la evolución estelar</i>	486	28
Labastida Martín del Campo, Julio	<i>Las ciencias sociales en México: elementos para un diagnóstico</i>	485	28
Lara Zavala, Hernán	<i>Globalización, cultura y modernidad</i>	491	8
Lastra, Ena / Conrado Tostado	<i>Humberto Guzmán: novelista solitario</i>	483	63
Laveaga, Gerardo	<i>Gilda Castillo. El sedentario incómodo</i>	485	33
Lavín Cerda, Hernán	<i>La biografía respetuosa</i>	488	73
	<i>Retrato de Arturo</i>	490	56-77

Autor	Título	No. Rev.	Pág.
Le Dantec, Yves	<i>Pablo Neruda y los sentidos</i>	484	51
Lemaire, Jean-Pierre	<i>Galería de espejos</i>	490	54
Leminski, Paulo	<i>Retrato de Arturo</i>	490	56-77
León Portilla, Ascensión H. de	<i>Antología de la joven poesía brasileña</i>	482	11
López Cámara, Francisco	<i>Perfil histórico de Sahagún</i>		
Lugo, José María	<i>Trotsky y los acertijos de la Perestroika</i>	482	42
Luna Traill, Elizabeth	<i>Himno al sol</i>	491	45
	<i>La investigación lingüística en la UNAM</i>	485	16
Machado, Duda	<i>Antología de la joven poesía brasileña</i>	482	11
Manrique, Jorge Alberto	<i>La historia del arte en México</i>	485	37
María, Alicia	<i>Leer en el rostro de Rimbaud</i>	490	41-45
Maristany, Luis	<i>Mes mensonges cest vérité sévérité même</i>		
	<i>en songe. Notas sobre la presencia de Cocteau</i>		
	<i>en Villaurrutia</i>	489	55
Maritain, Jacques	<i>Galería de espejos</i>	490	46
Martínez Carrizales, Leonardo	<i>La parodia de Sergio Pitól</i>	487	62
Maurois, André	<i>Galería de espejos</i>	490	55
Medina, Dante	<i>Entrevista a Augusto Roa Bastos</i>	487	42
Méndez Silva, Ricardo	<i>Los derechos humanos al inicio del tercer milenio</i>	487	37
Menton, Seymour	<i>La campaña: crónica de una guerra denunciada</i>	485	5
Mercenario, Liliana	<i>Leer en el rostro de Rimbaud</i>	490	41-45
Meza, Julián	<i>El arca de Pandora</i>	491	47
Mezey, Robert	<i>Poesía norteamericana contemporánea</i>	489	17
Miaja de la Peña, María Teresa	<i>La espina y la rosa</i>	483	64
Monge, Gregorio	<i>Retrato de Arturo</i>	490	56-77
Monsalvo, Sergio	<i>Retrato de Arturo</i>	490	56-77
Morábito, Fabio	<i>Poema</i>	488	3
Moscona, Miryam	<i>Retrato de Arturo</i>	490	56-77
Mouquet, Albert	<i>Galería de espejos</i>	490	55
Navarro, Víctor M.	<i>Retrato de Arturo</i>	490	56-77
Nemorio, José	<i>Leer en el rostro de Rimbaud</i>	490	41-45
Neruda, Pablo	<i>Retrato de Arturo</i>	490	56-77
Ojeda, Mario	<i>El orden internacional a fines del siglo XX</i>	487	17
Ortega, Julio	<i>En el cielo la Larva</i>	491	4
Pacheco, José Emilio	<i>Las cartas abisinias de Rimbaud</i>	490	24
Padilla, Ignacio	<i>William Golding o la contradicción tropológica</i>	491	60
Paixô, Fernando	<i>Antología de la joven poesía brasileña</i>	482	11
Palacios, Irma / Alberto Blanco	<i>Historia natural</i>	480-481	41
Patán, Federico	<i>Una visión erótica del mundo</i>	483	62
Pavese, Cesare	<i>Los mares del sur</i>	487	3
Péguy, Charles	<i>Galería de espejos</i>	490	55
Peimbert, Manuel	<i>Las ciencias de la atmósfera y del espacio</i>		
	<i>en la UNAM</i>	480-481	30
Pellicer, Olga	<i>El papel de la ONU en el mantenimiento de la paz.</i>		
	<i>Perspectivas para los noventa</i>	487	31
Penna, Sandro	<i>Retrato de Arturo</i>	490	56-77
Peña, Antonio	<i>La investigación científica y la docencia</i>		
	<i>en la UNAM (el pregrado)</i>	480-481	14
Pereira, Armando	<i>Roberto Roque: la mirada codiciosa</i>	483	33
	<i>Encuentro bajo el agua con una muñeca rusa</i>	488	48
	<i>Cuba: ideología y literatura</i>	484	42

Autor	Título	No. Rev.	Pág.
Pérez Pascual, Rafael	<i>La enseñanza de las ciencias</i>	480-481	11
Pérez Tamayo, Ruy	<i>Las ciencias biológicas y la medicina en la UNAM</i>	480-481	34
	<i>Carlos Montemayor y la guerrilla en México</i>	487	61
	<i>La enfermedad que mató a Rimbaud</i>	490	22
Pettersson, Aline	<i>Voces de Casandra</i>	485	55
Pey, Serge	<i>El secreto de Arthur Rimbaud o el nombre extremo</i>	490	27
Pignon, Ernest	<i>Leer en el rostro de Rimbaud</i>	490	41-45
Pitol, Sergio	<i>La vida conyugal (un fragmento)</i>	480-481	50
Pozas Horcasitas, Ricardo	<i>Desarrollo y organización de las ciencias sociales en México</i>	482	66
Quirarte, Xavier	<i>Leer en el rostro de Rimbaud</i>	490	41-45
Quirarte, Vicente	<i>Retratos colombianos de Gilberto Owen</i>	485	43
	<i>1891: el último año de la vida de Jean-Arthur Rimbaud</i>	490	3
Ramuz, C-F	<i>Galería de espejos</i>	490	55
Rébora, Roberto	<i>Leer en el rostro de Rimbaud</i>	490	41-45
Recillas, Elsa	<i>Galaxias y cúmulos de galaxias</i>	486	42
Recillas, José Manuel	<i>El poema de amor que me pediste</i>	491	44
Renán, Raúl	<i>Retrato de Arturo</i>	490	56-77
Reséndiz, Rafael	<i>México en la aldea global</i>	484	11
Rich, Adrienne	<i>Poesía norteamericana contemporánea</i>	489	17
Rivière, Jacques	<i>Galería de espejos</i>	490	55
Robles, Martha	<i>El camino de las voces</i>	489	55
Rodríguez O., Jaime E.	<i>El proceso político de la Independencia hispanoamericana</i>	488	10
Rops, Daniel	<i>Galería de espejos</i>	490	55
Rosas González, María Cristina	<i>Evolución histórica de la ONU</i>	487	15
Rowe, William	<i>Una lectura política de Vargas Llosa</i>	480-481	59
Ruchon, François	<i>Galería de espejos</i>	490	55
Ruiz, Bernardo	<i>Un perro no es un perro</i>	488	50
Sagolls, Lizbeth	<i>Fernando Savater: la subjetividad ética</i>	494	57
Salinas, Adela	<i>Los enemigos de Sergio Magaña. Un harakiri maya</i>	480-481	78
	<i>Los miedos, las lenguas y los pesares. Entrevista a María Luisa Puga</i>	485	49
	<i>La crítica de arte en México: Raquel Tibol, Teresa del Conde, Olivier Debroise, Jorge Alberto Manrique y Juan Acha.</i>	491	50
Sánchez Azcona, Jorge	<i>Modernidad: economía, poder y educación</i>	491	54
Sánchez Duarte, Lourdes	<i>Retrato de Arturo</i>	490	56-77
Sandoval, Adriana	<i>James y Mora Joyce: dos biografías</i>	488	77
Sandoval, Mauricio	<i>Leer en el rostro de Rimbaud</i>	490	41-45
Santamaria, Guillermo	<i>Franco Manterola: providencial arribo de una iconoclastia inútil</i>	488	25
Schuyler, James	<i>Poesía norteamericana contemporánea</i>	489	17
Seara Vázquez, Modesto	<i>La ONU: rejuvenecimiento o senilidad</i>	487	19
Serrano Pérez Grovas, Alfonso	<i>El eclipse total de sol y los nuevos caminos de la astronomía</i>	486	15
Sicilia, Javier	<i>Oración de Cuaresma</i>	486	56
Simon, John Oliver	<i>Poesía norteamericana contemporánea</i>	489	17
Solana, Fernando	<i>Las Naciones Unidas de fin de siglo</i>		
	<i>oportunidades y retos</i>	487	27
Solares, Blanca	<i>Literatura y perplejidad</i>	480-481	77

Autor	Título	No. Rev.	Pág.
	<i>El cuerpo y la noción del mal</i>	491	62
Soto, Gary	<i>Poesía norteamericana contemporánea</i>	489	17
Starobinski, Jean	<i>La melancolía en el espejo</i>	483	19
Stevenson, Robert Louis	<i>Una charla sobre el romance</i>	488	4
Styron, William	<i>Memoria de la locura</i>	483	11
Swansey, Bruce	<i>Una despedida vagamente teatral</i>	480-481	65
Swenson, May	<i>Poesía norteamericana contemporánea</i>	489	17
Tennyson, Alfred L.	<i>Todas las cosas morirán</i>	484	3
Thorez, Paul	<i>Una voz casi mía</i>	483	22
Trakl, Georg	<i>Helian</i>	482	3
Trejo Fuentes, Ignacio	<i>Por los caminos de la insania</i>	484	59
Trejo Villafuerte, Arturo	<i>Retrato de Arturo</i>	490	56-77
Trujillo, Gabriel	<i>Retrato de Arturo</i>	490	56-77
Toledo, Alejandro	<i>Un hombre que atrae a las mujeres</i>	485	52
	<i>Un experimento en clave autobiográfica. Entrevista a Salvador Elizondo</i>	484	37
Torre Villar, Ernesto de la	<i>Móviles socioeconómicos en la guerra de Independencia</i>	488	15
Tournier, Michel	<i>Clarisa</i>	482	5
Urroz, Eloy	<i>Una aproximación al mito del judío errante</i>	482	54
	<i>Elizondo y la escritura como un acto extremadamente consciente</i>	484	60
Valery, Paul	<i>Galería de espejos</i>	490	55
Vera, Luis Roberto	<i>El arte de Paul Birbil</i>	482	38
	<i>Reflexiones a partir de la pintura de Jorge Alzaga</i>	487	33
Villegas, Abelardo	<i>Otredad y modernidad</i>	482	33
Villoro, Juan	<i>Bioy con nosotros</i>	488	52
Viniegra Velázquez, Leonardo	<i>La investigación científica y la docencia en la UNAM (el posgrado)</i>	480-481	18
Volpi Escalante, Jorge	<i>Tres cartas imaginarias de Jorge Cuesta</i>	489	51
	<i>El imperio recobrado</i>	491	61
Von Wobeser, Gisela	<i>Vasconcelos en sus años de águila</i>	482	68
	<i>Presentación</i>	488	9
Westphalen, Emilio	<i>Digresión sobre surrealismo y sobre César Moro entre los surrealistas</i>	484	25
Yacamán, Miguel José	<i>Las ciencias físico-matemáticas en la UNAM</i>	480-481	22
Yurkiévich, Saúl	<i>Para quitarse el sinsabor</i>	486	46
Zaitzeff, Serge I.	<i>Cartas de José Gorostiza a Genaro Estrada</i>	483	26
Zamiatin, Evgueni	<i>Nosotros</i>	486	4
Zamorano, Mario H.	<i>Las Naciones Unidas y América Latina</i>	487	29
Zapeda, Masha	<i>Leer en el rostro de Rimbaud</i>	490	41-45
Zweig, Stéphane	<i>Galería de espejos</i>	490	55
Redacción	<i>Homenaje a Bioy Casares</i>	488	43

ÍNDICE DEL VOL. XLVII
ENERO-AGOSTO 1992

Abreu H., Luis Felipe	<i>La modernización de la medicina mexicana y la educación médica</i>	496	25
Acuña, René	<i>Beltenebros</i>	499	57
Acha, Juan	<i>La tipificación iracunda de José Tola</i>	500	41
Aguilar, Héctor Orestes	<i>La ciudad mágica</i>	492-493	2
Agustín, José	<i>Tragicomedia mexicana 2</i>	494	56
Albarrán, Claudia	<i>Juan Vicente Melo. Signo y repetición</i>	501	53
Aréchiga U., Hugo	<i>Las ciencias biomédicas en el siglo XXI</i>	496	29
Aridjis, Ana	<i>Filmación de evocaciones</i>	500	68
Arrufat, Antón	<i>La carne de Virgilio</i>	494	46
Armas, Encarnación de	<i>Poesía cubana de hoy</i>	496	62-76
Azuela de la Cueva, Antonio	<i>Otredad de Tenochtitlan</i>	501	9
Barquet, Jesús J.	<i>Poesía cubana de hoy</i>	496	62-76
Barrientos, Juan José	<i>Tres explicaciones ajolotescas en una</i>	494	21
Baudelaire, Charles	<i>Correspondencias</i>	495	3
Behmaras, Carmen	<i>Poesía cubana de hoy</i>	496	62-76
Beristáin, Helena	<i>Cuando el narrador es sus personajes</i>	499	61
Blanco, Alberto	<i>Fuego nuevo</i>	498	33
Bonifaz Nuño, Rubén	<i>La Universidad y la vida cultural</i>	500	10
Bradbrook, Frank W.	<i>Virginia Woolf: la teoría y la práctica de la literatura novelesca</i>	496	4
Bravo, María Dolores	<i>Los Remedios y Guadalupe; dos imágenes rivales y una sola Virgen verdadera</i>	499	27
Bordas, Rafael	<i>Poesía cubana de hoy</i>	496	62-76
Bubnova, Tatiana	<i>Estoy vivo: fuera del luto. Vida y obra de Vladimir Vysotski</i>	495	49
Butor, Michel	<i>Mijaíl Bajtín: ideas principales y su trayecto histórico</i>	501	62
	<i>Suite parisienne</i>	499	4
Camacho Navarro, Enrique	<i>Cuba ante la apertura democrática de América Latina</i>	500	70
Campos, Marco Antonio	<i>Un novelista por la totalidad. Entrevista a Fernando del Paso</i>	497	38
Carballo, Emmanuel	<i>Concha Lombardo, heroína del romanticismo mexicano</i>	498	37
Cardoza y Aragón, Luis	<i>Cesar Vallejo</i>	495	14
Carlos, María	<i>Un hombre periférico</i>	492-493	77
Casar, Eduardo	<i>Sobre las dos raíces</i>	497	37
Castro, Miguel Angel	<i>El Liceo Mexicano</i>	500	37
Cavarozzi, Marcelo	<i>Consolidación de la democracia y reconstrucción de la economía en América Latina</i>	497	15
Celorio, María Liliana	<i>Poesía cubana de hoy</i>	496	62-76
Cluff, Rossel M.	<i>Entrevista a Luis Arturo Ramos</i>	501	55
Cohen, Sandro	<i>Deja llevarte entre mi piel y la noche</i>	496	49
Concha, Miguel	<i>Significado teológico del culto católico a la Virgen María</i>	499	7
Contreras, Ariel	<i>El sueño de Julián</i>	496	76
Costa, Horácio	<i>Fernando Pessoa: los heterónimos y la naturaleza</i>	500	45
Cruz Parceró, Leonardo	<i>Dos poemas</i>	500	69
Cruz, Sor Juana Inés de la	<i>Textos Marianos</i>	499	37
Cuadriello, Jaime	<i>Breve apunte de prosopografía guadalupana</i>	499	18
Curiel, Fernando	<i>Invicta Santa María (de Onetti)</i>	499	42
	<i>El regreso de Jaime Torres Bodet</i>	500	74

Autor	Título	No. Rev.	Pág.
Curiel, Guadalupe	<i>Anónima crónica</i>	501	40
	<i>Epitafio</i>	502	31
	<i>UNESCO, cultura náhuatl y Quinto Centenario.</i>		
	<i>Entrevista a Miguel León Portilla</i>	498	44
Chisalita, Ruxandra	<i>Los riesgos del cuerpo erotizado: de Cobra a Cocuyo</i>	494	14
	<i>La voz heroica de Carlos Pellicer</i>	501	45
Davison, Marcos	<i>Dos sonetos de Narciso</i>	495	55
DeMarinis, Rick	<i>Reina</i>	501	6
Diderot, Denis	<i>Mistificación (Introducción, traducción y notas de Angelina Martín del Campo)</i>	492-493	4
Diego, Gerardo	<i>Voces sobre Vallejo</i>	495	19
Eguía-Lis Ponce, Gabriela	<i>...Sin pecado concebida</i>	499	30
Escalante, Evodio	<i>Retornar a Trilce. Hacia una lectura afirmativa de la poesía de César Vallejo</i>	495	9
	<i>Mimética contra poética. Walter Benjamín y la reproducción de la obra de arte en el capitalismo</i>	498	29
	<i>El fracaso del Estado. Apunte sobre los límites de la transición democrática</i>	497	26
Escalante, Fernando	<i>Los calpullis frente al orden de la ciudad</i>	501	37
	<i>Apuntes sobre Juana Borrero</i>	492-493	70
	<i>El discurso de la expresión. Entrevista a Carlos Illescas</i>	495	33
Escalante, Pablo	<i>Rock mexicano. Entrevista a Guillermo Briseño,</i>		
	<i>Maldita Vecindad, Santa Sabina, Kerigma, y el TRI</i>	498	58
	<i>Publicidad turística</i>	499	64
Falcón Tatiana / Diana Magaloni	<i>En torno a la conservación de la pintura mural prehispánica</i>	502	16
Fanghanel S., Guillermo	<i>Perfil del médico en el área clínica a un futuro mediano</i>	496	23
Fernández, Martha	<i>La conservación del patrimonio virreinal de México</i>	502	24
Ferrer, Edén	<i>Antífona</i>	501	3
Fuente, Beatriz de la	<i>Reflexiones en torno a la conservación de las obras de arte</i>	502	12
Fuentes, Juan Ramón de la	<i>Médicos para el futuro</i>	496	10
Fuentes, Arturo	<i>Bernardo Recamier: el péndulo del arte</i>	492-493	57
García, Marco Antonio	<i>La chueca</i>	494	51
García Montiel, Emilio	<i>Poesía cubana de hoy</i>	496	62-76
Gingsberg, Allen	<i>Visitación en Gales</i>	497	3
Glantz, Margo	<i>El cuerpo inscrito y el texto escrito o la desnudez como naufragio</i>	496	32
	<i>Advertencia</i>	499	6
	<i>Sor Juana: poesía lírica a lo divino</i>	499	23
Gonzalbo Aizpuru, Pilar	<i>Los jesuitas y las devociones marianas en la Nueva España</i>	499	11
González Dueñas, Daniel	<i>Luis Buñuel: un desagravio</i>	500	78
González, Enrique Héctor	<i>La inefable linfa infantil</i>	498	64
González, Juliana	<i>Fernando Salmerón, Enseñanza y filosofía</i>	495	37
González León, Adriano	<i>Hueso de mis huesos</i>	498	3
González López, Waldo	<i>Poesía cubana de hoy</i>	496	62-76
Guitton, Jean	<i>Althusser</i>	502	7
Gutiérrez, Pedro Juan	<i>Poesía cubana de hoy</i>	496	62-76
Gutiérrez Vega, Hugo	<i>Confusiones sobre una discutible ars poética trasnochadamente romántica</i>	494	3

Autor	Título	No. Rev.	Pág.
Guzmán, Humberto	<i>Suite de Praga</i>	502	3
	<i>A 25 años: Morirás lejos, novela actual</i>	498	63
	<i>Bajo la noche</i>	502	59
Hahn, Oscar	<i>Poesía chilena contemporánea. Antología de los 60</i>	498	13-28
Henestrosa, Andrés	<i>El hombre y el nombre</i>	499	43
Holan, Vladimir	<i>El baúl</i>	492-493	34
Hora, Josef	<i>Praga en sueños</i>	492-493	37
Hrabal, Bohumil	<i>El mundo y el pantalón de Samuel Beckett</i>	492-493	39
Jünger, Ernst	<i>La movilización total</i>	494	4
Kisch, Egon Erwin	<i>Cómo revivir al Golem</i>	492-493	30
Labastida Martín del Campo, Julio	<i>El cambio social</i>	497	10
Lanzaro, Jorge Luis	<i>Los relevos del corporativismo</i>	497	21
Lara, Omar	<i>Poesía chilena contemporánea. Antología de los 60</i>	498	13-28
Lara Zavala, Hernán	<i>El dilema de Genoveva Montanaro</i>	498	54
Lavaniegos, Manuel	<i>Eclipsiastés</i>	497	36
Laveaga, Gerardo	<i>En las arenas de la nostalgia</i>	496	80
Lavin Cerda, Hernán	<i>José García Ocejo. Bajo la invocación de Midas</i>	501	33
	<i>Aquél niño, México y la filatelia</i>	492-493	48
	<i>Poesía chilena contemporánea. Antología de los 60</i>	498	13-28
	<i>Tununa mercado y la tomografía del exilio</i>	502	64
Lax, Erik	<i>Woody Allen: la infancia de un neurótico</i>	498	5
Lombardo de Ruiz, Sonia	<i>La arquitectura: intento de reconstrucción de una imagen</i>	501	27
Loperena, Mercedes	<i>Arqueología del sexo: Entrevista a Ramón Viñas I Vallverdú</i>	502	41
López Aguilar, Enrique	<i>Dos poemas a Marta</i>	494	50
López Amaya, Zurelys	<i>Poesía cubana de hoy</i>	496	62-76
López Cámara, Francisco	<i>La UNAM en la política mexicana</i>	500	19
López Colomé, Pura	<i>A buen resguardo</i>	492-493	3
Luhman, Niklas	<i>Religión y sociedad</i>	497	29
Lumbreras, Ernesto	<i>Balanza para cielo nocturno</i>	492-493	68
Magris, Claudio	<i>La fuga fantástica de Bohumil Hrabal</i>	492-493	38
Manzoni, Celina	<i>Los intelectuales y el poder, Biografía, autobiografía e historia en El mundo alucinante de Reinaldo Arenas</i>	494	26
Mariátegui, Juan Carlos	<i>Voces sobre vallejo</i>	495	19
Marlowe, Christopher	<i>Poema</i>	499	3
Marquet, Antonio	<i>Puig y la morbidez del deseo</i>	494	30
Martínez Carrizales, Leonardo	<i>El fundamentalismo democrático de Ignacio Solares</i>	494	61
Mata, Oscar	<i>Noticias del Imperio: la loca pugna entre la imaginación y la historia</i>	494	41
Matus, Macario	<i>Aída Espino: la dama de los alcatraces</i>	494	33
Matute, Alvaro	<i>La historia inmediata</i>	492-493	61
Mauri Sierra, Omar Felipe	<i>Poesía cubana de hoy</i>	496	62-76
Mederos Sigler, José	<i>Poesía cubana de hoy</i>	496	62-76
Mela, Angela de	<i>Poesía cubana de hoy</i>	496	62-76
Melgarejo Vivanco, José Luis	<i>Tajín, la metrópoli del arte</i>	495	56
Méndez, José	<i>El auriga</i>	495	54
Meza, Julián	<i>El informe Chicago</i>	499	58
Millán, Gonzalo	<i>Poesía chilena contemporánea. Antología de los 60</i>	498	13-28
Miranda, Hernán	<i>Poesía chilena contemporánea. Antología del los 60</i>	498	13-28
Montalvo, Eugenia	<i>Pausa</i>	502	37
Montante, Cecilia	<i>Retrato de un escritor cubano. Entrevista a Félix Pita Rodríguez</i>	496	50

Autor	Título	No. Rev.	Pág.
Morábito, Fabio	<i>La epopeya de los reprobados</i>	494	60
Moreno de Alba, José G.	<i>Observaciones lingüísticas al Diario de Colón</i>	499	51
Moreno Durán, Rafael	<i>Los motivos del halcón peregrino</i>	502	45
Moreno Villareal, Jaime	<i>Rébora</i>	499	33
Múgica, Cristina	<i>El exilio como condición humana</i>	497	57
Narro Robles, José	<i>La educación médica en México</i>	496	12
Neruda, Pablo	<i>Voces sobre Vallejo</i>	495	19
Nezval, Vitezlav	<i>Lo que hace de Praga el sol de mediodía</i>	492-493	27
Noelle, Louise	<i>Conservación del patrimonio y creación arquitectónica</i>	502	21
Olivé, León	<i>La epistemología naturalizada</i>	495	41
Ortuño, Manuel	<i>Fray Servando en Belchite y Alcañiz (1809)</i>	500	75
Padilla, Ignacio	<i>La catedral sumergida</i>	497	53
Palazón, María Rosa	<i>Vincent Van Gogh ciento dos años después</i>	496	78
Patán, Federico	<i>Pureza</i>	500	60
	<i>De aventuras y otros menesteres: el premio Planeta</i>	501	65
Patán, Julio	<i>Un hombre solitario</i>	494	62
	<i>Memoria de locura</i>	501	66
Pavese, Cesare	<i>Mito</i>	500	3
Peña, Antonio	<i>La UNAM en la vida científica de México</i>	500	14
Peña, Ernesto de la	<i>Una manera de ganarle al tiempo</i>	497	58
Peña Martínez, Luis de la	<i>Caracol nocturno</i>	500	61
Pereda, Carlos	<i>Lenguaje y educación: preguntas paralelas</i>	495	61
Pereira, Armando	<i>José Lezama Lima: el encuentro con la imagen</i>	498	49
	<i>Luis Cardoza y Aragón (1904-1992)</i>	502	29
Pérez, Ada Elba	<i>Poesía cubana de hoy</i>	496	62-76
Pérez, Floridor	<i>Poesía chilena contemporánea. Antología de los 60</i>	498	13-28
Pérez Tamayo, Ruy	<i>Los últimos 50 años en la UNAM</i>	500	31
	<i>México y la UNAM ayer y hoy</i>	500	8
	<i>En defensa de las conferencias</i>	502	38
Pita Rodríguez, Félix	<i>Contribución al estudio de la bruma</i>	496	3
Pitol, Sergio	<i>Juan Soriano</i>	496	55
	<i>Un paseo por las literaturas de Praga</i>	492-493	13
Pla Tomás, Orlando	<i>Poesía cubana de hoy</i>	496	62-76
Pohlenz, Ricardo	<i>La dádiva</i>	501	44
Poot Herrera, Sara	<i>Una lectura a distancia de la obra de José Emilio Pacheco</i>	494	37
Pozas Horcasitas, Ricardo	<i>Poema</i>	502	32
Priani Saisó, Ernesto	<i>De vínculos y paralelismos en el teatro de Artaud y Grotowski</i>	501	66
Quezada, Jaime	<i>Poesía chilena contemporánea. Antología de los 60</i>	498	13-28
Quirarte, Vicente	<i>Poemas Humanos. La última vida de César Vallejo</i>	495	24
	<i>Tenochtitlán, 30 de junio de 1520</i>	501	41
Ramírez Mercado, Sergio	<i>La suerte es como el viento</i>	500	53
Recillas, José Manuel	<i>Notas en torno a El arcángel ebrio</i>	499	62
Revueltas, Eugenia	<i>La novela histórica</i>	496	43
Reyes, Alfonso	<i>Artaud. No se juega infamemente con los dioses</i>	497	6
Richard, Lionel	<i>Dédalos alemanes</i>	492-493	16
Rodríguez Santana, Efraín	<i>Poesía cubana de hoy</i>	496	62-76
Rodríguez, Yamila	<i>Poesía cubana de hoy</i>	496	62-76
Rojas, Gonzalo	<i>Voces sobre Vallejo</i>	495	19
Rojas Waldo	<i>Poesía chilena contemporánea. Antología de los 60</i>	498	13-28
Rojas Rabiela, Teresa	<i>Las obras públicas</i>	501	17
Rossi, Annunziata	<i>Italia en su largo camino hacia América (1a.)</i>	500	62
	<i>Italia en su largo camino hacia América (2a.)</i>	502	50
Roth, Philip	<i>Decepción</i>	495	4
Rubial García, Antonio	<i>Mariofanías extravagantes. Las visiones de</i>		

Autor	Título	No. Rev.	Pág.
Ruiz-Vázquez, Silvia	<i>Catarina de San Juan</i>	499	15
	<i>El compromiso de la permanencia. Entrevista a Ricardo Garibay</i>		
Russek, Dan	<i>Confesión</i>	492-493	69
Sabines, Jaime	<i>Voces sobre Vallejo</i>	495	19
Salinas Salinas, Adela	<i>Los ojos que Elena Poniatowska tiene escondidos</i>	494	52
Salmerón, Fernando	<i>La UNAM, la docencia y la investigación en la enseñanza superior</i>	500	24
Sandoval, Adriana	<i>Damas del crimen</i>	497	59
Santín, Leticia	<i>La colonial: un mundo feudal ilusorio.</i>		
Sarukhán, Arturo	<i>El orden Pan-Europeo y la nueva relación Inter-Atlántica</i>	495	31
Sarukhán Kermez, José	<i>Prólogo a la tierra edición de las Obras Completas de Justo Sierra</i>	497	8
Schopf, Federico	<i>Poesía chilena contemporánea. Antología de los 60</i>	498	13-28
Seifert, Jaroslav	<i>Vista desde el puente de Carlos</i>	492-493	19
	<i>Entrevista a Anthony Pagden</i>	492-493	64
Serra, Mari Carmen / Teresa Castillo	<i>El abasto en la ciudad de Tenochtitlan</i>	501	22
Sierra, Justo	<i>Cartas</i>	497	9
Silva Acevedo, Manuel	<i>Poesía chilena contemporánea. Antología de los 60</i>	498	13-28
Solares, Blanca	<i>La salvación está en la fuga</i>	492-493	76
Solis, Felipe	<i>El diseño urbano de México-Tenochtitlan</i>	501	12
Stern, Joseph Peter	<i>Afuera nos espera el demonio</i>	492-493	20
Stoopen, María	<i>La conquista del discurso amoroso</i>	497	49
Sturmhoebel, Ute	<i>El reporte veloz</i>	492-493	28
Skvorecky, Josef	<i>Los placeres de la libertad de lectura</i>	492-493	41
Tamargo, Elena	<i>Poesía cubana de hoy</i>	496	62-76
Tischner, Jozef	<i>El hombre y su alma. Reflexiones en torno a la existencia del homo sovieticus</i>	501	50
Tostado, Conrado	<i>Invocaciones de Beatriz Gutiérrez</i>	497	33
Trujillo, Julio	<i>Da Jandra: de la selva al jardín</i>	499	63
Ulcia, Manuel	<i>Arabian knight</i>	496	48
Urroz, Eloy	<i>D. H. Lawrence, James Joyce y las formas de la inteligencia amorosa</i>	492-493	51
	<i>Garibay y El domingo más triste del mundo</i>	495	63
	<i>De Lunes todo el año o los dones de la palabra neutra</i>	497	61
	<i>Marcos Davison: la forma frente a la nada</i>	502	33
Valdés Ugalde, Francisco	<i>¿Qué tan sociales son las ciencias sociales?</i>	497	12
Valdivieso, Jaime	<i>Proust: un costumbrista universal</i>	492-493	74
Vallejo, César	<i>Aforismos</i>	495	27
Varela Rueda, Carlos	<i>Perspectivas de los servicios institucionales de salud</i>	496	19
Vargas Lugo, Elisa	<i>La Tota Pulchra o Inmaculada Concepción</i>	499	21
Velasco Ballesteros, Maricarmen	<i>Declaración del agua</i>	499	56
Villalpando Casas José	<i>Perspectivas sobre el proceso de enseñanza-aprendizaje de la medicina en México</i>	496	16
Volpi Escalante, Jorge	<i>Ignacio Padilla y la infinita tristeza del dragón</i>	497	62
Von Ziegler, Jorge	<i>Tres libros históricos de Marín Luis Guzmán</i>	497	56
Waldman, Gilda	<i>Isaac Bashevis Singer: réquiem por un mundo que ya no existe</i>	494	59
Weiss, Ernst	<i>Praga 1933</i>	492-493	35
Yurkievich, Saúl	<i>Textos</i>	502	5
Redacción	<i>Václav Havel: interrogatorio a distancia</i>	492-493	44

MONOGRÁFICOS

Héctor Perea/ Alicia Reyes	<i>Europa donde el tiempo se detuvo</i> <i>Para el álbum de Alfonso Reyes</i>	458-449 460
Ignacio Osorio Romero	<i>Julio Torri de la A a la Z</i> <i>La destrucción del arte mexicano</i>	461 462
Miguel José Yacamán	<i>Caos y oscuridad en la materia</i>	463
Dr. Ruy Pérez Tamayo	<i>Celebración de la vida</i>	464
Dra. Margo Glantz	<i>Noticias de Indias</i> <i>Vieja Revolución ¿Nueva historiografía?</i> <i>Trastierros</i>	465 466 467
Juan Ramón de la Fuente	<i>Literatura: creación y crítica</i> <i>Nuevas ideas una vieja tierra</i> <i>Fronteras de México</i> <i>Animales en peligro de extinción</i>	468 469-470 471 472
José Luis Cruz/ Tara Parra/ José Luis Ibáñez	<i>Poesía en voz alta. Un diálogo en el escenario</i>	473
Dra. Margo Glantz	<i>Varia poesía</i>	474
Dr. Ruy Pérez Tamayo	<i>La mente humana</i> <i>Ciudad de México. Historia y presagio</i> <i>Comunidades indígenas</i> <i>Europa literaria</i> <i>Una década de narrativa mexicana</i>	475 476 477 478 479
Dr. Ruy Pérez Tamayo	<i>Las ciencias en la UNAM</i> <i>Poesía brasileña</i> <i>Depresión y melancolía</i> <i>La comunicación en México</i> <i>Las humanidades en la UNAM</i>	480-481 482 483 484 485
Beatriz de la Fuente	<i>Nuevos caminos de la astronomía. El eclipse</i>	485
Alfonso Serrano Pérez Grovas	<i>Las naciones Unidas</i>	487
Ricardo Méndez Silva	<i>La Independencia americana</i>	488
Dra. Gisela Von Wobeser	<i>Poesía norteamericana contemporánea</i>	489
Vicente Quirarte, Marco Antonio	<i>Retrato de Arturo</i>	490
Campos, Jorge Esquinca	<i>Desafíos de las ciencias sociales</i>	491
Julio Labastida Martín del Campo	<i>Praga, la ciudad mágica</i> <i>Crítica de la novela latinoamericana</i>	492-493 494
Sergio Pitó		
Marco Antonio Campos, Vicente	<i>Cesar Vallejo</i>	495
Quirarte	<i>Médicos para el futuro</i>	496
Juan Ramón de la Fuente		
Dr. Julio Labastida Martín	<i>Individuo y sociedad</i>	497
del Campo	<i>Poesía Chilena Contemporánea</i>	498
Hernán Lavín Cerda	<i>Una lectura del México colonial</i>	499
Dr. Margo Glantz	<i>Universidad y Nación</i>	500
Dr. Ruy Pérez Tamayo		

	Poesía	Narrativa	Teatro	Ensayo	Reseña	Entrevista
1989						
(mar-dic)	36	15	1	58	39	6
1990	95	43		76	32	18
1991	52	31		98	26	16
1992	51	19	1	100	29	11
núm. de textos	234	108	2	340	216	51